

OLEADA CEREBRAL



PÁNICO EN LA TIERRA

POUL ANDERSON



NOVELA DE CIENCIA-FICCION



Poul Anderson

PÁNICO EN LA TIERRA

Título original: *Brain Wave*
Poul Anderson, 1956
Traducción: Jesús Silanés Larrosa

EL DIA QUE COMENZO EL CAMBIO...

Al amanecer, el conejo arrimó el hocico a los barrotes de la trampa, los impulsó hacia arriba... y quedó en libertad. De ahora en adelante el dominio del hombre sobre el mundo animal había terminado.

Antes del desayuno, un niño de diez años se puso a enredar con unos signos matemáticos por su cuenta... e inventó el cálculo diferencial. El sistema de enseñanza en toda la nación había quedado de pronto anticuado.

A media tarde, la oficina de Peter Corinth en el Instituto de Estudios Avanzados zumbaba de excitación. Rabian llegado los primeros informes, y Corinth silbaba al pensar en las consecuencias. Era demasiado pronto todavía para que el mundo se diera cuenta de qué ocurría. «Pero mañana», pensó Peter, «mañana se iba a empezar a hablar de aquello de verdad».

Se hallara dispuesta a ello o no, la humanidad iba camino de una exaltación mental estupenda. Comenzaba una nueva era más excitante y más intensa, y ya nada sería como fue antes.

1

La trampa se había cerrado al ponerse el sol.

Con las rojizas luces postreras, el conejo se había dado de topetazos contra las paredes de la jaula, hasta que el miedo y el torpor se le adentraron dolorosamente y quedó acurrucado y estremecido por las palpitaciones de su propio corazón. Por lo demás, no hubo en él noción de que la noche y las estrellas llegaban. Pero cuando salió la luna, su claridad fue captada frígidamente por sus grandes ojos y miró a través de las sombras hacia el bosque.

Su visión no estaba habituada a enfocar de cerca, pero al cabo de un rato se fijó en la puerta de la trampa. Había bajado de golpe sobre él cuando entró, y luego hubo solo aquel tedioso y magullador golpearse contra la madera. Ahora, lentamente, esforzándose en medio de la blanca e irreal claridad de la luz de la luna, tuvo un recuerdo de la puerta cuando caía y de él, estremecido aún levemente de terror. Pero la puerta estaba allí ahora destacando sólida y hoscamente contra el bosque palpitante; y, sin embargó, había estado levantada y había caído de golpe. Y aquel ahora-entonces con su duplicidad era algo que el conejo no había conocido antes.

La luna se alzó más, haciendo su giro por el firmamento rebosante de estrellas. Ululó un búho y el conejo quedó paralizado de miedo cuando voló fantasmal sobre su cabeza. También había terror y asombro y un dolor de nuevo género en el canto del búho. Acto seguido el búho se fue y solo hubo en torno del conejo los múltiples y pequeños murmullos y olores de la noche. Y quedó largo rato mirando a la puerta recordando cómo había caído.

La luna empezaba a declinar también en el pálido cielo occidental. Acaso el conejo lloró un poco, a su modo. Un amanecer que era solamente una neblina en la oscuridad perfilaba Tos barrotes de la jaula contra los árboles grisáceos. Y abajo, en la puerta, había un barrote transversal.

Despacio, muy despacio, el conejo se fue acercando a él hasta quedar junto a la puerta. Tenía miedo de aquella cosa que le había aprisionado. Olía a hombre. Luego palpó con el hocico, sintiéndola fría y húmeda por el rocío en sus belfos. No se movió la puerta, pero había caído.

El conejo se agachó, arrimó su lomo contra la barra transversal,

hizo un esfuerzo luego, empujando hacia arriba, y la madera se estremeció. La respiración del conejo se hizo más precipitada y fuerte, silbando entre sus dientes. Probó de nuevo. La puerta se movió hacia arriba en sus ranuras y el conejo, de un salto, quedó en libertad.

Por un momento quedó locamente abrumado. La luna que se ponía era un cegador destello en sus ojos. La puerta volvió de golpe a su sitio y él se alejó de allí huyendo.

Archie Brock había estado en el campo hasta tarde arrancando tocones en el acre cuarenta norte. El señor Rossman quería que todos ellos estuvieran arrancados para el miércoles, a fin de poder empezar a arar el nuevo campo, y prometió a Brock una paga extra si se cuidaba de aquello. Así que Brock cenó ligeramente y estuvo trabajando hasta que se hizo demasiado oscuro para poder ver. Luego empezó a andar las tres millas que había hasta su casa, porque no le dejaban utilizar ni el *jeep* ni un camión.

Estaba cansado lo indecible, un poco dolorido y deseoso de tomarse un buen vaso de cerveza. Pero, sobre todo, de no pensar en nada. Se limitaba a alzar los pies y a posarlos, mientras el camino se iba deslizando tras él. Había bosques sombríos a uno y otro lado de la carretera, que lanzaban largas sombras contra la polvareda blanquecina de la luna, y se oía el canto de los grillos y una vez el de un búho. Tenía que coger una escopeta y matar aquel búho antes que se llevara algunos pollos. Al señor Rossman no le importaba que Brock cazara.

Era divertida la forma en que seguía pensando en las cosas aquella noche. De ordinario se limitaba a marchar, sobre todo cuando estaba cansado, pero ahora —acaso fuera la luna— seguía recordando cosas fragmentarias, y las palabras, sin saber cómo, se iban formando por sí solas en la cabeza, como si alguien se las estuviera diciendo. Pensó en su cama y en lo bien que hubiera estado volver a casa en coche después del trabajo; solo que, naturalmente, cuando conducía, se embarullaba un poco y había dado algunos tropezones. Era curioso que le hubiera ocurrido eso, porque de repente el conducir le parecía facilísimo; no había sino aprender algunas señales y tener los ojos bien abiertos; eso era todo.

El sonido de sus pasos resonaba en la carretera. Aspiró profundamente el aire fresco de la noche y miró hacia arriba, más allá de la luna. Esa noche las estrellas parecían más grandes y brillantes.

Otro recuerdo le vino a la memoria: alguien había dicho que las

estrellas eran como el sol, solo que estaban mucho más lejos. No había comprendido gran cosa de aquello. Pero acaso fuera como una luz, que era algo pequeño hasta que uno se acercaba, y entonces acaso fuera muy grande. Pero si las estrellas eran tan grandes como el sol tenían que estar terriblemente distantes.

Se paró de golpe, sintiendo que le corría por el cuerpo un escalofrío repentino. ¡Válgame Dios, qué lejanas debían estar aquellas estrellas!

La tierra parecía desaparecer bajo sus pies y él estaba colgado de una piedrecita que giraba sobre sí misma en eterna oscuridad, y las grandes estrellas ardían resonaban en torno de él tan altas que sentía ganas de llorar solo de pensarlo.

Echó a correr.

El niño se levantaba temprano hasta en verano, cuando no había escuela y el desayuno no estaba preparado todavía. La calle y la población que quedaba al otro lado de la ventana parecía muy limpia y brillante en la naciente claridad solar. Sólo un camión traqueteaba por la carretera abajo, y un hombre con un mono azul iba hacia la lechería llevando la tarterita del almuerzo. Fuera de esto era como si tuviera al mundo entero para él. Su padre había salido ya a trabajar y a mamá le gustaba volverse a la cama una hora más después de preparar al padre el desayuno. Su hermana estaba durmiendo aún. Así que el niño estaba enteramente a solas en la casa.

Su amigo iba a venir e irían a pescar. Pero primero quería trabajar un poco más en su modelo de avión. Se lavó tan concienzudamente como se le puede pedir a un chico de diez años, cogió un panecillo de la despensa y volvió a su cuarto y a la mesa atestada de cosas. El avión iba a ser una verdadera preciosidad, un Shooting Star con un cartucho de CO para hacer de propulsor. Pero no sabía por qué aquella mañana no parecía tan bonito como la noche pasada. Le hubiera gustado poder hacer, en lugar de él, un verdadero motor de propulsión.

Suspiró, echó a un lado el trabajo y tomó una hoja de papel. Le había gustado siempre garabatear números y uno de sus maestros le había enseñado un poco de álgebra. Algunos de sus condiscípulos le llamaban el predilecto del maestro, hasta que él la emprendía a patadas con ellos. Pero el álgebra era algo realmente interesante; no como aprender la tabla de multiplicar. Allí se conseguía que los números y las letras hicieran alguna cosa. El maestro decía que si realmente deseaba construir navíos espaciales cuando fuera mayor

tendría que aprender muchísimas matemáticas.

Empezó trazando algunos signos. Las diferentes clases de ecuaciones formaban figuras diferentes. Era curioso ver como $x-ky$ $+c$ formaba una línea recta, en tanto que $x2+y2-c$ era siempre un círculo. Pero si se cambiaba una de las x, haciéndola igual a 3, en lugar de a 2, ¿qué sucedería entonces con la y? ¡No se le había ocurrido pensar en ese antes!

Asió el lápiz con fuerza, asomando la punta de la lengua por una comisura de la boca. No había sino achicar una pizca la x y la y, cambiar una de ellas solo imaginariamente un poquito y entonces...

Se hallaba en buen camino para inventar el cálculo diferencial cuando su madre le llamó para el desayuno.

2

Peter Corinth salió de la ducha cantando aún enérgicamente y encontró a Sheila atareada en freír el tocino y los huevos. Le alborotó el suave cabello castaño, le besó en el cuello y ella se volvió para sonreírle.

—Parece un ángel y guisa como un ángel —dijo.

—¿Por qué, Peter —preguntó ella—, nunca...?

—Nunca puedo encontrar palabras —convino él—. Pero, mi amor, es la pura verdad.

Se inclinó sobre la sartén, aspirando el aroma de la fritura con un suspiro contenido.

—Tengo la impresión de que hoy es uno de esos días en los cuales todo irá bien —dijo él—. Un poco de *Hubris* por el cual los dioses querrán indudablemente enviar una *Némesis* a mí. *Ate*: Gertie, la muy perra, quemó una lámpara. Pero tú arreglarás todo.

—*Hubris, Némesis, Ate* —una arruguita ceñuda contrajo su frente ancha y limpia de ella—. Ya has usado esas mismas palabras otra vez. ¿Qué significan?

El parpadeó al mirarla. Dos años después del matrimonio y seguía aún profundamente enamorado de su esposa, y cuando ella estaba allí el corazón de él se agitaba en su pecho. Era cariñosa, alegre y bella y sabía cocinar. Pero no tenía nada de intelectual, y cuando sus amigos venían a verle ella se recostaba tranquilamente en una butaca y no tomaba parte en la conversación.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él.

—Pensaba simplemente —respondió ella.

El entró al dormitorio y empezó a vestirse, dejando la puerta abierta, a fin de poder explicar los elementos básicos de la tragedia griega. Estaba aquella mañana demasiado alegre para ocuparse demasiado de tema tan sombrío; pero ella le escuchó con atención, haciendo una que otra pregunta. Cuando él salió, Sheila fue sonriente hacia él.

—¡Ah, qué físico este tan torpe! —le dijo—. No hay nadie como tú para ponerte un traje recién venido del tinte y hacer que parezca como si hubieras estado reparando un coche con él puesto.

Le arregló la corbata y tiró hacia abajo de la chaqueta arrugada. Él se pasó una mano por los negros cabellos, haciendo que inmediatamente quedaran despeinados y la siguió a la mesa de la cocinita. Una bocanada de vapor de la cafetera empañó sus gafas con armadura de cuerno. Se las quitó y las limpió con la corbata. Su

rostro delgado, de nariz quebrada, parecía diferente sin ellas; más juvenil. Como si tuviera solo los treinta y tres años que era su verdadera edad.

—Se me vino al pensamiento precisamente en el momento de despertar —dijo él mientras untaba de mantequilla la tostada—. Debo tener a fin de cuentas un subconsciente bien adiestrado.

—¿Quieres decir que has encontrado la solución de tu problema?— preguntó Sheila.

El asintió, demasiado absorto para reflexionar en lo que la demanda de ella suponía Sheila, por lo general, le dejaba a él que siguiera diciendo «sí» o «no» en el lugar apropiado, pero sin escuchar realmente. Para ella, el trabajo de su marido era algo enteramente misterioso. Algunas veces pensaba que su esposa vivía en el mundo del niño sin nada muy bien conocido, pero todo él brillante y extraño.

—He estado tratando de construir un analizador de fase para los nexos de resonancia molecular en la estructura de los cristales —dijo—. Bueno, no importa. La cuestión es que estuve atascado durante las últimas semanas; trataba de diseñar el circuito que pudiera servir para lo que deseaba y quedaba chasqueado. Pero me he despertado esta mañana con una idea que puede resultar bien. Vamos a ver.. —los ojos de él miraron más allá de ella y comió sin paladear lo que comía. Sheila reía, muy bajito.

—Puede que llegue tarde esta noche —dijo en la puerta—. Si esta idea nueva se logra, no quiero interrumpir el trabajo hasta que… Dios sabe cuándo. Te llamaré.

—Bien, amor mío. Que atrapes eso.

Cuando él se hubo ido, Sheila quedó un momento sonriente. Peter era… bueno…, ella había tenido suerte. Eso es todo. No se había dado realmente cuenta de lo afortunada que era; pero aquella mañana parecía diferente, sin saberse por qué. Todo se destacaba limpio y tajante, como si estuviera allá arriba, en las montañas del Oeste, que a su marido le gustaban tanto.

Tarareaba para sí mientras lavaba la vajilla y arreglaba el apartamento. Le vinieron recuerdos de su infancia en la pequeña población de Pennsylvania, de los asuntos del colegio, de su venida a Nueva York hacía cuatro años para hacerse cargo de un trabajo oficinesco en el despacho de un conocido de su familia. Pero, válgame Dios, no estaba hecha para ese género de vida. Una fiesta tras otra y un amigo tras otro, todo el mundo hablando de prisa, agitándose, cuidadosamente insensibilizado y con conocimientos; la multitud derrochadora, pero conocedora de los valores del mercado,

entre la cual ella tenía que estar siempre en guardia… Muy bien, se había casado con Peter, de rechazo, cuando Bill se alejó de ella llamándola estúpida… Importaba poco. Pero a ella le había gustado siempre aquel hombre tranquilo y tímido y había rechazado así todo un concepto de la vida.

«Así ahora estoy gruesa —se dijo a sí misma—, y me alegro, además, de estarlo.»

Una existencia de ama de casa común y corriente; nada más espectacular que unos cuantos amigos para beber cerveza y hablar; ir a la iglesia de cuando en cuando, mientras Peter, el agnóstico, dormía hasta más tarde; viajecitos de vacaciones a Nueva Inglaterra y a las Montañas Rocosas; proyectos de tener pronto un niño… ¿Quién quería más? Sus amigos de antes estaban siempre dispuestos a reír acerca del aburrimiento de la existencia burguesa, ñoña y gastada; pero cuando se metía uno en aquella vida no era sino una rutina también y una serie de latiguillos en lugar de otros, y parecía que uno había perdido algo en el cambio.

Sheila movió la cabeza intrigada. No era propio de ella esto de tener ensoñaciones diurnas como aquellas. Sus pensamientos, no sabía por qué, se habían tornado diferentes.

Terminó las faenas de la casa y miró en torno. De ordinario descansaba un rato antes del almuerzo, haciendo alguna de las labores manuales que eran su vicio mayor; después de esto tenía que hacer algunas compras, daba un paseíto por el parque, hacía o recibía alguna visita de alguna amiga y luego preparaba la cena para Peter y lo esperaba. Pero hoy…

Cogió la novela policíaca que tenía el propósito de leer. Por un momento la brillante cubierta yació entre sus manos indecisas, luego la volvió a posar y se volvió hacia la bien repleta estantería, para tomar el ejemplar manoseado de *Lord Jim* de Peter y volver al sillón. Había transcurrido media tarde antes de que se diera cuenta de que había olvidado lo referente al almuerzo.

Corinth se encontró con Félix Mandelbaum en el ascensor cuando bajaba. Eran aquella rara combinación que resulta de ser vecinos en un edificio de apartamentos de Nueva York y convertirse en amigos íntimos. Sheila, con su formación provinciana, había insistido en conocer a todos los del mismo piso cuando menos, y Corinth se alegró de eso en el caso de los Mandelbaum. Sarah era una especie de *Hausfrau*, rolliza, tranquila y retirada, agradable, pero no con mucho colorido, y su esposo resultaba algo completamente diferente de ella.

Félix Mandelbaum había nacido hacía cincuenta años en el bajo East Side, ruidoso, sucio y de talleres de dura explotación. Desde entonces la vida le había estado tratando a patadas, pero él había respondido del mismo modo con enorme jovialidad. Había sido desde recolector de fruta ambulante hasta hábil maquinista y mecánico en la Marina durante la guerra, al otro lado del mar, donde sus dotes para los idiomas y el trato con gentes debieron tener ocasión de ejercitarse. Su carrera como organizador de los trabajadores transcurrió regularmente desde miembro de la antigua I.W.W. hasta la relativa respetabilidad correspondiente a su cargo actual de secretario ejecutivo oficial del sindicato local, en realidad un liquidador de conflictos ambulante con voz en los consejos nacionales. Y no es que hubiera sido radical desde sus veinte años; él decía que había visto el radicalismo desde dentro y que eso era suficiente para cualquier hombre sensato. Ciertamente, pretendía ser uno de los últimos conservadores verdaderos; pero para conservar es necesario podar, injertar, añadir. Era autodidacta, pero había leído mucho y tenía más capacidad para la vida que cualquiera otro del círculo de amistades de Corinth, si se exceptúa propiamente a Nathan Lewis.

—Hola —dijo el físico—. Hoy vas retrasado.

—No exactamente —Mandelbaum hablaba con el duro acento de Nueva York: de prisa y suprimiendo letras y palabras.

Era un sujeto pequeño, fuerte, de cabellos grises, con cara de ave de rapiña y ojos intensamente negros.

—Me he despertado con una idea. Un plan de reorganización. Es asombroso que no se le haya ocurrido a nadie hasta ahora. Reducirá a la mitad el papeleo. Así que he estado esbozando una carta de trabajo.

Corinth movió la cabeza tristemente.

—Pero ahora, Félix, has de saber que los americanos son demasiado aficionados al papeleo para renunciar a una sola hoja.

—No has visto a los europeos —gruñó Mandelbaum.

—Es curioso dijo Corinth —que no hayas tenido esa idea hasta ahora. Recuérdame que más tarde he de obtener detalles, parece algo interesante. Yo me he despertado con la solución de un problema que me traía desconcertado desde el pasado mes.

—¿Sí?

Mandelbaum se abalanzó sobre aquel hecho. Casi podía vérsele dándole vueltas entre sus manos, oliscándolo y dejándolo otra vez.

—Extraño – dijo—. Era una despedida.

El elevador se detuvo y se separaron. Corinth tomó el metro,

como de costumbre. En cuanto a los coches, opinaba como la mayoría, que en aquella población no tenía cuenta tener un coche propio. Observó de un modo impreciso que el tren estaba más callado que de ordinario. Las gentes parecían menos apresuradas y menos descorteses, tenían apariencia de estar pensativas. Echó un vistazo a los periódicos, preguntándose, después de tragar saliva, si aquello habría empezado. Pero no había nada verdaderamente sensacional…, salvo aquel suelto local sobre un perro que quedaba en un sótano durante la noche, el cual, no se sabía cómo, había abierto la refrigeradora, puesto la carne a deshelar y así fue encontrado dándose muy contento un banquete. Por lo demás, se luchaba aquí y allí por todo el mundo; una huelga, una manifestación comunista en Roma, cuatro muertos en un choque de autos…, palabras. Era como si las rotativas exprimieran la sangre de todo lo que pasara por ellas.

Subiendo a la superficie en Manhattan, anduvo tres manzanas hasta el Instituto Rossman, cojeando un poco. El mismo accidente en el cual se había roto la nariz hacía años le produjo también lesiones en su rodilla izquierda y le libró del servicio militar; aun cuando el haber sido enviado de un tirón desde su graduación juvenil del colegio al Plan Manhattan pudo haber tenido algo que ver en eso.

Se sobresaltó un poco al recordarlo. Hiroshima y Nagasaki pesaban aún duramente en su conciencia. Había dejado aquello inmediatamente después de la guerra, y no fue solo para reanudar sus estudios o escapar del balduque y poner de manifiesto una mezquina intriga de la investigación oficial, pasando a la vida académica sensata y mal pagada; había sido una fuga de la culpabilidad. Eso eran también sus últimas actividades según creía: en los Científicos Atómicos, en la Unión Federalista Mundial, en el Partido Progresivo. Cuando pensaba en cómo aquellas organizaciones se fueron marchitando y cómo habían sido traicionadas, y cuando recordaba los flamantes clisés que se habían alzado como un escudo entre el y los criticismos soviéticos —visibles para cualquiera que tuviera ojos—, se preguntaba hasta qué punto eran sensatos los profesores, después de todo.

Pero ¿era algo más equilibrada su actual retirada frente a la investigación y la pasividad política…, votando una desilusionada candidatura demócrata y sin hacer nada más? Nathan Lewis, que le calificaba francamente de reaccionario, era un miembro del comité local del partido republicano y un animoso y extremado pesimista que aún menos realista que Lewis, su contrincante en el trataba de

salvar algo. Y Félix Mandelbaum, no medra y en las *bull-sessions*, tenía más. Esperanzas y energías. Hasta proyectaba crear al fin un partido laborista americano. Entre ellos Corinth resultaba bastante descolorido.

«¡Y soy más joven que ninguno!», se decía.

Suspiró. ¿Qué le ocurría? Los pensamientos seguían bullendo, brotando de no sabía dónde. Las cosas olvidadas se eslabonaban entre sí en cadenas que resonaban dentro del cráneo. Y precisamente cuando él tenía que resolver su problema también.

La reflexión hizo que todos los demás problemas fueran desechados. Esto era también inusitado; de ordinario era lento para variar cualquier rumbo de sus pensamientos.

Avanzó con una vivacidad renovada. El Instituto Rossman era una mole de piedra y cristal que llenaba media manzana y que casi resultaba resplandeciente al lado de los edificios más antiguos de la vecindad. Se le conocía como el cielo de los científicos. Allí eran atraídos los hombres capaces de todos los lugares y de todas las disciplinas, no tanto por el buen sueldo como por las posibilidades de efectuar sin obstáculos investigaciones a su propia elección, con equipos de primer orden y porque no había nada de la proyectitis que estaba estrangulando a la ciencia pura en el gobierno, en la industria y en demasiadas universidades. Había la inevitable politiquería y chismorreo, pero en un grado menor que en la mayoría de los colegios; el Instituto para Estudios Avanzados era menos abstruso y más energético quizá y ciertamente contaba con mucha más amplitud. Lewis le había dicho a Mandelbaum como una prueba de la necesidad cultural de una clase privilegiada:

—¿Crees que puede haber algún Gobierno que funde una cosa así y luego, lo que es más, tenga el buen sentido de dejarla vivir por sí misma?

—Brookhaven lo hace muy bien —había dicho Mandelbaum.

Pero para él era una débil respuesta.

Corinth saludó con la cabeza a la muchacha del puesto de periódicos del vestíbulo, de palabra a un par de conocidos y desapareció en la lentitud del ascensor.

—Séptimo dijo automáticamente cuando llegó.

—Debo saberlo, señor Corinth —repuso sonriente el ascensorista —. Lleva aquí, vamos a ver..., casi seis años para esta fecha, ¿no es eso?

El físico parpadeó. Aquel hombre había sido para él solo una parte del ascensor. Intercambiaban las bromas de costumbre, pero aquello no significaba nada. De pronto Corinth lo vio como un ser

humano, como un organismo viviente único, como parte de una red impersonal enorme, que en último término se convertía en todo el universo, y, sin embargo, llevando consigo su propia alma. «Bueno —se dijo a sí mismo asombrado—, ¿por qué he de pensar eso?»

—¿Sabe usted? —dijo el ascensorista—. He estado pensando. Me desperté esta mañana y me puse a pensar para qué estaba haciendo esto y si realmente saco de ello otra cosa que mi trabajo y mi pensión, y... —hizo desmañadamente una pausa, pues se detuvieron a dejar en el tercer piso a un pasajero. Le envidio. Usted va a alguna parte.

El ascensor llegó al séptimo.

—Usted podría..., bueno, usted podría hacer un curso nocturno dijo Corinth.

—Creo que sí, que lo deseo, señor. Si fuera tan amable como para recomendarme...

—Bueno, en otra ocasión. Tengo que irme ahora.

Las puertas se deslizaron a lo ancho de la jaula y Corinth bajó a los pasillos de duro mármol de su laboratorio.

Tenía una plantilla fija de dos: Johansson y Grunewald; unos jóvenes concentrados en su trabajo que probablemente soñaban con tener laboratorios propios algún día. Estaban ya allí cuando entró él y se quitó la chaqueta.

—Buenos días..., buenos..., buenos.

—He estado pensando, Peter —dijo Grunewald de pronto, cuando el jefe fue a su mesa—. He tenido una idea sobre un circuito que podría resultar...

—*Et tu, Brute* —murmuró Corinth. Se sentó en un taburete, doblando las piernas—. Venga —le dijo.

La ocurrencia de Grunewald parecía notablemente paralela a la suya. Johansson, por lo general silencioso y capaz, pero solo eso, lanzaba ávidamente las campanas al vuelo por las cosas que se le ocurrían. Corinth tomó a su cargo el dirigir la discusión y durante media hora estuvieron llenando papeles con los símbolos esotéricos de la electrónica.

Rossman acaso no fue enteramente desinteresado al fundar el Instituto, aun cuando un hombre con una cuenta como la de él en el Banco se puede permitir el lujo de ser altruista. La investigación pura ayuda a la industria. El había hecho su fortuna con los metales ligeros, desde la materia prima hasta los productos terminados, en estrecha relación con una docena de otros negocios. Oficialmente semirretirado, seguía sosteniendo en sus finas manos los hilos. Hasta la bacteriología podía resultar provechosa —no hacía mucho

se habían hecho trabajos sobre la extracción bacterial del aceite de las ballenas—, y los estudios de Corinth sobre los nexos de los cristales podían significar mucho para la metalurgia. Grunewald se solazó bastante ante la perspectiva de lo que el éxito podría suponer para su reputación profesional. Antes del mediodía habían establecido una serie de ecuaciones parciales diferenciales que pasarían a la calculadora en las hojas fijadas regularmente para su uso y fueron diseñando los elementos del circuito que deseaban.

Sonó el teléfono. Era Lewis, que le proponía almorzar con él.

—Voy a hacerlo muy de prisa hoy —dijo Corinth—. Creo que acaso me limite a pedir que me suban unos sándwiches.

—Bueno, a mí me ocurre lo mismo, y además quiero que sepas en lo que estoy metido —insistió Lewis—. No estoy seguro de ello y puede ayudar a aclarar mis ideas el lanzártelas a ti.

—Ah, muy bien! ¿Te conviene el Commissary?

—Si simplemente deseas llenar el estómago, creo que sí.

Lewis era partidario de los almuerzos de tres horas, completados con vino y violines. Una costumbre que había adquirido durante sus años de Viena, antes del *Anschluss*.

—¿Te conviene a la una? Para entonces los campesinos se habrán atracado ya de comer.

—Muy bien.

Corinth colgó el teléfono, absorbiéndose de nuevo en el frío éxtasis de su trabajo. Dio la una y media antes que se diera cuenta de la hora y salió a todo correr.

Lewis acababa de sentarse a la mesa cuando Corinth llevó allí su bandeja.

—Me imaginé por su forma de hablar que llegaría tarde —dijo —. ¿Qué tiene de comer? El menú habitual de las cafeterías, me figuro: ratones ahogados en leche desnatada, filetes de erizo de mar, asado *chef* especial... Bueno, importa poco —sorbió el café e hizo un gesto.

No tenía apariencia delicada. Era recio y bajo, de unos cuarenta y ocho años; empezaba a engordar un poco y a ponerse calvo. Los ojos eran penetrantes tras las gruesas gafas sin rebordes. Era ciertamente aficionado a la comida y a la bebida. Pero ocho años en Europa cambian los gustos y él insistía que sus visitas allí en la posguerra habían sido puramente gastronómicas.

—Lo que necesitas —dijo Corinth con la afectación del converso — es casarte.

—Solía creerlo cuando empecé a dejar mis tiempos de libertinaje detrás. Pero, bueno, no importa. Ahora es demasiado tarde.

Lewis atacó un bistec al minuto, que él siempre pronunciaba como si minuto fuera sinónimo de minúsculo, y gruñó con la boca llena:

—Ahora estoy más interesado en el aspecto histológico de la biología.

—Dijiste que tenías dificultades...

—Sobre todo con mis asistentes. Hoy todo el mundo parece exaltado, y el joven Robert ha salido con ideas aún más disparatadas que de ordinario. Pero se trata de mi trabajo. Se lo he dicho, ¿no es así? Estoy estudiando las células nerviosas, las neuronas. Tratando de mantenerlas vivas en diferentes medios artificiales y de ver cómo varían sus propiedades eléctricas según las condiciones. Las tengo en secciones excitadas de tejidos; técnica de Lindbergh-Carrell con modificaciones. Iba marchando muy bien, y luego, hoy, cuando efectuamos la comprobación de costumbre, el resultado fue diferente. Así que probé con todos y... todas y cada una había cambiado.

—¿Eh? —Corinth enarcó las cejas y masticó en silencio durante un minuto—. ¿Alguna cosa que marchaba mal en sus aparatos?

—No, que yo sepa. Nada hay diferente..., excepto las células mismas. Un cambio pequeño, pero significativo —la voz de Lewis se hizo más apresurada, con un dejo de creciente excitación—. ¿Ya sabe cómo funciona la neurona? Como un contador digital. Es excitada por... un estímulo, lanza una señal y después de esto queda inactiva por breve tiempo. La neurona contigua en el nervio recoge la señal, la transmite y también queda brevemente inactiva. Bueno, pues resulta que hoy todo se ha apresurado. El tiempo de inactividad es una buena cantidad de microsegundos menor y..., bueno, digamos todo el sistema reacciona significativamente más de prisa que lo normal. Y las señales son también más intensas.

Corinth resumió la información brevemente y luego dijo con lentitud:

—Parece como si hubiera dado con algo importante.

—Bueno, pero ¿cuál es la causa? El medio, los aparatos, todo es lo mismo que ayer. Se lo aseguro. Nos estamos volviendo locos tratando de averiguar si hemos dado con un premio Nobel en potencia o simplemente si es una chapucería técnica.

Muy despacio, como si su mente hubiera sido desviada de algo que había entrevisto oscuramente, Corinth dijo:

—Es extraño que esto haya de ocurrir hoy.

—¿Eh? —Lewis le miró de modo penetrante y Corinth refirió sus propios encuentros.

—Muy extraño —convino el biólogo—. Y no ha habido últimamente grandes tormentas. El ozono estimula la mente, pero yo siempre tengo mis cultivos sellados y bajo cristal.. —algo relumbró en sus ojos.

Corinth miró en torno.

—Hola, Helga. Qué raro que se haya retrasado tanto. ¡Eh, aquí! —se puso en pie a hacer señas, y Helga Arnulfsen llevó su bandeja a la mesa de ellos y se sentó.

Era una mujer alta, hermosa, con una larga cabellera rubia recogida apretadamente en torno de su cabeza erguida. Pero algo de sus modales —una energía impersonal, un distanciamiento, acaso solo la falta de feminidad en su forma de hablar y de vestir— hacían que fuera menos atractiva de lo que pudiera haber sido. No había cambiado desde los viejos tiempos, desde antes de la guerra, pensó Corinth. Se había doctorado en Minnesota, donde estudió periodismo, y allí se habían divertido juntos aun cuando él estaba entonces demasiado enamorado de su trabajo y de otra mujer para pensar seriamente en ella. Después habían mantenido correspondencia y él le había conseguido un puesto de secretaria en el Instituto, hacía de esto dos años. Era actualmente auxiliar del jefe administrativo y hacía en ese cargo un buen trabajo.

—¡Uf!, qué día —pasó una fuerte y delicada mano por sus cabellos, alisándoselos, y les sonrió con aire de cansancio.

—Todo el mundo está teniendo conflictos y todos me los quieren cargar a mí. Gertie ha cogido un berrinche...

—¿Eh?

Corinth se le quedó mirando un tanto desolado. Había contado con la gran calculadora para resolver sus ecuaciones aquel día.

—¿Qué le pasa?

—Solo Dios y Gertie lo sabe, y ninguno de los dos lo ha dicho. Allanbee hizo un test rutinario esta mañana y salió equivocado. No mucho, pero lo suficiente como para sacar de quicio a cualquiera que necesite respuestas precisas. Ha estado indagando en ella desde entonces, tratando de encontrar la dificultad, hasta ahora sin éxito. Y he tenido que señalar nuevo horario para todos.

—Muy extraño —murmuró Lewis.

—Luego, diferentes instrumentos, especialmente en las secciones de física y química, están un poco alocados. El polarímetro de Murchison tuvo un error de..., bueno, algo terrible, cosa de una décima de uno por ciento, no sé.

—¡Ah!, ¿sí? —Lewis, sacando la mandíbula, se echó hacia adelante sobre los platos—. Acaso no sean mis neuronas, sino mis

instrumentos los que están desajustados. Pero no, no puede ser. No hasta ese punto. Ha de ser algo en las células mismas. Pero ¿cómo puedo medirlo si los instrumentos están todos errados?

Soltó una enérgica maldición en alemán, aun cuando sus ojos permanecieron siendo luminosos.

—Montones de chicos han subido de pronto con flamantes proyectos —prosiguió Helga—. Quieren utilizar inmediatamente cosas como la gran centrifugadora y se ponen furiosos cuando les digo que tienen que esperar turno.

—¿Todos hoy? —Corinth echó a un lado su postre y sacó un cigarrillo «Cada vez más curioso», dijo Alice. Los ojos de él se agrandaron y la mano que sostenía el fósforo se estremeció levemente—. Nathan, me preguntó…

—¿Un fenómeno general? —Lewis asintió con un gesto, conteniendo su excitación con un esfuerzo—. Puede ser, puede ser. Sería sin duda mejor averiguarlo.

—¿De qué están hablando? —preguntó Helga.

—De cosas —explicó Corinth cuando ella terminaba de comer.

Lewis permaneció callado y retrepado, lanzando el humo del puro, reconcentrado en sí mismo.

—¡Hum! —Helga tamborileó en la mesa con sus largas uñas sin pintar—. Parece interesante… ¿No habrán sido de pronto aceleradas todas las células nerviosas, incluyendo las de nuestros propios cerebros?

—Es algo más básico que eso —dijo Corinth—. Algo puede haberle ocurrido a… ¿qué? ¿A los fenómenos electroquímicos? ¿Cómo lo voy a saber? No profundicemos demasiado hasta que no hayamos investigado esto.

—Sí, se lo dejo a ustedes —Helga sacó un cigarrillo para ella y aspiró profundamente—. Se me ocurre pensar en unas cuantas cosas evidentes que comprobar…, pero es cosa tuya —se volvió de nuevo para sonreír a Corinth, con la amable sonrisa que reservaba para unos pocos—. A propósito, ¿cómo está Sheila?

—¡Ah!, bien, bien. ¿Y tú?

—Yo estoy perfectamente —había indiferencia en su respuesta.

—Debes venir alguna vez a casa a comer —era preciso un pequeño esfuerzo para proseguir cortésmente la conversación cuando el pensamiento está pidiendo a gritos ocuparse de aquel nuevo problema—. No te hemos visto desde hace mucho tiempo. Trae al nuevo amiguito, si lo deseas, sea quien fuere.

—¿Jim? ¡Ah!, le di calabazas la semana pasada. Pero volverá seguramente —se levantó—. A remar de nuevo, amigos, hasta la

vista.

Corinth la estuvo mirando cuando iba a grandes pasos hacia la cajera. Casi a pesar suyo, pues sus pensamientos hoy se lanzaban en todas direcciones, murmuro:

—No sé por qué no puede conservar un hombre a su lado. Es inteligente y bien parecida.

—Porque no lo desea —dijo Lewis concisamente.

—Sí, me figuro que es eso. Se ha vuelto fría desde que yo la conocí en Minneapolis. ¿Por qué?

Lewis se encogió de hombros.

—Creí que lo sabías —dijo Corinth—. Has entendido a las mujeres mejor de lo que tienes derecho. Y ella te aprecia más que a cualquiera de los que andan por ahí, me parece.

—Somos los dos aficionados a la música —dijo Lewis, quien opinaba que ya no se había escrito música desde mil novecientos—. Y los dos sabemos tener nuestra boca cerrada.

—Muy bien, muy bien —rió Corinth, y se levantó—. Me voy al laboratorio otra vez. Me fastidia dejar a un lado el analizador de fases, pero este nuevo asunto... —una pausa—. Oye: echemos mano a aquellos otros y dividamos nuestro trabajo, ¿eh? Que todo el mundo compruebe algo. Eso no llevará mucho tiempo entonces.

Lewis asintió concisamente y siguió tras él.

A la noche habían obtenido los resultados.

Cuando Corinth miró las cifras, su interés dio paso a una frialdad que iba creciendo dentro de sí. Se percató de pronto de lo pequeño e incapaz que era.

Los fenómenos electromagnéticos habían cambiado.

No era mucho, pero el mismo hecho de que las supuestas eternas constantes de la naturaleza se hubieran alterado era suficiente para dejar reducidos a polvo un centenar de sistemas filosóficos. La sutileza del problema tiene algo de elemental. ¿Cómo medir de nuevo los factores básicos cuando los aparatos mismos de medidas han variado?

Bueno, había medios. No existen absolutos en este universo. Todo está en relación con lo demás, y era un hecho que ciertos datos habían alterado relativamente otros que eran significativos.

Corinth había estado trabajando en la determinación de las constantes eléctricas. Para los metales eran las mismas, o casi las mismas, que antes, pero la resistencia y conductibilidad de los aislantes habían variado de manera mesurable; se habían vuelto un poco mejores conductores.

Salvo en los aparatos de precisión, tales como la calculadora Gertie, el cambio en las características electromagnéticas no era suficiente para producir ninguna diferencia noticiable. Pero los mecanismos más complejos y más delicadamente equilibrados que se conocen son las células vivientes. Y la neurona es la más altamente evolucionada y más especializada de todas las células, particularmente esa variedad de las neuronas que se encuentra en el córtex cerebral humano. Y aquí el cambio era perceptible. Los minúsculos impulsos eléctricos que representan las funciones nerviosas —sentido, percepción, reacciones motoras, el pensamiento mismo— fluían con más rapidez, más intensamente.

Y el cambio acababa de empezar.

Helga se estremeció.

—Necesito beber algo —dijo—. Lo necesito desesperadamente.

—Conozco un bar —dijo Lewis—. Iré contigo a uno antes de volver a trabajar un poco más. ¿Y tú, Peter?

—Me voy a casa —dijo el físico—. Que os divirtáis —sus palabras fueron dichas en tono insulso.

Salió sin percatarse apenas de lo sombrío del vestíbulo y de lo tardío de la hora. Para los otros aquello era aún algo brillante, nuevo, maravilloso: pero él no podía dejar de pensar que acaso con un golpe gigantesco y al descuido estaba el universo a punto de extinguir todas las razas humanas. ¿Qué efecto podría tener en un cuerpo vivo...?

Bueno, habían hecho casi todo cuanto ahora era posible hacer. Habían realizado cuantas comprobaciones eran posibles. Helga había estado en contacto con la Oficina de Pesos y Medidas de Washington y se lo había comunicado. Ella comprendió, por lo que le dijo el que hablaba, que algunos otros laboratorios esparcidos por el país habían notificado también anomalías. «Mañana —pensó Corinth— se va a empezar a oír hablar de eso de verdad.»

Fuera —la escena era aún la de Nueva York al oscurecer— apenas había cambio alguno. Acaso solo un poco más de silencio de lo que debiera haber. Compró un periódico en la esquina y le echó un vistazo allí mismo. ¿Estaba equivocado o existía oscuramente en él una muy sutil diferencia, una fraseología más literaria, algo individual que se abría paso a través de los obstáculos que suponían los lectores de periódicos, porque estos mismos habían cambiado sin saberlo? Pero no había mención alguna de la gran causa, la cual era demasiado enorme y demasiado nueva todavía para haber alterado la vieja historia de siempre: guerra, inquietud, desconfianza, temor, odio y ambición; un mundo enfermizo que se

desmoronaba.

De pronto se dio cuenta de que había leído Cn diez minutos de arriba abajo la primera página del *Times*, atestada de lectura. Se metió el periódico en el bolsillo y se precipitó hacia el metro.

3

Había conflictos en todas partes. Un vocerío de indignación por la mañana hizo que Archie Brock fuera corriendo al gallinero, donde Stan Wilmer había posado el cubo de la comida para amenazar con el puño al mundo entero.

—¡Mira esto! —gritó—. ¡Míralo simplemente!

Brock asomó el cuello por la puerta y silbó. El gallinero era un revoltijo. Un par de cadáveres de plumaje ensangrentado estaban tendidos sobre la paja y otras pocas gallinas cacareaban nerviosamente en las perchas. Eso era todo. Las demás se habían ido.

—Parece como si hubieran entrado los zorros porque alguien dejó la puerta abierta —dijo Brock.

—Sí —Wilmer se tragó su rabia ruidosamente—. Algún asqueroso hijo de...

Brock, pensó que el encargado del gallinero era el mismo Wilmer, pero prefirió no hacer alusión a eso. El otro lo recordó y se calló, frunciendo el ceño.

—No sé —dijo despacio—. Anoche, como de costumbre, eché un vistazo aquí antes de irme a la cama, y juraría que la puerta estaba cerrada y el pestillo echado como siempre. Llevo aquí cinco años y no ha habido nunca ninguna contrariedad.

—Entonces acaso alguien abrió la puerta más tarde, después de oscurecido, ¿eh?

—Sí, algún ladrón de gallinas. Aunque es curioso: los perros no ladraron; no sé que haya venido aquí ningún bicho viviente sin que le ladraran— Wilmer se encogió de hombros con amargura—. Bueno, como fuera, alguien abrió la puerta.

—Y luego, más tarde, los zorros entraron —Brock volvió con la punta del pie una de las gallinas muertas—. Y acaso tuvo que salir corriendo cuando uno de los perros vino oliendo por aquí, y dejó esto.

—Y la mayor parte de las aves andarán por el bosque. Va a ser preciso una semana para cogerlas... las que vivan. Maldita sea!

Wilmer salió furioso del gallinero, olvidándose de cerrar la puerta. Brock la cerró por él, un poco sorprendido de haberse acordado de hacerlo.

Suspiró y volvió a sus faenas matinales. Todos los animales parecían agitados aquel día. Y que le llevaran los diablos si su propia cabeza no la sentía extraña también. Recordó su propio temor de hacía dos noches y la singular manera en que había estado

pensando desde entonces. Acaso hubiera algo así como una fiebre por ahí.

Bueno, le preguntaría a alguien más tarde. Hoy había trabajo que hacer: arar el campo que acababa de ser limpiado. Todos los tractores estaban ocupados con el cultivo, así que él tuvo que tomar un tronco de caballos.

Eso estaba bien. Brock quería a los animales, siempre los había entendido y se había llevado bien con ellos; mejor que con las gentes. Y no es que éstas se hubieran portado mal con él, al menos desde hacía ya mucho tiempo. Los chicos solían hacerle rabiar antaño, cuando él era también un crío, y después, posteriormente tuvo algunas dificultades para conducir, y un par de chicas se habían asustado, y el hermano de una de ellas le había pegado. Pero eso fue años atrás. El señor Rossman le había dicho cuidadosamente lo que podía hacer y lo que no podía hacer, encargándole de aquello, y desde entonces las cosas habían ido muy bien. Ahora podía entrar en una taberna cuando iba al pueblo y tomarse una cerveza como cualquiera otro y los demás le saludaban.

Por espacio de un momento quedó pensando por qué había de recordar aquello cuando lo conocía tan bien y por qué había de dolerle de la forma que le dolía. «No hay nada que decir de mí —pensó—. Quizá no sea listo, pero sí fuerte. El señor Rossman dice que no ha tenido nunca un granjero mejor que yo.»

Se encogió de hombros y penetró en el establo para sacar los caballos. Era un joven de altura media, de recia contextura, musculoso, facciones fuertes y toscas y cabeza redonda, con los cabellos rojizos cortados a cepillo. Sus ropas de trabajo azules eran usadas, pero se encontraban limpias. La señora Bergen, la esposa del superintendente general, en cuya casa tenía él una habitación, se cuidaba de esos detalles respecto a él.

La cuadra era grande y sombría, cargada de los olores fuertes del heno y de los caballos. Los percherones, castaños golpearon el suelo con los cascos y relincharon, inquietos cuando él les puso los arreos. Era curioso, pues antes estuvieron siempre tranquilos.

—¡So, so, quieto, muchacho! ¡Quieto, Tom! ¿Qué hay, Jerry? ¡Quieto, quieto!

Se calmaron un poco, les hizo salir y los amarró a un poste, mientras iba a la tejavana a buscar el arado.

Su perro Joe vino a retozar en torno de él. Era un setter irlandés alto, cuya pelambre brillaba al sol como el oro y el cobre. En realidad, Joe pertenecía al señor Rossman; pero Brock se había cuidado de él desde que era un cachorrillo y siempre le seguía.

—Abajo, chico, abajo. ¿Qué diablos te pasa? Calma, ¿eh?

La finca se extendía verde en torno de él, con los edificios de la granja a un lado y las casitas de los braceros ocultas por los árboles del otro, quedando muchos acres de bosque detrás. Había una buena cantidad de praderas y de huertas y jardines entre esta parte cultivada y la gran casa blanca del dueño, que había estado casi siempre vacía desde que las hijas del señor Rossman se habían casado y la esposa de este había muerto. El dueño estaba ahora aquí, aun cuando pasaba algunas semanas en su finca de Nueva York con sus flores. Brock se preguntaba por qué un millonario como el señor Rossman tenía que afanarse en cultivar rosas, aun cuando se hubiera hecho viejo.

La puerta de la tejavana se abrió crujiendo y Brock entró a buscar el arado grande y lo sacó rodando, refunfuñando un poco por el esfuerzo. «No habrá muchos capaces de sacarlo», pensó con un estremecimiento de orgullo. Rió entre dientes al ver cómo los caballos golpeaban el suelo al verlo. Los caballos eran bestias perezosas, que no trabajarían nunca de poder evitarlo.

Empujó el arado tras ellos, con la lanza por delante, y lo enganchó. Con hábil movimiento soltó las riendas del poste, ocupó su asiento y agitó las riendas sobre las anchas ancas.

—¡Arre!

Se quedaron allí, moviendo las patas.

—¡Arre, he dicho!

Tom empezó a recular. «¡Soo! ¡Soo!» Bronk cogió la parte trasera de las riendas y la hizo restallar silbando con fuerza. Tom protestó relinchando y puso su enorme casco sobre la lanza. Esta se rompió.

Por un momento, Brock quedó allí sin encontrar palabras. Luego movió su roja cabeza.

—Es un accidente —dijo en voz alta. La mañana parecía de pronto muy silenciosa—. Es un accidente.

En la tejavana había una lanza de repuesto. La fue a buscar, así como algunas herramientas, y empezó obstinadamente a quitar de allí la roto.

—¡Eh, para! ¡Para, he dicho!

Brock alzó la vista. Los chillidos y gruñidos eran como golpes. Vio pasar un trazo negro y luego otro y otro. ¡Los cerdos se habían escapado!

—¡Joe! —vociferó, sorprendido un poco de lo rápidamente que había reaccionado—. ¡Ve por ellos, Joe! ¡Atájalos, chico!

El perro partió como un rayo. Se adelantó a la cerda que iba delante y la mordió. La cerda gruñó y se dio vuelta, y el perro se fue

a buscar al cerdo siguiente. Stan Wilmer vino corriendo desde las pocilgas. Tenía la cara blanca.

Brock corrió a interceptar el paso de otro cerdo e hizo que se volviera, pero un cuarto se escurrió por un lado y se perdió en el bosque. Se precisaron de varios minutos de confusión para hacer retroceder a la mayoría y meterlos de nuevo en la pocilga; pero algunos de ellos se habían escapado.

Wilmer quedó boquiabierto. Su voz era desapacible.

—Lo he visto —refunfuñó—. ¡Válgame Dios, lo he visto! No es posible.

Brock infló las mejillas y se enjugó el rostro.

—¿Me has oído? —Wilmer le asió un brazo—. Lo he visto, te digo. Lo he visto con mis propios ojos. Esos cerdos abrieron ellos solos la puerta.

—¡No! —Brock sintió que su boca se abría.

—Te digo que lo he visto. Uno de ellos se levantó sobre sus patas traseras con el morro abrió la puerta. Lo hizo solo. Y los otros se agolparon en seguida detrás. ¡Ah, sí, sí!

Joe salió del bosque, llevando delante de él un cerdo, y lanzando sardónicos ladridos. El gorrino se entregaba momentos después y se iba trotando tranquilamente a la pocilga. Wilmes se volvió maquinalmente y abrió la puerta de nuevo para que pasara.

—¡Buen perro! —Brock acarició la sedosa cabeza del animal, que restregó su hocico contra él—. ¡Perro listo!

—Demasiado condenadamente listo —Wilmer contrajo los ojos —. ¿Había hecho eso mismo el perro antes?

—Claro que si —dijo Brock, indeciso.

Joe se separó de su costado volvió a meterse en el bosque.

—Apostaría que va a buscar a otro cerdo —había una especie de horror en la voz de Wilmer.

—Seguramente. Es un perro listo.

—Voy a decírselo a Bill Bergen —Wilmer giró sobre sus talones.

Brock lo miró irse, encogió sus anchas espaldas y volvió a su trabajo. Cuando lo hubo terminado, Joe había atajado el paso a dos cerdos más y los había hecho volver. Ahora estaba montando la guardia en la puerta de la pocilga.

—Buen perro —dijo Brock—. Veré de conseguir un hueso para ti por este —enganchó a Tom y Jerry, que habían estado sueltos a sus anchas—. Muy bien, eh, haraganes, vamos. ¡Arre!

Lentamente, los caballos se echaron hacia atrás.

—¡Eh! —gritaba Brock.

Esta vez no se detuvieron en la lanza. Muy cuidadosamente

pisaron dentro del mismo arado, doblando con su peso el armazón de hierro y rompieron la reja. Brock sintió que se le secaba la garganta.

—No —murmuró.

Wilmer casi tuvo un ataque cuando supo lo que habían hecho los caballos. Bergen solo se quedó quieto, silbando desafinadamente.

—No sé —dijo rascándose la cabeza de cabellos color de arena —. ¿Sabes lo que te digo? Vamos a dejar todos los trabajos que tengan que ver con los animales, salvo darles de comer y ordeñar, desde luego. Atrancaremos todas las puertas y que alguien vigile a lo largo de las cercas. Yo hablaré con el viejo acerca de esto.

—Pues yo voy a llevar un rifle —dijo Wilmer.

—Bueno, puede que no sea una mala idea —dijo Bergen.

Archie Brock fue encargado de cuidar de una zona de casi cuatro millas que encerraba los bosques. Se llevó a Joe, que jugueteaba alegremente tras él, y partió contento de estar a solas, pues era una novedad.

¡Qué silencioso estaba el bosque! La luz del sol venía de costado a través de las hojas inmóviles, lanzando resplandores moteados en las sombras de un pardo cálido. El firmamento era indeciblemente azul sobre su cabeza, sin nubes ni viento. Sus pies trituraban torpemente alguno que otro pedazo de tierra endurecida o alguna piedra. Le rozó una rama, que fue arañando suavemente sus ropas. Por lo demás el paraje estaba enteramente silencioso. Los pájaros parecían haberse marchado al tiempo, no se veía ninguna ardilla, y hasta las ovejas se habían retirado a lo más profundo del bosque. Pensó inquieto que, sin saber cómo, todo el mundo vegetal tenía una sensación de estar esperando aquello.

¿Quizá como antes de una tormenta?

Ya estaba viendo cómo se iba a asustar la gente si los animales empezaban a volverse más listos. Si fueran verdaderamente inteligentes, ¿cómo iban a dejar que los hombres les encerraran, que les hicieran trabajar, que les castraran, les despellejaran y se los comieran? Supongamos que Tom y Jerry ahora… Pero ¡eran tan cariñosos!

¡Ah!, pero espera. ¿No se estaban volviendo también más inteligentes los humanos? Parecía como si en este par de días último hubieran hablado más. Y no era la conversación acerca del tiempo ni de los vecinos, sino acerca de cosas como quién ganaría en la próxima elección de presidente o de si era mejor la tracción trasera en los coches. Ya habían hablado así de cuando en cuando,

pero no tanto, y no habían tenido tampoco tanto que decir. Hasta a la señora Bergen la había visto leyendo una revista, y todo lo que hacía antes en su tiempo libre era ver la televisión.

«¡Yo también me estoy volviendo más listo!», se dijo.

El saberlo le hizo el efecto de un trueno. Quedó largo rato paralizado, y Joe vino a oler su mano intrigado.

«Me estoy volviendo más listo.»

Sin duda..., tenía que ser. Aquella manera que había tenido de hacerse preguntas últimamente y de recordar cosas, y de hablar en voz alta, cuando apenas si decía nada antes... ¿A qué otra cosa podía ser? Todo el mundo se estaba haciendo más inteligente.

«Sé leer —se dijo a sí mismo—. No muy bien, pero me enseñaron el alfabeto y puedo leer un libro de historietas. Acaso ahora pueda leer un libro de verdad.»

En los libros estaban las respuestas de lo que se había preguntado de pronto acerca del sol, de la luna y las estrellas; de por qué había verano e invierno; de por qué había guerras y presidentes y de quiénes vivían al otro lado de la Tierra, y...

Movió la cabeza, incapaz de abarcar la soledad que se alzaba en su interior y que se iba extendiendo hasta que abarcó la creación hasta más allá de cuanto él podía concebir. No se había preguntado nunca antes nada. Las cosas ocurrían simplemente y eran olvidadas otra vez. «Pero... —se miró las manos maravillado—. ¿Quién soy yo? ¿Qué estoy haciendo aquí?»

En él se había producido una evolución. Apoyó su cabeza contra el frío tronco de un árbol, escuchando el estruendo de la sangre en sus oídos. «Te lo ruego, oh Dios! Haz que sea de verdad. Hazme como los demás.»

Al cabo de un rato rechazó aquello y siguió revisando la cerca, como se le había dicho.

Por la noche, después de terminar sus faenas, se puso un traje limpio y subió a la casa grande. El señor Rossman estaba sentado en el porche, fumando en pipa y volviendo las páginas de un libro entre sus delgados dedos, sin verlo realmente. Brock se detuvo con timidez, con la gorra en la mano, hasta que el propietario alzó la vista para fijarse en él.

—¡Ah, hola, Archie! —dijo con su vocecilla—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, gracias —Brock daba vueltas a la gorra entre sus manos rechonchas y deslizaba su peso de un pie a otro—. ¿Podría hablar con usted un momento, si hace el favor?

—Claro que sí. Entra —el señor Rossman dejó el libro a un lado

y quedó fumando mientras Brock abría la puerta mampara y venía hacia él—. Aquí, siéntate.

—Estoy muy bien, gracias. Yo… —Brock se pasó la lengua por los labios secos—. Quería solo preguntarle acerca de una cosa.

—Pregunta lo que desees, Archie.

El señor Rossman se recostó en el respaldo. Era un hombre alto y delgado, con el rostro finamente tallado, orgulloso bajo su amabilidad de momento, con el pelo blanco. Los padres de Brock habían sido arrendatarios suyos, y cuando quedó de manifiesto que su hijo no llegaría nunca a nada, se había hecho cargo del muchacho.

—¿Todo va bien?

—Bueno, se trata de ese cambio que está ocurriendo aquí.

—¿Eh? —la mirada de Rossman se agudizó—. ¿Qué cambio?

—Ya sabe. Los animales, que se están volviendo listos y atrevidos.

—¡Ah, sí! Es eso —Rossman lanzó una bocanada de humo—. Cuenta, Archie. ¿Has notado algún cambio en ti?

—Bueno, yo sí. Creo que sí.

Rossman asintió con un gesto.

—No hubieras venido aquí de no haber cambiado.

—¿Qué está pasando, señor Rossman? ¿Qué marcha mal?

—No lo sé, Archie. No lo sabe nadie —el anciano miró hacia afuera, a la azulada concentración de sombras del oscurecer—. Pero ¿estás seguro de que sea malo? Acaso hay algo que por fin marcha bien.

—¿Usted no sabe,..?

—No, nadie lo sabe —las manos del dueño, con sus venas azul pálido, dieron una palmada en los periódicos que tenía en la mesa de al lado—. Aquí hay sugerencias. Se está sabiendo poco a poco. Estoy cierto de que se sabe más, pero el Gobierno ha prohibido que se informe de ello por temor al pánico —rió entre dientes con cierta malicia—. ¡Como si un fenómeno de amplitud mundial pudiera guardarse en secreto! En Washington seguirán con su estupidez sin duda hasta el último momento.

—Pero, señor Rossman… —Brock alzó sus manos y las dejó caer otra vez—. ¿Qué podemos hacer?

—Esperar. Esperar a ver qué pasa. Iré en seguida a la ciudad a averiguar algo por mí mismo. Esos cerebros predilectos míos del Instituto deben…

—¿Va a partir?

Rossman movió la cabeza sonriente.

—Pobre Archie —dijo—. Hay algo terrible en quedar abandonado, ¿verdad? Algunas veces creo que es por eso por lo que los hombres temen la muerte. No por el olvido, sino por estar predestinados a eso. Y no pueden hacer nada para detenerlo. Hasta el fatalismo es un refugio para eso en cierto modo… Pero estoy divagando, ¿eh?

Quedó fumando durante un buen rato. El anochecer veraniego gorjeaba y murmuraba en torno de ellos.

—Sí —dijo al fin—. Yo lo siento en mí mismo también. Y no es del todo desagradable. No es solo el nerviosismo y las pesadillas; eso sería puramente fisiológico, creo. Sino los pensamientos. Yo me había imaginado ser siempre un pensador lógico, capaz y rápido. Pero ahora está viniendo algo dentro de mí que no lo entiendo en absoluto. A veces toda mi vida me parece ser un enredo mezquino y sin sentido. Y, sin embargo, creía haber servido bien a mi familia, mi país —sonrió una vez más—. Desearía ver el final de esto, sin embargo. Sería interesante.

En los ojos de Brock cosquilleaban las lágrimas.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Hacer? Vivir. Día a día. ¿Qué otra cosa puede hacer el hombre? —Rossman se levantó y posó su mano en el hombro de Brock—. Pero sigue pensando. Mantén tu pensamiento junto a la tierra, a la cual pertenece. No vendas tu libertad porque otro hombre te ofrezca pensar por ti y cometer los errores tuyos en tu lugar. He tenido que hacer el papel de señor feudal contigo, Archie, pero puede que ya no sea necesario hacerlo más.

Brock no entendía la mayor parte de aquello. Pero parecía que el señor Rossman le estaba diciendo que tuviera ánimo, que aquello no era una cosa tan mala, después de todo.

—Quizá podría prestarme algunos libros —dijo humildemente —. Me gustaría ver si podía leerlos.

—Por supuesto, Archie. Vamos a la biblioteca. Veré si encuentro algo que sea apropiado para que empieces…

Selección del «Times» de Nueva York del 23 de junio

EL PRESIDENTE NIEGA QUE EXISTA UN PELIGRO EN LA ACELERACION CEREBRAL

Conservar la calma, seguir cada cual en su puesto«, aconseja la Casa Blanca

No hay daño alguno para los humanos en el cambio

Los científicos de los Estados Unidos trabajan sobre el problema

Los expertos respondieron pronto

LA BASA DE LOS VALORES EN EL MERCADO PREOCUPA A WALL STREET

LAS TROPAS CHINAS SE AMOTINAN

El Gobierno comunista declara el estado de alarma

EN LOS ANGELES SE FUNDA UNA NUEVA RELIGION

Sawyer se proclamó a sí mismo «Tercer Baal». Millares de asistentes al mitin de masas

ITIESENDEN PIDE UN GOBIERNO MUNDIAL

Los separatistas de Iowa derrotan la oposición en un discurso en el Senado

JOHNSON DICE QUE EL GOBIERNO MUNDIAL EN EL PRESENTE ES IRREALIZBLE

El senador de Oregón derrota la oposición anterior

REBELION EN EL ESTABLECIMIENTO DE LOS RETRASADOS MENTALES DEL ESTADO

MOTÍN EN ALABAMA

El descenso de las ventas hace que bajen los valores y los precios

Los Estados Unidos en peligro de una baja repentina de los precios

Conferencia.

Todo el mundo estuvo trabajando hasta tarde, y dieron las diez antes que la reunión a la cual había invitado Corinth en su casa estuviera a punto de empezar. Sheila había insistido en ofrecer los acostumbrados sándwiches y el café de su *buffet*; después se sentó en un rincón hablando bajito con Sarah Mandelbaum. Sus ojos

erraban de cuando en cuando hacia sus respectivos esposos, que estaban jugando al ajedrez, y había en su mirada una insinuación de temor.

Corinth estaba jugando mejor de como solía hacerlo antes. De ordinario, él y Mandelbaum eran una pareja muy igualada. La estrategia lenta y cuidadosa del físico compensaba la valentía enervante del organizador radical. Pero aquella noche el más joven estaba demasiado distraído. Hacia planes que hubieran agradado a Capablanca, pero Mandelbaum los adivinaba y arremetía brutalmente contra sus defensas. Corinth, al fin, suspiró y se recostó en su sillón.

—Me rindo —dijo—. Sería mate en siete jugadas.

—No será así —Mandelbaum señaló con su dedo nudoso el alfil de rey— si lo mueves hacia allí y luego…

—¡Ah, sí Tienes razón. Pero no importa. Simplemente no estoy de humor para jugar. ¿Qué le impedirá venir a Nathan?

—Ya vendrá. Ten calma.

Mandelbaum se trasladó a un sillón y empezó a cargar la gran cazoleta de su pipa.

—No sé cómo puedes estar sentado ahí de ese modo cuando…

—¿Cuando el mundo se hace pedazos en torno mío? Mira, Peter: ha estado haciéndose pedazos desde cuando yo lo recuerdo. Pero hasta ahora, en este episodio particular, no han asomado los cañones.

—Sin embargo, pueden asomar todavía.

Corinth se levantó y quedó en pie mirando por la ventana, con las manos cruzadas a la espalda y los hombros hundidos Los inquietos resplandores de las luces de la ciudad hacían que se recortara contra la negrura.

—¿No lo comprendes, Félix? Este nuevo factor, si logramos sobrevivir a él, cambiará enteramente la base de la vida humana. Nuestra sociedad fue edificada por un tipo determinado de hombres y para un tipo determinado. Pero ahora el hombre se ha convertido en otra cosa.

—Lo dudo —el ruido de una cerilla rascada en la suela del zapato de Mandelbaum era sorprendentemente fuerte—. Seguimos siendo todavía el mismo animal de antes.

—¿Cuál era tu C.I. antes del cambio?

—No lo sé.

—¿No hiciste nunca un test?

—Sí, por descontado. Solía hacerlos de cuando en cuando para conseguir este o aquel trabajo, pero nunca pregunté los resultados.

¿Qué es el C.I. sino los tantos que se alcanzan en un test de C.I.?

—Es más que eso. Se mide en él la capacidad para el manejo de datos y para comprender y crear abstracciones.

—Si uno es de raza caucásica o tiene una preparación cultural euroamericana occidental. Es para lo que ha sido ideado el test, Peter. Un bosquimano de Kalahari se reina si supiera que se omitía en él la capacidad para buscar agua. Para él es más importante que la capacidad de jugar con los números. Yo no subestimo la lógica y los aspectos visualizadores de la personalidad, pero no tengo en ella tu fe conmovedora. Hay en el hombre más que eso, y un mecánico de un garaje puede ser un tipo mejor como superviviente que un matemático.

—Superviviente, ¿en qué condiciones?

—En cualquiera. Adaptabilidad, reciedumbre, agilidad…, esas son las cosas que cuentan más.

—Creo que la bondad significa mucho —dijo Sheila tímidamente.

—Es un lujo. Y lo siento, aun cuando, naturalmente, son esos lujos los que nos hacen humanos —dijo Mandelbaum—. ¿Bondad para quién? A veces hay que desatarse y ser violento. Algunas guerras son necesarias.

—No lo serian si los hombres fueran más inteligentes —dijo Corinth—. No teníamos por qué haber luchado en la segunda guerra mundial si Hitler hubiera sido detenido cuando penetró en Renania. Una división le hubiera echado por tierra.

—Pero los políticos eran demasiado estúpidos para prever…

—No —dijo Mandelbaum—. Es simplemente que había razones por las cuales no era…, digamos, conveniente recurrir a esa división. El noventa y nueve por ciento de la raza humana, e importa poco lo inteligentes que sean, harán las cosas que les convengan, en lugar de las cosas sensatas, y se engañarán a sí mismos pensando que pueden escapar de algún modo a las consecuencias. Estamos simplemente hechos de ese modo. Y además el mundo está demasiado cargado de viejos odios y supersticiones, y hay tantas gentes que son buenas y tolerantes y obran en consecuencia que es asombroso que a través de la historia el infierno no se haya desbordado con más frecuencia —en su voz había un dejo de amargura—. Acaso la gente práctica, los que se adaptan, tengan a fin de cuentas razón. Quizá sea realmente lo más moral ponerme yo primero, y mi mujer y mi pequeño Hassan con las piernas arqueadas. Como lo hizo uno de mis hijos. Ahora está en Chicago. Se cambió el nombre y se chafó la nariz. No estaba

avergonzado de sus padres, pero salvó a su familia y sí mismo de una porción de contrariedades y humillaciones. Y honradamente no sé si admirarle por su reciedumbre mental para la adaptación o llamarle una cría de invertebrado.

—Nos estamos alejando mucho del tema —dijo Corinth, desconcertado—. Lo que queremos hacer esta noche es tratar de valorar eso hacia lo cual nosotros, el mundo entero marcha —movió la cabeza—. Mi C.I. ha pasado de ciento sesenta anterior a doscientos en una semana. Pienso en cosas que no se me ocurrieron nunca antes. Mis antiguos problemas profesionales se han vuelto ridículamente fáciles. Solo que todo lo demás es confuso. Mi mente sigue errando por las más fantásticas cadenas de pensamientos, algunos de los cuales son totalmente disparatados y morbosos. Estoy tan nervioso como un gato, me lanzo hacia cualquier sombra y me asusto sin ninguna razón para ello. De cuando en cuando tengo vislumbres a cuya luz todo parece grotesco..., como en una pesadilla.

—Todavía no estás ajustado a tu nuevo cerebro, eso es todo, dijo Sarah.

—Yo siento lo mismo que Peter —dijo Sheila; su voz era delgada y medrosa—. No merece la pena.

La otra mujer se encogió de hombros y extendió los brazos.

—A mí me parece que es algo divertido.

—Es cuestión de la personalidad básica, que no ha cambiado —dijo Mandelbaum—. Sarah ha sido siempre muy apegada a la tierra. Tú, querida, no tomas simplemente en serio tu nueva alma. Para ti el poder de abstracción mental es un juego. Tiene poco que ver con las importantes cuestiones del trabajo casero —exhaló el humo y se formó en su rostro una red de arrugas mientras bizqueaba entre el humo—. Y yo quedé locamente fascinado como tú, Peter, pero no dejé que eso me molestara. Es solo una cuestión fisiológica y no tengo tiempo para tales chapucerías. Por lo menos según van ahora las cosas. Todo el mundo en el sindicato parece venir con alguna idea disparatada sobre cómo debemos llevar los asuntos. A uno de los electricistas se le ocurrió ir a la huelga y derrocar al Gobierno entero. Alguno hasta me disparó un revólver el otro día.

—¿Eh? —se le quedaron mirando.

Mandelbaum se encogió de hombros.

—Fue un tiro al aire. Pero algunos se están volviendo locos y otros se están volviendo miserables, aunque la mayoría están simplemente asustados. Los que, como yo, estamos tratando de capear la tormenta y mantener las cosas tan cerca de lo normal

como sea posible, nos hallamos destinados a crearnos enemigos. La gente piensa hoy mucho más, pero no piensa derechamente.

—Sin duda- dijo Corinth- . El hombre medio... —empezó a decir cuando sonó el timbre de la puerta—. Deben de ser ellos —dijo—. Pasen.

Helga Arnulfsen entró. Su talla esbelta ocultó por un momento la sólida corpulencia de Nathan Lewis. Parecía tan serena, suave y dura como antes, pero en su rostro se marcaban unas ojeras profundas.

—Hola —dijo en tono indiferente.

—No te has divertido, ¿eh? -preguntó Sheila con afecto.

—Pesadillas.

—Yo también —corrió un estremecimiento por la pequeña figura de Sheila.

—¿Qué hay del psicólogo que ibas a traer? —preguntó Corinth.

—Se negó a venir a último momento —dijo Lewis—. Tenía cierta idea para una nueva prueba de inteligencia. Y su compañero de trabajo estaba demasiado ocupado haciendo pasar a las ratas por laberintos. Pero no importa. En realidad, no los necesitamos.

Era el único de todos que parecía estar sin preocupaciones ni malos presagios, demasiado atareado por lanzarse a los nuevos horizontes que se habían abierto de pronto para preocuparse de sus propias contrariedades. Fue andando hacia el *buffet*, cogió un sándwich y lo mordió.

—Hum… *delikat*. Sheila, ¿por qué no dejas en la estacada a ese gran bebedor de agua y te casas conmigo?

—¿Cambiarlo por un gran bebedor de cerveza? —repuso ella, riendo estremecida.

—¡*Touché*! Tú has cambiado también, ¿verdad? Pero realmente debiste haberme tratado mejor. Digamos un gran bebedor de wiski al menos.

—Después de todo -dijo Corinth sombríamente—, no estamos aquí para ninguna finalidad determinada. Yo había pensado solo en una discusión general que podría esclarecer el asunto en la mente de todos y acaso darnos algunas ideas.

Lewis se instaló en la mesa.

—He visto que el Gobierno ha admitido al fin que pasa algo —dijo, haciendo un ademán hacia el periódico que yacía a su lado. Han tenido que hacerlo, me figuro, pero el reconocerlo no ayuda en nada a los que sienten pánico. La gente está asustada. No saben qué puede esperarse y..., bueno, al venir hacia aquí vi a un hombre que corría gritando por la calle, vociferando que había llegado el fin del

mundo. En el Central Park ha habido un mitin de proporciones monstruosas. Tres borrachos estaban alborotando a la puerta de un bar y no había ningún guardia a la vista que les hiciera callar. He oído sirenas de alarma; había grandes resplandores por la parte de Queens.

Helga encendió un cigarrillo, contrayendo las mejillas y cerrando casi los ojos.

—John Rossman está en Washington ahora —dijo. Y un momento después añadía, dirigiéndose a Mandelbaum—: Vino al Instituto hace unos días y pidió a nuestros chicos listos que investigaran el asunto, pero que mantuvieran en secreto sus hallazgos. Luego partió en avión a la capital. Con su influencia obtendrá de nosotros la historia completa de todo esto, si hay alguien que pueda hacerlo.

—No creo que pueda decirse que sea una historia todavía, a decir la verdad —dijo Mandelbaum—, Se trata solo de menudencias, de lo que todos hemos experimentado en el mundo entero. En conjunto suponen una enorme catástrofe, pero no hay cuadro completo de ella.

—Bastará con esperar —dijo Lewis jovialmente—. Tomó otro sándwich y una taza de café—. He predicho que en el plazo de una semana las cosas van a empezar a ser un pequeño infierno.

—El hecho es... —Corinth se levantó del sillón, en el cual se había dejado caer, y empezó a pasear por la habitación—. El hecho es que el cambio no ha terminado. Sigue todavía en marcha. Hasta donde nuestros mejores instrumentos pueden indicarlo (aun cuando no son demasiado exactos, en parte porque ellos mismos han sido afectados) el cambio hasta se ha acelerado.

—Dentro de los límites del error, creo que veo más o menos un avance hiperbólico —dijo Lewis—. Acabamos de empezar, hermanos. En la forma que vamos tendremos todos un C.I. en la proximidad de cuatrocientos dentro de otra semana.

Permanecieron durante largo rato sin hablar. Corinth quedó con los puños cerrados y los brazos caídos a sus costados, y Sheila, dando un leve grito inarticulado, corrió hacia él y se asió a su brazo. Mandelbaum exhalaba nubes de humo y fruncía el ceño a medida que se iba haciendo cargo de la información. Tendió una mano para acariciar a Sarah y ella la estrechó agradecida. Lewis sonrió junto al sándwich y siguió comiendo. Helga permanecía sentada e inmóvil. Las prolongadas y limpias curvas de su rostro se habían tornado indeciblemente inexpresivas. La ciudad resonaba con ruido amortiguado.

—¿Qué va a ocurrir? —dijo al fin Sheila en un susurro. Estaba temblando y ellos lo veían—. ¿Qué nos va a pasar?

—Solo Dios lo sabe —dijo Lewis, no sin amabilidad.

—¿Seguirá todo aumentando siempre? —preguntó Sarah.

—No —repuso Lewis—. No es posible. Se trata de que las cadenas de neuronas han acrecentado su velocidad de reacción y la intensidad de las señales que transmiten. Pero la estructura física de la célula no puede admitir tanto. Si son estimuladas así… será la locura, seguida de la idiotez y de la muerte.

—¿Hasta dónde podemos llegar? —preguntó con sentido práctico Mandelbaum.

—No lo puedo decir. Los mecanismos del cambio y el de las células nerviosas no s9n conocidos suficientemente bien. En todo caso, el concepto de C.I. es válido solamente dentro de una extensión limitada. Hablar de un C.I. de cuatrocientos, en realidad no tiene sentido. La inteligencia a ese nivel no puede ser ya inteligencia en absoluto, tal y como nosotros la conocemos, sino alguna otra cosa.

Corinth había estado demasiado atareado con su propio trabajo de mediciones físicas para percatarse de lo mucho que la sección de Lewis sabía y teorizaba. El aterrador conocimiento empezaba solo a adentrarse en él.

—Olvidemos los resultados últimos —dijo Helga tajantemente—. Puesto que no podemos hacer nada acerca de eso. Lo más importante ahora es: ¿cómo mantendremos la civilización en marcha? ¿Cómo comeremos?

Corinth asintió con un gesto, dominando la oleada de pánico que le invadía.

—Hasta ahora nos ha hecho marchar la simple inercia social —asintió—. Muchas personas continúan en sus quehaceres cotidianos porque no hay ninguna otra cosa posible. Pero cuando las cosas realmente empiecen a cambiar…

—El conserje y el ascensorista del Instituto dejaron su trabajo ayer —dijo Helga—. Decían que era demasiado monótono. ¿Qué ocurrirá cuando todos los conserjes y todos los basureros, y los cavadores, y los trabajadores en cadena decidan abandonar su trabajo?

—Todos no querrán dejarlo —dijo Mandelbaum. Vació las cenizas de su pipa y fue a buscar un poco de café—. Algunos tendrán miedo de hacerlo y otros tendrán el sentido común de comprender que tenemos que seguir marchando. Algunos…, bueno, no puede darse una respuesta fácil a esto. Admito que estamos en

un difícil período de transición cuando menos: gentes que renuncian a su trabajo, gentes que se asustan, que se vuelven locas en un sentido o en otro. Lo que necesitamos es una organización local interina que nos ayude a pasar los meses próximos. Creo que los sindicatos podrían ser el núcleo… Me ocupo de eso, y cuando tenga a mis muchachos metidos en vereda voy a acercarme a City Hall para ofrecer nuestra ayuda.

Tras un silencio, Helga miró a Lewis.

—¿Siguen sin saber las causas de todo esto?

—¡Ah!, sí —dijo el biólogo—. Hay cierto número de ideas, pero no existe posibilidad de escoger entre ellas. Tendremos simplemente que pensar y que estudiar un poco más. Eso es todo.

—Es un fenómeno físico que abarca cuando menos todo el sistema solar —declaró Corinth—. Los observatorios han llegado a dejar sentado nada menos que esto mediante los estudios espectroscópicos. Es posible que el sol, en su órbita en torno del centro de la galaxia, haya entrado en cierto campo de fuerza. Pero por razones teóricas…, ¡qué diablos!, no quiero echar mano de la teoría general de la relatividad hasta que tenga que hacerlo… Por razones teóricas me inclino a creer que es más posible que hayamos salido de un campo de fuerza que retrasaba la propagación de la luz y que afecta de otro modo a los procesos electromagnéticos y electroquímicos.

—En otras palabras —dijo Mandelbaum lentamente—, ¿estamos iniciando actualmente un estado normal de actividades? ¿Todo nuestro pasado ha sido vivido en condiciones anormales?

—Quizá. Solo que, naturalmente, esas condiciones son normales para nosotros. Estamos comprendidos en ellas. Podemos ser como peces de profundidad, que revientan si son sacados de la presión habitual.

—¡Vaya! ¡Un pensamiento agradable!

—No creo que tenga miedo de morir —dijo Sheila en voz baja—, pero cambiar de ese modo…

—No pierdas los estribos —dijo Lewis tajantemente—. Creo que este desequilibrio va a hacer que muchísima gente se vuelva verdaderamente loca. No seamos uno de ellas.

Quitó con un golpecito la ceniza de su puro.

—En el laboratorio hemos averiguado algunas cosas —prosiguió en tono exento de pasión—. Como dice Peter, es algo físico. O bien un campo de fuerza o la falta de este, que afecta a las interacciones electrónicas. El efecto, cuantitativamente, es ahora bastante pequeño. Las reacciones ordinarias químicas marchan como antes,

en efecto, y no creo que haya sido detectado ningún cambio significativo en la velocidad de las reacciones inorgánicas. Pero cuanto más compleja y delicada sea una estructura, tanto más siente esos ligeros efectos.

—Debes haber observado que últimamente eres más enérgico. Hemos hecho pruebas sobre el metabolismo básico de las ratas y ha aumentado. No mucho, pero algo. Vuestras reacciones motoras son más rápidas también, aun cuando uno no pueda haberlo notado, porque su sensación subjetiva del tiempo también ha sido acelerada. En otras palabras, no ha habido mucho cambio en las funciones glandulares, vasculares y otras puramente somáticas; solo es justo para que se sienta uno nervioso. Y ya se ha adaptado uno a esto perfectamente, si no ocurre nada más. Por otra parte —prosiguió—, las células más altamente organizadas, las neuronas, y entre todas las neuronas aquellas del córtex cerebral, han sido muy afectadas. La velocidad de percepción se eleva; se mide esta en psicología. Habrán observado cuánto más de prisa se lee. El tiempo de reacción para todos los estímulos es menor.

—Lo he sabido por Jones —asintió Helga fríamente—, que ha comprobado una estadística de accidentes de tráfico la semana pasada. Era verdaderamente baja. Si las gentes reaccionan más de prisa, serán, naturalmente, mejores conductores.

—¡Hum!— exclamó Lewis—. Hasta que empiecen a cansarse de andar por ahí a ochenta por hora y quieran ir a ciento veinte. Entonces no habrá más accidentes, pero aquellos que haya..., ¡hum!

—Las gentes son más inteligentes —empezó a decir Sheila— y saben de sobra que...

—Temo que no sea así —le interrumpió Mandelbaum moviendo la cabeza—. La personalidad básica no cambia. ¿No es así? Y las gentes inteligentes han hecho siempre algunas lindas estupideces. Y maldades también de cuando en cuando, lo mismo que cualesquiera otras. Se puede ser un científico brillante, pongamos por caso, pero eso no impide que descuide su salud o que impulsen atolondrada o protectoramente a los espiritualistas.

—O que voten a los demócratas —asintió Lewis riendo entre dientes—. Eso es correcto, Félix. Con el tiempo no cabe duda de que un acrecentamiento de la inteligencia afectaría a toda la personalidad, pero de momento no impedirá las debilidades, ignorancias, perjuicios, lagrimas o ambiciones de nadie. Le dará solo más energía, fuerza e inteligencia para hacer lo que le plazca, lo cual es una de las causas de que la civilización esté en quiebra.

Su voz tomó un tono seco y didáctico:

—Volviendo a Clonde estábamos, el tejido vivo más altamente organizado del mundo es, naturalmente, el del cerebro humano, la materia gris, sede de la consciencia, si ustedes quieren, si la teoría de Peter es justa. Este percibe el estímulo o la falta de estímulo de cuanto existe. Sus funciones se acrecientan fuera de toda proporción con el resto del organismo. Acaso no saben lo compleja que es la estructura del cerebro humano. Pues créanme: es algo que hace que el universo sideral parezca una arquitectura de juguete para niños Hay muchas veces más posibilidades de conexiones interneurónicas que átomos en el universo entero; el factor es algo así como diez con relación a la potencia de varios millones. No es sorprendente que un cambio ligero en electroquímica, demasiado ligero para originar una diferencia importante para el cuerpo, pueda modificar la naturaleza completa de la mente. Miren lo que un pequeño narcótico o el alcohol puede hacer, y luego recuerden que este nuevo factor opera en la verdadera base de la existencia celular. La cuestión realmente interesante es si una función tan finamente equilibrada podrá sobrevivir a un cambio o no.

No había en su voz acento de temor, y sus ojos, tras las gruesas lentes, tenían un destello de excitación despersonalizada. Para él esto era un puro asombro. Corinth se lo imaginó moribundo, pero tomando notas clínicas sobre sí mismo mientras la vida se extinguía.

—Bueno —dijo el físico opacamente—, lo sabremos muy pronto.

—¿Cómo podéis estar sin más ahí sentados hablando de ese modo? —exclamó Sheila, con la voz estremecida de horror.

—Querida muchacha —dijo Helga—, ¿crees que en estos momentos podemos hacer otra cosa?

Selección del «The New York Times» del 30 de junio

DESACELERACION EN EL CAMBIO
Descenso, a todo, efectos aparentemente irreversibles
La teoría de Rhayader puede encerrar una explicación

SE ANUNCIA LA TEORÍA DEL CAMPO UNIFICADO
Rhayader anuncia la extensión de las teorías de Einstein
Los viajes interestelares, una posibilidad teórica

EL GOBIERNO FEDERAL PUEDE REASIGNAR SUS FUNCIONES
El presidente pide a las autoridades locales que obren con prudencia
Las autoridades laborales de Nueva York, por conducto de Mandelbaum, piden cooperación

SE NOTIFICA LA REVOLUCION EN LOS PAISES SOVIETIZADOS
Noticias de haberse decretado el oscurecimiento nocturno
La insurrección organizada se extiende
Los revolucionarios pueden haber desplegado nuevos conceptos militares y utilizar nuevas armas

LA CRISIS ECONÓMICAMUNDIAL EMPEORA
Motines por la alimentación en Paris, Dublín. Roma y Hong Kong
Los transportes marítimos se acercan a su paro completo por haber dejado el trabajo millares de obreros

LOS ADORADORES DEL TERCER BAAL SE AMOTINAN EN LOS ANGELES
La Guardia Nacional, desmoralizada
Los fanáticos se apoderan de los puntos claves
Continúan las luchas en las calles
El Ayuntamiento de Nueva York previene contra las actividades locales de los partidarios de ese culto

EN EL ZOOLOGICO DE BRONX, LOS TIGRES MATAN AL ENCARGAOO Y ESCAPAN
La Policía lanza un aviso y organiza la caza
Las autoridades estudian, la Conveniencia de matar a todos los ejemplares temibles

SE TEMEN NUEVAS REVUELTAS EN HARLEM
El jefe de policía dice: El asunto es solo un comienzo
El pánico creciente parece imposible de atajar

UN PSIQUIATRA DICE QUE EL HOMBRE CAMBIA MAS ALLA DE LO COMPRENSIBLE
Kearnes of Bellevue dice: Los resultados imprevisibles de la aceleración neuronal hacen que todos los antiguos datos y métodos de control no sean válidos.
Es imposible ni siquiera imaginar las consecuencias últimas

Al día siguiente ya no apareció el periódico: va no había Prensa.

A Brock le pareció extraño haber quedado a cargo de la finca. Pero estaban ocurriendo una serie de cosas extrañas últimamente.

En primer lugar, el señor Rossman se había ido. Luego, el día siguiente mismo, Stan Vilmer fue atacado por los cerdos cuando entró a darles la comida. Arremetieron contra él gruñendo y chillando, le patearon con toda la pesantez de sus cuerpos, y a algunos hubo que matarlos a tiros antes que le dejaran. Luego, otros que se habían lanzado contra la valía, arremetiendo contra ella, derribándola, desaparecieron en el bosque. Wilmer quedó malherido y tuvo que ser llevado al hospital; juró no volver más. Dos de los braceros habían dejado el trabajo el mismo día.

Brock estaba demasiado desconcertado y preocupado por el cambio íntimo que sufría para preocuparse de todo eso. No había mucho que hacer, en todo caso, ahora que todos los trabajos, excepto los más esenciales, habían quedado suspendidos. Atendía a los animales, poniendo cuidado en tratarles bien y llevaría un revólver en la cadera. Tuvo pocas dificultades. Joe estaba siempre a su lado. El resto del tiempo lo pasaba sentado y leyendo, o pensando con una mano en la barbilla.

Bill Bergen le fue a ver un par de días después del episodio de los cerdos. El encargado no parecía haber cambiado mucho, aparentemente al menos. Seguía siendo el mismo sujeto alto, de cabellos color de arena y hablar lento. Llevaba el mismo palillo de dientes entre los labios y seguía mirando de soslayo con sus ojos descoloridos. Pero le habló aún con más cachaza y cautela a Brock de como lo había hecho antes. ¿O era solo que lo parecía?

—Bueno, Archie —le dijo—. Smith acaba de irse. Brock apoyaba su peso de un pie a otro miraba al suelo.

—Dice que quiere ir al colegio. No he podido convencerle de lo contrario —en la voz de Bergen había un leve tono desdeñoso y

divertido—. El idiota. Dentro de un mes ya no habrá colegios. Así que solo quedamos tú, Voss, mi mujer y yo.

—Alguna escasez de brazos —murmuró Brock, opinando que debía decir algo.

—Un hombre solo puede hacer lo más indispensable si es preciso —dijo Bergen—. Por fortuna, estamos en verano. Los caballos y las vacas pueden quedarse al aire libre y se evita la limpieza de los establos.

—¿Y las cosechas?

—No hay mucho que hacer todavía. Pero en todo caso, que se vayan al diablo.

Brock se quedó mirando fijamente. En todos los años que llevaba en la finca, Bergen había sido el trabajador más duro y constante que allí había.

—Tú te has vuelto listo como los demás, ¿verdad Archie? —preguntó Bergen—. Diría que estás ahora por encima de lo normal, de lo normal antes del cambio, quiero decir. Y esto no ha terminado. Aún lo serás más.

Brock se puso encarnado.

—Lo siento, no trataba de aludirte personalmente. Eres un buen muchacho se sentó, jugueteando un momento con los papeles que había sobre su mesa. Luego, dijo—: Archie, vas a encargarte cíe esto ahora.

—¿Qué?

—Que yo me marcho también.

—Pero, Bill, no puede...

—Lo quiero y lo puedo, Archie —Bergen se puso en pie—. Mira: mi mujer quiso siempre viajar y yo tengo algunas cosas en que pensar. Importa poco cuáles sean. Es algo que me ha intrigado desde hace muchos años y ahora creo que veo una respuesta. Vamos a coger nuestro coche y dirigirnos hacia el Oeste.

—Pero..., pero el señor Rossman... confía tanto en usted, Bill...

—Siento que haya cosas más importantes en la vida que la finca de recreo del señor Rossman —dijo Bergen tranquilamente—. Tú puedes llevarla perfectamente, aun cuando Voss marche también.

El temor y la sorpresa se mezclaron con el desdén:

—Asustado de los animales, ¿eh?

—No, Archie. Recuerda siempre que tú eres aún más inteligente que ellos, y lo que es más importante: que tú tienes manos. Un revólver pondría término a todo— Bergen fue andando hacia la ventana y miró por ella. Era un día claro y ventoso; la luz del sol se desgarraba en las agitadas ramas de los árboles—. En realidad, una

granja es más segura que cualquiera otro sitio que a mí se me ocurra. Si los sistemas de producción y de distribución se derrumban, como puede ocurrir, tendrás siempre algo que comer. Pero mi mujer y yo no somos jóvenes ya. Yo he sido toda mi vida un hombre sedentario, sobrio, concienzudo. Ahora me pregunto para qué servían todos los afanes y los años perdidos.

Le volvió la espalda.

—Adiós, Archie —era una orden.

Brock salió al patio, moviendo la cabeza y hablando consigo mismo entre dientes. Joe gimió inquieto y restregó su hocico en la palma de su mano. El revolvió la dorada pelambre del perro y, sentándose en un banco, se asió la cabeza con las manos.

«La dificultad está —pensó— en que al mismo tiempo que los animales y yo nos volvemos más listos, eso les va ocurriendo a todos. Dios santo!, ¿qué cosas se le han metido en la cabeza a Bill Bergen?»

Era una idea aterradora. La rapidez, la amplitud y la agudeza de su propia mente fue de pronto cruel. No se atrevía a pensar en lo que un hombre normal sería actualmente.

Pero era difícil de comprender. Bergen no se había convertido en un dios. Sus ojos no lanzaban llamas, su voz no era vibrante ni resuelta, no se había puesto a construir grandes máquinas que rugieran y llamearan. Seguía siendo el hombre alto de espaldas cargadas y rostro fatigado que tartajeaba penosamente y nada más. Los árboles seguían siendo verdes, los pájaros cantaban entre los rosales, y una mariposa azul cobalto se posó en el brazo del banco.

Brock recordó vagamente algunos sermones de las pocas veces que había estado en la iglesia. El fin del mundo. ¿Iba el firmamento a abrirse? ¿Verterían los ángeles las redomas de la cólera sobre una tierra estremecida? ¿Se aparecería Dios para juzgar a los hijos de los hombres? Prestó oído al estruendo de un gran galopar de cascos; pero era solamente el viento que andaba entre los árboles.

Eso venía a ser lo peor de todo. Que el cielo no prestaba atención. La Tierra seguía dando vueltas en interminable oscuridad y silencio, y lo que ocurría en la tenue escoria depositada sobre su corteza no importaba.

No le importaba a nadie. No tenía ninguna importancia.

Brock miró a sus recios zapatos y luego a sus manos fuertes y peludas caídas entre las rodillas. Parecían increíblemente ajenas. Las manos de un extraño. «Jesús mío —pensó—, ¿me está ocurriendo esto a mi realmente?»

Asió a Joe por la pelambre revuelta del pescuezo y lo sujetó a su

lado. De pronto sintió una necesidad loca de una mujer, de alguien que le asiera, que le hablara, que obstruyera la soledad del firmamento.

Se levantó con el cuerpo empapado de sudor frío y fue hacia la casita de los Bergen. Ahora era la suya, al parecer.

Voss era un joven, un chico de la ciudad no muy listo y que no había sido capaz de encontrar otro empleo. Levantó malhumorado la vista del libro cuando el otro entró en el pequeño cuarto de estar.

—Bueno —dijo Brock—. Bill acaba de marcharse.

—Lo sé. ¿Qué vamos a hacer?

Voss estaba asustado, se sentía débil y estaba dispuesto a entregarle la dirección. Bergen lo debió haber previsto. El sentido de la responsabilidad se había fortalecido en él.

—Estaremos muy bien quedándonos aquí —dijo Brock—. Simplemente esperar, manteniendo esto en marcha.

—Los animales...

—Tienes un revólver, ¿no es eso? En todo caso ellos lo sabrán cuando vayan prosperando. Basta con tener cuidado, con cerrar siempre las puertas detrás, con tratarles bien...

—No voy a cuidar a ninguno de estos condenados animales —dijo Voss hoscamente.

—Eso eres tú, sin embargo.

Brock fue al refrigerador, sacó dos latas de cerveza y las abrió.

—Mira, yo soy más inteligente que tú y...

—Y yo soy más fuerte. Si no te gusta esto, puedes irte.

Brock dio a Voss una lata e inclinó la otra hacia su boca.

—Mira —dijo después de un momento—: conozco a estos animales. Son más que nada costumbre. Se quedarán por aquí porque no saben hacer otra cosa y porque les damos de comer y porque..., hum!, porque ha penetrado en ellos el respeto al hombre. No hay osos ni lobos en el bosque, nada que pueda darnos disgustos, salvo, acaso, los cerdos. Yo tendría más temor si viviera en una ciudad.

—¿Cómo ha ocurrido esto?

A pesar suyo, Voss estaba sojuzgado. Dejó el libro y tomó la cerveza. Brock echó una mirada al título: *Noche de pasión*, en una edición de dos centavos. Voss podía haber logrado una mente mejor, pero fuera de eso no había cambiado. No deseaba pensar.

—Las gentes —dijo Brock— solo Dios sabe lo que harán.

Fue a la radio, la puso en marcha y en seguida encontró un diario hablado. No significaba gran cosa para él. Trataba sobre todo acerca de las nuevas facultades mentales. Pero las palabras estaban

enhebradas en forma que no tenían gran sentido, pues la voz parecía atemorizada.

Después de almorzar, Brock decidió hacer una exploración por el bosque y ver si podía localizar a los cerdos y averiguar qué hacían. Le preocupaban más de lo que él hubiera admitido. Los cerdos fueron siempre más inteligentes de lo que cree la mayoría de la gente. Tenían también que pensar acerca de los alimentos almacenados que se guardaban en la granja y que solo estaban al cuidado de dos hombres.

Voss ni siquiera fue invitado a ir; se hubiera negado, y en todo caso era prudente el tener a un hombre que cuidara la casa. Brock y Joe fueron a la cerca y la saltaron, entrando en los seiscientos acres donde había bosque nada más.

Estaba verde, sombrío y lleno de rumores. Brock fue despacio, con el rifle bajo el brazo, separando la maleza ante él con el cuidado habitual. No vio ardillas, aun cuando de ordinario había muchísimas. Bueno..., debían haberlo comprendido, como hace tiempo lo habían comprendido los cuervos, que un hombre con un arma de fuego era algo de lo cual había que alejarse. Se preguntó cuántos ojos le estarían vigilando y lo que estaría pensándose tras esos ojos. Joe se mantenía pegado a sus talones, sin saltar a todos lados, como solía hacerlo normalmente.

Una rama que descuidó apartar golpeó malévola el rostro del hombre. Quedó por un momento aterrado. ¿Pensarían los árboles también ahora? ¿Iba el mundo entero a rebelarse?

No. Después de unos momentos logró dominar —se y siguió imperturbable el sendero del ganado. Para haber sufrido un cambio con eso, fuera lo que fuese, hacía falta que aquello pensara primeramente. Los árboles no tenían cerebro. Le parecía recordar haber oído que los insectos no lo tenían tampoco y lo anotó para comprobarlo. Era una buena cosa que el señor Rossman tuviera una excelente biblioteca.

Y buena cosa también, se apercibió Brock de ello, que él fuera juicioso. No se había puesto excitado nunca por nada y estaba tomando el nuevo orden de cosas con más calma de lo que parecía posible. Un paso tras otro, eso era. Simplemente seguir día tras día, haciendo todo cuanto pudiera por seguir viviendo.

La maleza se separó ante él y asomó un cerdo. Era un berraco negro, una criatura de aspecto despreciable que se mantenía inmóvil interceptándole el camino. El rostro morrudo era una máscara; pero Brock no había visto nunca algo tan frío como aquellos ojos. Joe se erizó rezongando y Brock alzó el rifle.

Estuvieron así largo tiempo sin moverse. Luego el cerdo gruñó, al parecer despectivamente, y, volviéndose, se escabulle en las sombras. Brock se dio cuenta de que estaba empapado de sudor.

Se forzó a sí mismo a seguir durante dos horas por el bosque, dando una batida, pero vio poca cosa. Al regresar iba absorto en sus pensamientos. Los animales habían cambiado, ciertamente, pero no había manera de saber cuánto ni qué iban a hacer acto seguido. Acaso nada.

—He estado pensando —dijo Voss cuando entró en la casita— que acaso debiéramos ir con otro granjero. Ralph Martinson necesita quien le ayude ahora que los que tenía le han dejado.

—Yo me quedo.

Voss le lanzó una fría mirada.

—Porque no quieres volver a ser un necio, ¿eh?

Brock hizo un gesto, pero respondió llanamente:

—Llámale como quieras.

—Pues yo no voy a quedarme aquí eternamente.

—Nadie te lo pide. Vamos, ya es hora de ordeñar.

—¡Maldita sea!, ¿qué vamos a hacer con la leche de treinta vacas? El camión de la cremería no viene desde hace tres días.

—¡Hum!..., sí. Bueno, ya encontraremos alguna solución. Pero ahora no se les puede dejar con las ubres a punto de reventar.

—¿No podemos? —murmuró Voss, pero fue tras él al establo.

Ordeñar treinta vacas era mucho trabajo, hasta con la ayuda de un par de máquinas. Brock optó por desecar a la mayoría, pero para eso se precisaba tiempo y había que hacerlo gradualmente. Entre tanto estaban inquietas y difíciles de gobernar.

Salió, tomó una horquilla y empezó a arrojar heno por encima de la valía de las ovejas, las cuales habían venido en rebaño de los bosques como de costumbre. A mitad de la tarea fue sobresaltado por un salvaje ladrido de Joe. Al volverse vio al enorme toro Holstein de la granja que se acercaba.

«Está suelto», se dijo. Su mano fue a coger la pistola que llevaba en la cintura y luego volvió a la horquilla. Una pistolita como aquella no servía de gran cosa contra un monstruo como aquel. El toro resopló, escarbando el suelo y agitando su cabeza de cuernos despuntados.

—Muy bien, amigo —Brock fue lentamente hacia él, humedeciéndose los labios, secos como la arena, con la lengua. El ruido de su corazón resonaba en sus oídos—. Muy bien, vuelve tranquilo a tu chiquero, ¿quieres?

Joe gruñía junto a su amo con las patas rígidas. El toro agachó

la cabeza y arremetió.

Brock se preparó. El gigante que venía contra él parecía llenar el cielo. Le clavó la horquilla debajo de la mandíbula. Fue una equivocación. Se dio cuenta con furia de que debía haberla dirigido a los ojos. La horquilla se le fue de las manos y sintió un golpe que le derribó por tierra. El toro apoyó la cabeza contra el pecho de Brock, tratando de cornearle con unos cuernos inexistentes.

De súbito bramó con un tono de horrendo dolor. Joe había venido tras de él y había aferrado sus dientes en el sitio adecuado. El toro se volvió, rozando con una pezuña las costillas de Brock. Este sacó la pistola y disparó desde el suelo. El toro echó a correr. Brock se dio vuelta, poniéndose en pie, y saltó hacia el costado de la gran cabeza del animal, puso el cañón tras de una oreja y disparó. El toro se tambaleó y cayó de rodillas. Brock vació el arma en su cráneo.

Tras eso se dejó caer junto al cadáver del toro y se hundió en un negro torbellino.

Volvió en sí cuando Voss le sacudió.

—¿Estás herido, Archie? —las palabras en sus oídos eran un farfulleo sin sentido. ¿Estás herido?

Brock dejó que Voss le llevara a la casa. Después de un buen trago se sintió mejor y se inspeccionó a sí mismo.

—Estoy bien —murmuró—. Magulladuras y rasguños, pero ningún hueso roto. Estoy muy bien.

—Esto decide la cuestión —Voss estaba más agitado que Brock —. Marchémonos.

La roja cabeza del otro se movió.

—No.

—¿Estás loco? ¿Solo aquí con todos los animales, que se están enfureciendo, y todo yéndose al diablo? ¿Estás loco?

—Me quedo.

—Pues yo no. Me están dando ganar de obligarte a venir conmigo.

Joe gruñó.

—No lo hagas —dijo Brock. De pronto sintió solo un inmenso cansancio—. Vete si quieres, pero déjame. No pasará nada.

—Bueno…

—Puedo llevar parte del ganado mañana a Martinson, si quieren tomarlo. Y me las arreglaré con el resto.

Voss discutió un poco más con él, luego lo dejó, tomó el *jeep* y se fue en él. Brock sonrió sin saber enteramente lo que hacía.

Inspeccionó el toril. La puerta había sido rota con un empujón

decidido. La mitad de la resistencia de las cercas había consistido siempre en que los animales no sabían cómo había que empujarías. Pero, al parecer, ahora lo sabían.

—Tendré que enterrar a este sujeto con una excavadora —dijo Brock. Se estaba haciendo cada vez más natural para él hablar alto a Joe—. Lo haré mañana. Ahora vamos a cenar, muchacho. Y luego leeremos y oiremos música. Desde ahora me parece que estaremos solos.

Una ciudad es un organismo, pero Corinth, hasta entonces, no había sabido apreciar nunca lo intrincado y precario de su equilibrio. Actualmente, que este equilibrio había desaparecido, Nueva York se iba deslizando velozmente hacia la disgregación y la muerte.

Solo funcionaban unos cuantos trenes del Metro, un servicio de apremio a cargo de algunos que sentían suficiente apego al trabajo para seguir haciéndolo, ahora que se había vuelto completamente monótono y desagradable. Las estaciones estaban vacías y oscuras; sucias por las basuras que no habían sido barridas, y el rechinar de las ruedas llevaba en sí una soledad torturadora. Corinth fue hacia su trabajo por calles desaseadas, cuyo tráfico había disminuido, siendo solo una parte, un tanto desordenada, del anterior y regular río de la circulación.

Recuerdos de cinco días atrás: «Las carreteras están atestadas; son una barricada de acero de diez millas de longitud; los bocinazos y los gritos hacen retemblar las más altas ventanas. Queda lleno el aire con el humo de los escapes hasta que la gente se asfixia...; pánico ciego, una multitud que huye de la ciudad, la cual, en su opinión, está agonizando, y la dejan a una velocidad que podría calcularse de unos ocho kilómetros por hora, por término medio. Dos coches han chocado, quedando enganchados, y los conductores han salido de ellos y han luchado entre sí hasta que sus rostros fueron máscaras sanguinolentas. Los helicópteros de la Policía zumbaban impotentes por encima como moscas monstruosas. Era triste saber que la multiplicación de la inteligencia no atemperaba aquella desbandada animal.»

Aquellos que quedaban —probablemente unas tres cuartas partes de los habitantes de la ciudad— seguían aún viviendo como podían. El gas, el agua y la electricidad continuaban suministrándose, pero severamente racionados. Los alimentos todavía venían del campo escasamente, aun cuando había que tomar lo que se encontraba y pagar precios exorbitantes. Pero la ciudad era como una olla que resonara y se agitase a punto de romper a hervir.

Recuerdos de hacía tres días: «Segunda revuelta en Harlem, cuando el temor de lo desconocido y la cólera por las injusticias pasadas impulsó a la lucha; sin ninguna otra razón, salvo que las mentes no habituadas no podían controlar su nuevos poderes. El monstruoso rugir de las viviendas incendiadas, rojas llamaradas

debatiéndose contra el ventoso cielo nocturno. El inquieto resplandor como de sangre en un millar de rostros oscuros; un millar de cuerpos mal vestidos se patean. Tambaleantes, luchan por las calles. Un cuchillo que relumbra en lo alto y va a saciarse en una garganta humana. Un vocerío entrecortado entre el estruendo de las hogueras. Gritos cuando alguna mujer cae al suelo y es pisoteada, quedando informe bajo centenares de pies que corren. Los helicópteros agitándose y contorsionándose en la borrasca del aire sobrecalentado que se alza de las llamas. Y por la mañana, las calles vacías, una neblina de humo acre, un sollozo confuso tras ventanas cerradas.»

Si, todavía una débil semejanza de orden rígidamente mantenido. Pero... ¿cuánto podría durar?

Un hombre en harapos, con una barba áspera y reciente, estaba desbarrando en una esquina. Una docena de personas lo rodeaban, escuchando con extraña intensidad. Corinth oyó las palabras sonoras y broncas en medio del silencio: «...porque nosotros olvidamos los principios eternos de la vida; porque dejamos que los científicos nos traicionaran; porque seguimos todos a los sabihondos. Pero yo os digo que la vida es lo único que interesa ante la gran Unicidad, en la cual todo es uno y uno es todo. Oídme: os traigo la palabra del retorno a...»

Se le puso carne de gallina y dio vuelta a la esquina rápidamente. ¿Era un misionero del culto del Tercer Baal? No lo sabía y no tenía ganas de detenerse para averiguarlo. No había un guardia a la vista a quien avisar. Sobrevendría un verdadero conflicto si la nueva religión lograba tener muchos seguidores en la ciudad. Le produjo cierto alivio ver a una mujer que entraba en una iglesia católica cercana.

Un taxi vertiginosamente dio vuelta a una esquina sobre dos ruedas, pegando de costado a un coche aparcado allí y siguió con gran estrépito. Otro automóvil avanzaba despacio calle adelante, el chofer con rostro hermético y ~ pasajero sosteniendo un revólver. Miedo. Las tiendas de uno y otro lado estaban cerradas; solo permanecía abierta una pequeña tienda de comestibles, y su propietario llevaba una pistola en el cinturón. En la lóbrega entrada de una casa de vecindad estaba sentado un viejo, que leía la Crítica, de Kant, con una ansiedad extraña y frenética, ignorando el mundo que le rodeaba.

—Señor, no he comido desde hace dos días.

Corinth miró hacia la silueta que había salido, deslizándose, de un callejón.

—Lo siento, solo llevo encima diez dólares y apenas si es bastante para una comida con los precios de ahora.

—¡Dios mío, no puedo encontrar trabajo!…

—Vaya al Ayuntamiento, amigo. Le darán trabajo y cuidarán de su alimentación. Necesitan gente desesperadamente.

—¿Esos trabajos? —contestó con desprecio—. ¿Barrer calles, recoger basuras, transportar alimentos? Antes prefiero morir de hambre.

—Pues muera de hambre —le espetó Corinth, y siguió andando aún más de prisa.

El peso del revólver, que tiraba hacia abajo del bolsillo de su chaqueta, le daba ánimo. Sentía poca compasión por esos tipos después de cuanto había visto.

Sin embargo, ¿podría esperar uno algo diferente? No había sino tomar a un hombre típico, a un obrero de una fábrica o un empleado de oficina, con su mente embrutecida por una serie de reflejos verbales, cuyo futuro no es sino un afanarse día tras día para tener solo una posibilidad de llenar su vientre; un hombre anestesiado por el cine y la televisión…; mas automóviles y más grandes; más plástico y más brillante, arriba y abajo con la Forma de Vida Americana. Hasta antes del cambio había habido un vacío íntimo en la civilización occidental, una subconsciente certidumbre de que debiera haber más en la vida que nuestro propio ser efímero; y el ideal no estaba próximo.

Luego, de pronto, casi de la noche a la mañana, la inteligencia humana había explotado hacia fantásticas alturas. Un universo enteramente nuevo se abrió ante este hombre con visiones, comprensiones; pensamientos que bullían espontáneamente en él. Vio la mísera impropiedad de su vida, la trivialidad de su trabajo, la estrechez de los mezquinos límites de sus creencias y convicciones…, y dejó su trabajo.

Desde luego, no todos lo dejaron; ni siquiera la mayoría. Pero hubo bastantes que lo hicieron, lanzando de ese modo la entera estructura de la civilización técnica fuera de sus raíles. Si no se sacaba más carbón de las minas, los que fabricaban el acero y las máquinas no podrían permanecer en sus tareas aun cuando lo desearan. A esto había que añadir los disturbios causados por las emociones descarriadas, y…

Iba andando por la calle una mujer desnuda que llevaba la cesta de la compra. Se había puesto a pensar por su cuenta, imaginó Corinth, y decidiendo que el llevar ropa en verano era absurdo se había aprovechado del hecho de estar la Policía preocupada con

otras cosas para que no pudiera detenerla. No había daño alguno en aquello de por sí, pero era un síntoma que le hizo estremecerse. Toda sociedad está necesariamente fundada en ciertas reglas y restricciones más o menos arbitrarias. De pronto demasiada gente se había dado cuenta de que las leyes eran arbitrarias, sin significación intrínseca, y habían procedido a violar todas aquellas que no les gustaban.

Un joven sentado en el umbral de una puerta, sujetándose las rodillas con las manos y apoyando en ellas la barbilla, se mecía de un lado para otro sollozando débilmente. Corinth se detuvo.

—¿Le ocurre algo? —preguntó.

—Miedo —sus ojos estaban brillantes, vidriados—. Me he dado de pronto cuenta de eso. De que estoy solo.

La mente de Corinth previó todo cuanto le iba a decir, pero escuchó las palabras ofuscadas por el pánico:

—Todo lo que sé, todo lo que soy, está aquí, en mi cabeza. Todo existe para mí tal y como yo lo sé. Y algún día voy a morir —un hilo de baba le corría por una comisura de la boca—. Un día la gran tiniebla llegará y yo no existiré..., no existirá nada. Usted puede existir todavía, para usted..., aun cuando ¿cómo puedo saber si es otra cosa que un sueño mío? Pero para mí no habrá nada, nada. Ni siquiera habré existido —lágrimas de aflicción manaban de sus ojos.

Corinth se alejó.

Insensatez..., sí. Eso tenía mucho que ver con el marasmo. Debía haber millones que no habían do capaces de Soportar el repentino crecimiento en amplitud y en agudeza de la comprensión. Habían sido incapaces de habérselas con las nuevas facultades y poco a poco fueron enloqueciendo.

Sintió un escalofrío en aquel ambiente caluroso y quieto.

El Instituto era como el cielo. Cuando entró había un hombre sentado de guardia con un subfusil apoyado contra la silla y un texto de química en el regazo. El rostro que se alzó hacia Corinth era sereno.

—Hola.

—¿Alguna contrariedad, Jim?

—Todavía no. Pero nunca se puede saber con todos esos merodeadores y fanáticos.

Corinth asintió, sintiendo que algo de aquella viscosidad le abandonaba. Aún había hombres racionales que no se dejaban arrastrar como cometas por las estrellas percibidas de pronto, sino que seguían haciendo tranquilamente el trabajo inmediato.

El ascensorista era un chico de diecisiete años, hijo de un

empleado del Instituto; las escuelas estaban cerradas.

—Hola, señor —le dijo alegremente—. Lo estaba esperando. ¿Cómo diablos consiguió Mawwei sus ecuaciones?

—¡Hum! —la mirada de Corinth fue a posarse en el libro que yacía en el asiento—. ¡Ah!, has estado estudiando radio, ¿eh? El *Cadogan* es bastante duro para empezar. Debes tratar de leer…

—He visto los diagramas de los circuitos, señor Corinth, pero no sé cómo trabajan. Cadogan da solamente las ecuaciones.

Corinth le recomendó un texto sobre el cálculo vectorial.

—Cuando lo hayas terminado vuelve a verme. Sonreía cuando salió del ascensor en el piso séptimo, pero su sonrisa se extinguió cuando fue andando por el corredor adelante.

Lewis estaba en el laboratorio esperándole.

—Retrasado —gruñó.

—Sheila —replicó Corinth.

La conversación allí se había convertido rápidamente en un lenguaje nuevo. Cuando nuestra mente tiene una capacidad cuádruple, una sola palabra, un gesto de la mano, el revoloteo de una expresión pueden llevar en sí para aquel que lo conoce a uno y sus maneras lo que todo un párrafo de inglés gramatical.

—Llegas tarde esta mañana —había querido decir Lewis—. ¿Te ha ocurrido algún contratiempo?

—He salido tarde de casa por Sheila —le había replicado Corinth—. No está recibiendo esto nada bien. Nat, francamente, estoy preocupado con ella. Pero ¿qué puedo hacer? Ya no comprendo la psicología humana; ha cambiado demasiado y demasiado de prisa. Nadie la entiende. Todos nos hemos vuelto extraños para los otros…, y para nosotros mismos. Y eso es aterrador.

El pesado cuerpo de Lewis se adelantó.

—Vamos. Está aquí Rossman y quiere conferenciar con nosotros.

Fueron por el pasillo adelante, dejando a Johansson y a Grunewald inmersos en su trabajo: medir las constantes alteradas de la naturaleza, recalibrar los instrumentos y realizar toda la enorme labor básica de la ciencia nuevamente desde los cimientos.

Por todo el edificio, los otros departamentos diseñaban los alterados rostros de sus disciplinas correspondientes. En cibernética, química, biología, y sobre todo en psicología, había mucho que hacer, y los científicos escatimaban las horas de sueño.

Los jefes de departamento estaban reunidos en torno a una larga mesa en el salón principal de reuniones. Rossman se sentaba a un extremo, alto, delgado, cano, sin la menor movilidad en sus austeras

facciones. Helga Arnulfsen estaba a su derecha y Félix Mandelbaum a su izquierda. Por fin momento Corinth se preguntó qué hacía allí el organizador laborista, pero luego comprendió que debía estar en representación del Gobierno improvisado en la ciudad.

—Buenos días, caballeros —Rossman cumplía con las formas de la cortesía eduardiana con una minuciosidad que hubiera hecho reír si no fuera evidentemente un intento desesperado de asirse a algo real y conocido. Hagan el favor de sentarse.

Al parecer estaban presentes todos. Rossman fue derecho a la cuestión:

—Acabo de venir de Washington. Les he pedido que se reúnan porque me parece que un cambio de ideas de información es una necesidad urgente. Se sentirán más a gusto al saber que puedo darles una imagen del conjunto, y yo, sin duda, me consideraré más dichoso si han encontrado una explicación científica. Juntos estaremos en condiciones de planear inteligentemente.

—En cuanto a la explicación —dijo Lewis— estamos todos de acuerdo aquí en el Instituto que la teoría de Corinth es la justa. Esta postula un campo de fuerza, en parte de carácter electromagnético, generado por la acción giromagnética dentro de un núcleo atómico cerca del centro de la galaxia. Irradia hacia fuera en cono, y para el tiempo que haya alcanzado nuestra sección en el espacio ha recorrido muchos años luz. Sus efectos han sido inhibir ciertos procesos electromagnéticos y electroquímicos, entre los cuales las funciones de ciertos tipos de neurona son sobresalientes. Suponemos que el sistema solar, en su órbita en torno del centro de la galaxia, penetró en un campo de fuerza hace muchos millones de años..., no más lejos que en el cretáceo. Indudablemente muchas especies de ese tiempo murieron. No obstante, la vida en conjunto sobrevivió..., adoptando sistemas nerviosos que compensaran la fuerza inhibitoria, y haciendo que esta fuera mucho más eficiente. En pocas palabras: todas las formas de vida de hoy son (o eran inmediatamente antes del cambio) aproximadamente tan inteligentes como debieran haber sido en cualquier caso.

—Comprendo —asintió Rossman—. Y luego el sol y sus planetas se salieron del campo de fuerza.

—Sí. El campo debe tener unos contornos bastante tajantes, dado como son las cosas en astronomía, pues el cambio tuvo lugar en pocos días. La franja del campo, desde la región de plena intensidad a la región en que no tiene efecto alguno, es quizá solo de una anchura de dieciséis millones de kilómetros. Ahora estamos definitivamente fuera de él; las constantes físicas han permanecido

estables desde hace varios días.

—Pero nuestras mentes no —dijo Mandelbaum sombríamente.

—Lo sé —atajó Lewis—. Hablaremos de eso dentro de un momento. El efecto general de la Tierra al salir del campo inhibidor fue, naturalmente, un repentino ascenso de la inteligencia en todas las formas de vida que posean cerebro. De improviso la fuerza frenadora a la cual estaban adaptados los organismos vivos cesó. Por tanto, la falta de dicha fuerza ha producido un desequilibrio enorme. El sistema nervioso ha tendido a funcionar alocado, tratando de estabilizarse y de regir en un nivel nuevo; por eso todo el mundo se siente tan agitado y tan asustado, por no decir más. La estructura física del cerebro está adaptada a una velocidad…, a una serie de velocidades más bien, de las señales neurónicas. Ahora, de pronto, la velocidad se ha acrecentado, mientras la estructura física permanece la misma. Hablando sencillamente, vamos a necesitar cierto tiempo para habituarnos a esto.

—¿Por qué no hemos muerto? —pregunto Grahovitch, el químico—. Yo diría que nuestros corazones y demás órganos se pondrían a funcionar enloquecidos.

—El sistema nervioso vegetativo ha sido relativamente poco afectado —dijo Lewis—. Parece ser cuestión de los tipos celulares. Hay muchas clases diferentes de células nerviosas, como sabes, y al parecer solo aquellas de la corteza cerebral han reaccionado mucho con el cambio. Aun así, la media del funcionamiento no ha subido realmente gran cosa; el factor es pequeño, pero, al parecer, los procesos implicados en la consciencia son tan sensibles que eso ha supuesto una enorme diferencia para lo que llamamos el pensamiento.

—Pero ¿sobreviviremos?

—¡Ah, sí! Estoy seguro de que no habrá daño físico… para la mayoría de las personas en todo caso. Algunos se han vuelto locos, pero eso es probablemente por razones psicológicas más que histológicas.

—¿Y… entraremos en algún otro campo de esos? —inquirió Rossman.

—Difícilmente —repuso Corinth. De acuerdo a esta teoría, estoy convencido de que solo puede haber uno así, al menos en cualquier galaxia. Contando con que el sol requiere unos doscientos millones de años para completar su órbita en torno del centro galáctico…, bueno, necesitaremos más que la mitad de ese período antes de preocuparnos si podremos volvernos estúpidos otra vez.

—¡Hum!… Comprendido, caballeros. Les quedo muy agradecido

Rossman se inclinó hacia adelante, entrelazando sus finos dedos ante él—. Ahora, en cuanto a lo que he sido capaz de averiguar, temo que no sea gran cosa: más bien malas noticias. Washington es una casa de locos. Muchos hombres que ocupaban puestos clave los han dejado; al parecer hay cosas más importantes en la vida que la Administración pública, la ley tal y cual…

—Bueno, temo que tenga razón —dijo Lewis sonriendo irónicamente.

—No cabe duda. Pero afrontemos el hecho, caballeros. Por poco que nos agrade el presente sistema, no podemos hacer que se desmorone de la noche a la mañana.

—¿Qué se dice de Europa? —preguntó Weller, el matemático—. ¿Qué hay de Rusia?

—Estaríamos indefensos contra un ataque armado —dijo Rossman—; pero lo que queda del servicio de espionaje militar indica que la dictadura soviética se encuentra con dificultades propias —suspiró. Lo primero de todo, caballeros, tenemos que cuidarnos de nuestro propio derrumbamiento. Washington se vuelve cada día más inútil; cada vez hay menos gente que escuche las órdenes y llamamientos del presidente; cada vez tiene éste menos fuerzas a su disposición. En muchas zonas se ha declarado ya la ley marcial, pero cualquier intento de imponerla significaría únicamente la guerra civil. La reorganización tiene que ser sobre una base local. Estas son esencialmente las noticias que les traigo.

—Hemos estado trabajando en eso aquí en Nueva York —dijo Mandelbaum. Parecía cansado, agotado por los días y noches de esfuerzo incesante—. Ahora he conseguido poner a los sindicatos en regla. Se van a hacer acuerdos para traer y distribuir alimentos, y espero obtener una milicia voluntaria que mantenga cierto orden —se volvió hacia Rossman—. Usted es un organizador capaz. Sus demás intereses, sus negocios y sus fábricas han sido arrastrados por la riada y aquí hay una tarea que ha de efectuarse. ¿Quiere ayudarnos?

—Naturalmente —asintió el anciano con un gesto. Y el Instituto…

—Tenemos que continuar enérgicamente. Hemos conseguido comprender lo que está ocurriendo y lo que podemos esperar de un futuro inmediato. Tenemos que poner en marcha un millar de cosas inmediatamente, lo antes posible.

La conversación giró hacia detalles de organización. Corinth tenía poco que decir. Estaba demasiado preocupado con Sheila. La noche pasada despertó dando gritos.

Wato, el doctor brujo, estaba trazando figuras en el polvo a la puerta de su choza con techo de ramaje y murmurando algo para sí. M'Wanzi lo oía entre el tintineo de las armas y los recios sones de los tambores, cuando los guerreros de alta talla iban de aquí para allá.

La ley de la similitud, de que lo semejante engendra lo semejante, puede ser expresada en la forma *ya* o *no-ya*, mostrando así que esta clase de magia obedece a la ley de la causalidad universal.

Pero ¿cómo ajustarla a la ley de la contaminación?...

M'Wanzi le lanzó una mirada burlona cuando pasó por allí, Había que dejar al viejo que edificara sus ensueños empolvados como deseara. El rifle en su hombro era una sólida realidad y bastaba para él. Y serían las armas de fuego, no la magia, lo que haría que se cumpliera el antiguo deseo: ¡Emancipar al negro! ¡Que los blancos opresores volvieran a cruzar el mar! Desde su juventud, en los días del terror en la plantación, eso había sido su vida. Pero solo ahora...

Bueno, no se había sentido asustado por lo que estaba pasando en su alma, como lo estaban otros. Su potencia mental había aumentado, y él, exaltado hasta la ferocidad, dominaba a la tribu entera, casi medio loca de terror, pronta a volverse hacia cualquier parte buscando la comodidad de ser mandada. En millares de kilómetros, desde las selvas del Congo hasta los *veldts* del Sur, los atormentados, los esclavizados, los escupidos alzaban sus rostros fatigados hacia un mensaje que volaba en el viento. Ahora era el momento de dar el golpe, antes que el blanco también se preparara. El plan estaba dispuesto, yacía en el alma de M’Wanzi, el Elefante. La campaña había sido planeada para realizarse en unos pocos días, como un relámpago, y su lengua sutil había conseguido ganar el mando de un centenar de grupos en pugna y el ejército estaba a punto de cobrar vida. Ahora era el momento de ser libre!

Los tambores hablaban en torno a él conforme se dirigía hacia el borde de la selva. Pasó a través del muro de un cañaveral a la espesa y cálida sombra del bosque. Otras sombras se movían, se deslizaban por la tierra y aguardaban grotescamente ante él. Ojos oscuros le miraban con una innata tristeza.

—¿Has congregado a los hermanos de la foresta? —preguntó M'Wanzi.

—Vendrán pronto —dijo el mono.

Esa había sido la gran realización de M'Wanzi. Todo lo demás, la organización, la campaña planificada, no era nada al lado de aquello; porque si las almas de los hombres se habían hecho de pronto extraordinariamente mayores, las almas de los animales tenían que haber crecido. Esta sospecha había sido confirmada por una terrorífica historia de asaltos a las granjas realizados por elefantes de astucia demoníaca. Pero cuando llegaron esas informaciones ya estaba inventando un lenguaje compuesto de señales (verdaderas frases hechas) y gruñidos con un chimpancé capturado. Los monos no habían sido nunca menos inteligentes que los hombres, según suponía M'Wanzi. Hoy día él podría ofrecerles mucho en cambio por su ayuda. ¿Y no eran africanos también?

—Mi hermano de la foresta, ve a decir a tu pueblo que se prepare.

—No todos ellos desean esto, hermano de los campos. Tendré que pegarles para que deseen eso. Lo cual exige tiempo.

—Tiempo que no tenemos. Utiliza los tambores como te he enseñado. Manda aviso a través de la tierra y que las huestes se congreguen en los lugares señalados.

—Se hará como deseas. Cuando vuelva a alzarse la luna llena, los hijos de la foresta estarán aquí y serán armados con cuchillos, cerbatanas y azagayas, como me enseñaste.

—Hermano de la foresta, tú has alegrado mi corazón. Que tengas suerte. Transmite mi palabra.

El mono se fue, y cuando con agilidad se balanceó un poco, asido a un árbol, un rayo de sol errabundo relumbró en el fusil que llevaba a la espalda.

Corinth suspiró, y con un bostezo se levantó de su mesa-escritorio, echando a un lado los papeles. No dijo nada en voz alta, pero para sus asistentes, inclinados sobre ciertos aparatos de prueba, el sentido estaba claro: «¡Al diablo con esto! Estoy demasiado cansado para pensar rectamente más tiempo. Me voy a casa.»

Johannson hizo un ademán con la mano, que expresaba tan bien como si hubiera hablado: «Creo que me quedaré aquí un rato, jefe. Esto está cobrando una bonita forma.» Grunewald añadió a esto un breve gesto de cabeza.

Corinth buscó maquinalmente un cigarrillo, pero su bolsillo estaba vacío. En aquellos días el tabaco no se encontraba. Deseó que el mundo volviera pronto a su situación normal, pero eso parecía menos probable cada día. ¿Qué pasaba fuera de la ciudad?

Unas cuantas estaciones de radio, profesionales y *amateurs,* estaban manteniendo la tenue tela de araña de las comunicaciones a través de la Europa occidental, de las Américas y del Pacífico; pero el resto del planeta parecía haber sido engullido por las tinieblas; alguna que otra información de violencias como relámpagos en la noche, y luego nada.

Mandelbaum le había avisado para que estuviese prevenido. Se sabía con seguridad que habían entrado en la ciudad misioneros del Tercer Baal, a pesar de todas las precauciones, y que estaban haciendo conversiones a derecha e izquierda. La nueva religión parecía ser totalmente orgiástica, con un odio mortífero a la lógica, la ciencia y la racionalidad de todo género; se podían esperar disturbios.

Corinth bajó por los corredores, que ahora eran túneles de oscuridad. La electricidad había que cuidarla; todavía funcionaban unas cuantas plantas eléctricas, manipuladas y guardadas por voluntarios. El servicio de ascensores terminaba al ponerse el sol, por lo que descendió los siete tramos de escalera hasta llegar a la planta baja. La soledad le oprimía, y cuando vio luz en la oficina de Helga se detuvo sorprendido, y luego llamó con los nudillos.

—Entre.

Abrió la puerta. Ella estaba sentada tras una mesa revuelta escribiendo una especie de manifiesto. Los símbolos que usaba eran desconocidos para él, probablemente invención de ella, y más eficientes que los convencionales. Todavía parecía severamente hermosa, pero en sus ojos pálidos había una profunda fatiga.

—Hola, Peter —dijo ella. La sonrisa que contrajo sus labios era de cansancio, pero cariñosa—. ¿Cómo te ha ido?

Corinth habló dos palabras e hizo tres gestos. Ella los completó con su idea de la lógica y su conocimiento de las antiguas formas de hablar. «¡Ah, muy bien! Pero yo... creía que habías sido capturado por Félix para ayudarle a dar forma a su nuevo Gobierno.»

—Y lo he sido —replicó ella—. Pero me siento más a gusto aquí, que es simplemente un buen sitio para hacer parte de mi trabajo. ¿A quién han encontrado para ocupar mi antiguo cargo, dicho sea de paso?»

«A Billy Saunders..., de diez años, pero un chico listo. Sin embargo, puede que encontremos a algún retrasado mental. Porque el esfuerzo físico que exige es demasiado para un niño.»

«Lo dudo. Ahora no hay mucho que hacer, realmente. Vuestros muchachos cooperan sin esfuerzo desde el cambio..., al revés del resto del mundo.»

—Vives muy lejos. Creo que es muy peligroso venir sola desde allí —Corinth, embarazado, apoyaba su peso de uno en otro pie—. Permíteme que te lleve a casa.

—No es necesario —hablaba con cierta amargura en su tono de voz, y Corinth se dio cuenta oscuramente de que lo amaba.

«Y todos nuestros sentimientos se han intensificado. No sabíamos antes lo mucho que la vida emocional del hombre está relacionada con el cerebro; cuánto más agudamente siente que ningún otro animal.»

—Siéntate —le invitó, echándose hacia atrás en su sillón—. Descansa un momento.

Él sonrió fatigado, dejándose caer en su asiento.

—Me gustaría poder tomar un poco de cerveza —murmuró—. Sería como en los antiguos tiempos.

—Los antiguos tiempos…, la inocencia perdida. Todos los echamos de menos, ¿no es así? Todos volvemos la mirada hacia atrás con un deseo anhelante que la nueva generación no comprende.

Levantó el puño cerrado, pero lo dejó caer muy suavemente sobre la mesa. La luz relumbraba como el oro en sus cabellos.

—¿Cómo van tus trabajos? —preguntó después de un momento.

En torno a ellos el silencio resonaba.

—Bastante bien. Estoy en contacto con Rhayader en Inglaterra, por onda corta. Lo están pasando mal, pero siguen viviendo. Algunos de sus bioquímicos trabajan con levaduras y obtienen buenos resultados. Para el fin del año esperan estar en condiciones de alimentarse adecuadamente, aun cuando no en forma agradable al paladar; se construirán plantas para fabricar alimento sintético. Me dio cierta información que se ajusta a la teoría del campo inhibidor. He puesto a Johansson y Grunewald a trabajar en un aparato para generar un campo semejante en pequeña escala; de tener éxito sabremos si nuestra hipótesis es aproximadamente acertada. Luego Nat podrá usar el aparato para estudiar los efectos biológicos en detalle. En lo que a mí respecta, me he metido en el desarrollo de la mecánica general relativística-cuántica, aplicando una nueva variante de la teoría de comunicaciones, nada menos, para salir adelante.

—¿Qué finalidad persigues, aparte de la curiosidad?

—Es algo enteramente práctico, te lo aseguro. Podremos encontrar el medio de generar energía atómica de una materia cualquiera, por desintegración nuclear directa; ya no habrá problemas de combustible. Hasta podremos hallar el medio de

viajar más de prisa que la luz. Las bueno…

—Nuevos mundos. O podemos regresar al campo inhibitorio en el espacio, ¿por qué no? Volver a ser estúpidos. Quizá seamos más felices de ese modo. Pero no, me doy cuenta de que no se puede volver allí de nuevo —Helga abrió un cajón y sacó un paquete arrugado de cigarrillos—. ¿Fumas?

—Eres un ángel. ¿Cómo diablos has conseguido esto?

—Tengo mis medios —encendió un fósforo para darle lumbre y prendió su propio cigarrillo. Eficiencia… sí.

Fumaron en silencio durante un rato, pero la comprensión mutua de lo que pensaba el otro era como una pálida llama entre ellos.

—Será mejor que me permitas acompañarte a tu casa —dijo Corinth—. Fuera no hay seguridad. Las turbas del profeta…

—Muy bien —repuso ella—. Aun cuando yo tengo un coche y tú no.

—Hay solo unas cuantas manzanas de tu casa a la mía, y es un barrio seguro.

Como todavía no era posible patrullar por toda la dilatada ciudad, el Gobierno se había concentrado en ciertas calles y zonas claves.

Corinth se quitó los lentes y se restregó los ojos.

—Realmente no entiendo esto —dijo—. Las relaciones humanas no fueron nunca mi fuerte, y aun ahora no puedo del todo… Bueno, ¿por qué este repentino crecimiento de la inteligencia ha de lanzar a tantos al estadio animal? ¿Por qué no comprenden…?

—No quieren comprender —Helga aspiró con fuerza el humo de su pitillo. Dejando enteramente a un lado aquellos que se han vuelto locos, y que son un factor importante, queda la necesidad de tener no solo algo con que pensar, sino también algo en que pensar. Tenemos millones…, cientos de millones de gentes que en su vida tuvieron un pensamiento propio y que de pronto ponen sus cerebros a toda velocidad. Empiezan a pensar, pero ¿qué base han encontrado para hacerlo? Conservan todavía las viejas supersticiones, los prejuicios, los odios, temores y las apetencias; la mayor parte de sus energías mentales tiende a la laboriosa racionalización de eso, Entonces alguien, como ese Tercer Baal viene ofreciendo un calmante a las gentes asustadas y confusas. Les dice que está muy bien que se deshagan del terrible peso de su pensamiento y que se olviden de sí mismos en una orgía emocional. No durará, Peter, pero la transición es penosa.

—Sí… ¡Hum!… Yo he llegado a un C.I. de quinientos o cosa así…

Sea lo que fuere, eso significa que sé apreciar la importancia que tienen después de todo los pequeños cerebros. Bonito pensamiento —Corinth rió con una mueca y apagó el resto del cigarrillo contra el cenicero.

Helga recogió sus papeles y los metió en un cajón.

—¿Nos vamos?

—Ya podemos hacerlo. Es casi medianoche. Temo que Sheila esté preocupada.

Marcharon por el vestíbulo desierto, cruzaron ante la guardia y salieron a la calle. Un poste de alumbrado solitario lanzaba un charco de luz sobre el coche de Helga. Ella tomó el volante; y el automóvil se deslizó silencioso por una avenida.

—Me gustaría... —su voz sonaba débilmente en la oscuridad—. Me gustaría encontrarme fuera de aquí. En las montañas, en cualquier parte.

El asintió con un gesto, sintiéndose de pronto acometido por su propia necesidad de cielo abierto y de la clara luz de las estrellas.

Las turbas se echaron sobre ellos tan pronto que no tuvieron tiempo de escapar. Hacía un momento iban conduciendo por una calle desierta, entre muros ciegos, y un instante después parecía que el suelo vomitaba hombres. Fluían por las callejas laterales, casi en silencio, solo alterado por algunos murmullos y el arrastrarse apagado de miles de pies. Las pocas luces del alumbrado público hacían relumbrar sus ojos y sus dientes. Helga frenó con un chirrido cuando la marea humana avanzó ante ellos, cortándoles el paso.

—¡Mueran los científicos!

Un grito trémulo que se convirtió en cántico grave, se cernió durante un momento como una nube que se rasgara. El rio humano se esparció, velado en sombras, en torno del coche y Corinth oyó la respiración acalorada y áspera junto a sus oídos:

Quebrantémosles los huesos y quememos sus moradas. Tomémosles sus ganancias, los hijos del pecado, volquemos el coche y abramos la puerta, para dejar que el Tercer Baal entre por ella.

Una cortina de fuego corría tras los altos edificios, que ardían en llamas. La luz del incendio era color sangre, como si alguien alzara una cabeza goteante en lo alto de una pértiga.

«Debían haber roto la línea de las patrullas —pensó Corinth, atolondrado—, irrumpiendo en esta zona protegida dispuestos a devastaría antes que llegaran refuerzos».

Un rostro sucio y barbudo, repugnante, asomó por la ventanilla del volante.

—¡Una mujer! ¡Tiene una mujer aquí!

Corinth sacó la pistola del bolsillo de la chaqueta e hizo fuego. Al instante se percató del retroceso del arma y del estampido, de la picazón de los granos de la pólvora en su piel. El rostro permaneció ahí por un tiempo que parecía interminable, una masa confusa de sangre y huesos hechos añicos. Cuando el cuerpo cayó a un lado, doblegado, la multitud aulló. El coche se tambaleaba con sus empujones.

Corinth se dispuso a afrontar la situación; se lanzó contra la puerta, obstruida por la presión de los cuerpos que les cercaban, y la abrió. Pisando algún cuerpo caído, dando puntapiés a uno y otro lado, logró sostenerse un instante. El resplandor del incendio relumbraba en su rostro. Se había quitado los lentes, sin pararse a pensar por qué era más peligroso mostrarse con ellos, y el fuego, la multitud y los edificios se transformaron en un borrón oscilante.

—¡Oídme! —gritó—. ¡Oídme, pueblo de Baal!

Una bala chocó a su lado y sintió su zumbido de avispa. Pero no había tiempo para atemorizarse.

—¡Oíd la palabra del Tercer Baal!

—¡Dejad que hable! —vociferó alguien en aquel inhumano río de sombras, fluyente, murmurador—. ¡Oíd su palabra!

—¡Rayos y truenos y lluvia de bombas! —gritó Corinth—. ¡Comed, bebed y divertíos, porque el fin del mundo está próximo! ¿No oís cómo el planeta cruje bajo vuestros pies? Los científicos han lanzado la gran bomba atómica. Nosotros vamos a matarles a ellos antes que el mundo se rompa como un fruto podrido. ¿Estáis con nosotros?

Se detuvieron, murmurando, arrastrando sus pies, dudando sobre aquello que habían encontrado. Corinth continuó, colérico, dándose apenas cuenta de lo que decía:

—¡Matad, entrad a saco, robad las mujeres! ¡Asaltad las tiendas de bebidas! ¡Fuego y más fuego! ¡Que ardan los científicos que lanzaron la gran bomba atómica! ¡Por aquí, hermanos! Sé dónde están escondidos. ¡Seguidme!

—¡A matarlos!

El griterío creció, enorme y obsceno, entre & acantilado de los muros de Manhattan. El fuego del incendio se reflejaba oscilante sobre un fondo de oscuridad. Era sobrecogedor.

—¡Hacia allí! —Corinth bailaba sobre el capó, gesticulando hacia Brooklyn—. ¡Están escondidos allí, pueblo de Baal! Yo he visto con mis propios ojos la gran bomba atómica. Sé que el fin del mundo está próximo. El mismo Tercer Baal me envía para guiaros. ¡Que sus rayos me maten si no estoy diciendo la verdad!

Helga tocó la bocina; un clamoreo enorme hizo eco a aquel ruido que parecía incitarles al frenesí. Alguno empezó a hacer cabriolas, como una cabra, y los demás lo siguieron. La multitud, asiéndose las manos, bailaba por la calle.

Corinth saltó al suelo, temblando sin poder evitarlo.

—Síguelos —balbució—. Sospecharían si no los siguiéramos.

—Claro que sí, Pete —Helga le ayudó a entrar y siguió a la multitud. Los faros alumbraban las espaldas. De cuando en cuando tocaba la bocina para apresurarlos.

Hubo un torbellino en el cielo. Corinth respiraba anhelante, silbando entre los dientes.

—¡Vámonos! —murmuró.

Helga hizo un gesto de asentimiento, viró en redondo y salió disparada por la avenida. Tras ellos la multitud se dispersaba cuando los helicópteros de la Policía la rociaban con gases lacrimógenos.

Continuaron un rato en silencio; luego, Helga se detuvo ante la casa de Corinth.

—Hemos llegado —dijo.

—Pero yo iba a llevarte a casa —dijo él débilmente.

—Ya lo has hecho. Además, impediste que esas gentes hicieran muchísimo daño, tanto al barrio como a nosotros —un vago resplandor brillaba en su sonrisa, estremecida, y en sus ojos había lágrimas—. Fue admirable, Pete. No creía que fueras capaz de eso.

—Ni yo tampoco —dijo él hoscamente.

—Quizá has equivocado tu vocación. La predicación religiosa da más dinero, según me han dicho. Bueno... —quedó inmóvil un momento y luego añadió—: Bueno, buenas noches.

—Buenas noches —replicó él.

Ella se inclinó hacia adelante con los labios entreabiertos, como si fuera a decir algo. Luego los cerró, moviendo la cabeza. El portazo con que cerró, al arrancar, resonó en el vacío.

Corinth quedó mirando al coche que se alejaba hasta que se perdió de vista. Luego se volvió lentamente y penetró en su casa.

Todas las provisiones se iban acabando; tanto el alimento para él como para los animales que le quedaban y la sal para estos. No había corriente eléctrica, y no deseaba gastar el combustible en la lámpara de gasolina que había encontrado. Brock decidió ir al pueblo.

—Quédate aquí, Joe —le dijo—. Regresaré pronto.

El perro asintió, con un gesto increíblemente humano. Iba comprendiendo el inglés muy de prisa. Brock tuvo siempre la costumbre de hablarle, y últimamente había emprendido un concienzudo programa de educación.

—Vigila esto, Joe —dijo, mirando intranquilo al lindero del bosque.

Llenó el depósito de una baqueteada camioneta verde de los grandes tanques de la finca, y marchó por la avenida interior de esta. Hacía una mañana fresca y neblinosa. En el aire había olor a lluvia y el horizonte estaba nublado. Mientras iba traqueteando por el camino vecinal pensó que la campiña estaba extrañamente desierta. ¿Qué ocurría allí desde hacía dos meses, desde el cambio? Acaso no hubiera nadie en el pueblo.

Al entrar por la carretera cementada oprimió el acelerador hasta que el motor rugió. No sentía ningún deseo de visitar a la humanidad normal, y deseaba acabar pronto con aquello. El exceso de trabajo lo mantuvo tranquilo durante el tiempo que permaneció solo. Y cuando no tenía demasiado que hacer o estaba cansado, leía y pensaba, explorando las posibilidades de su mente, que por ahora, creía, eran las de un genio de primer orden con relación a las normas anteriores al cambio. Se había adaptado flemáticamente a una vida de anacoreta —otros destinos eran peores— y no ansiaba encontrarse con la gente de nuevo.

Días atrás estuvo en casa de su vecino Martinson. Pero allí no había nadie. La casa estaba cerrada y vacía. Le había producido esto una sensación tan aterradora que no trató de encontrar a nadie más.

Dejó atrás unas cuantas casas de las afueras y luego, pasando por el viaducto, entró en el pueblo. No se veía a nadie, pero las casas daban la sensación de estar ocupadas. Estaban echados los cierres de la mayor parte de las tiendas, y él, pensando que alguien lo miraba detrás de los escaparates cerrados, se estremeció.

Aparcó junto al supermercado Atlántico —Pacifico. No tenía aspecto de tal. Las mercancías estaban allí, pero sin ningún precio marcado, y el hombre que estaba tras el mostrador no tenía la

apariencia de un dependiente. Se encontraba allí sentado simplemente; sentado y pensando.

Brock fue hacia él. Sus pisadas resonaban extrañamente en el suelo.

—¡Eh, dispense! —empezó a decir muy bajo.

El hombre alzó la vista. En sus ojos hubo un destello al reconocerle y por su rostro pasó una breve sonrisa.

—¡Ah!, hola, Archie —dijo, hablando con premeditada lentitud —. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias —Brock miró a sus zapatos, incapaz de afrontar aquellos ojos serenos—. Yo... Bueno; vine a comprar algunas cosas.

—¡Ah! —había frialdad en el tono de su voz—. Lo siento, pero ya no funciona esto mediante dinero.

—Bueno, pues yo... —Brock se enderezó y, haciendo un esfuerzo, alzó la vista—. Sí, creo que lo comprendo. El Gobierno nacional se vino abajo, ¿no es eso?

—No exactamente. Ha dejado, simplemente, de contar para nada, eso es todo —el hombre movió la cabeza—. Tuvimos aquí al principio nuestras dificultades, pero nos reorganizamos sobre una base racional. Ahora las cosas van marchando muy bien. Carecemos aún de algunos productos, que no podemos traer de fuera, pero podemos continuar, si es necesario, indefinidamente tal y como vamos.

—¿Una... economía socialista?

—Bueno, Archie —dijo el hombre—, no es precisamente la etiqueta apropiada, ya que el socialismo estuvo fundado siempre en la idea de propiedad. Pero ¿qué significa actualmente poseer una cosa? Quiere decir solo que uno puede hacer con ella lo que quiera. Según esa definición, queda muy poca propiedad total en cualquier parte del mundo. Es más bien una cuestión simbólica. Uno se dice a si mismo: «Esta es mi casa, mi tierra.» Y uno tiene la sensación de fuerza, de seguridad, pues el «mi» es un símbolo de ese estado de ánimo, y el que lo dice reacciona ante ese símbolo. Pero ahora..., bueno. Hemos visto lo que hay tras ese pequeño autoengaño. Cumplía sus fines antes, contribuyendo a la propia estimación y al equilibrio emocional, pero ya no era preciso. No había ninguna razón para estar sujetos todavía a un trozo de tierra determinado, cuando la función económica que cumple puede ser efectuada más eficazmente de otro modo. Así que la mayoría de los granjeros de por aquí se han trasladado al pueblo, ocupando las casas que fueron abandonadas por los que prefirieron dejar estas cercanías por

completo.

—¿Y trabajan la tierra en común?

—Difícilmente sería esa la forma de expresarlo. Algunos, bien dotados para mecánicos, han estado inventando máquinas que hacen la mayor parte del trabajo que necesitamos. Es asombroso lo que puede hacerse con un tractor y con algunos trozos de chatarra si uno tiene cabeza suficiente para combinarlos como es debido. Por fin hemos encontrado el nivel que nos corresponde para el tiempo venidero. Aquellos a quienes no les agradó, se fueron, en su mayor parte, y el resto están ocupados en desarrollar nuevas reformas sociales que estén a tono con nuestra nueva personalidad. Aquí hay una organización buena y bien equilibrada.

—Pero ¿qué hace usted?

—Siento que no voy a poder explicárselo —dijo el hombre amablemente.

Brock desvió su mirada otra vez.

—Bueno —dijo al fin, con voz particularmente ronca—. Estoy solo por completo en la finca de Rossman y ando escaso de comestibles. Además, voy a necesitar ayuda para la cosecha y otras cosas. ¿Qué opina de esto?

—Si desea asociarse con nosotros, estoy seguro de que se podrá encontrar un plan.

—No; yo solamente quiero...

—Le recomiendo muy encarecidamente que se venga con nosotros, Archie. Precisa del apoyo de la comunidad. Aquí ya no se está seguro. Había un circo por aquí cerca y los animales salvajes se han escapado. Varios de ellos andan aún sueltos por ahí.

Brock sintió un frío por dentro.

—Eso debe de haber sido... emocionante —dijo muy despacio.

—Lo fue —el hombre sonrió levemente—. Al principio no nos enteramos; teníamos muchas cosas en qué preocuparnos, y por ello no pensamos que los animales estaban cambiando también. Uno de ellos debió de abrir con las fauces su propia jaula y soltó a los otros para proteger su fuga. Ha habido un tigre andando durante semanas por la población, se llevó un par de criaturas y no pudimos cazarlo; un buen día desapareció. ¿Y qué me dice de los elefantes y de...? No, usted solo no está seguro, Archie —hizo una pausa—. Y luego hay que contar con el trabajo puramente físico. Sería mejor que ocupara un cargo en nuestra comunidad.

—¡Al diablo con el cargo! —dijo con una cólera repentina, fría y amarga—. Todo cuanto deseo es un poco de ayuda. Pueden tomar una parte de la cosecha en pago de ella. No habría ninguna

dificultad para ustedes con esas máquinas que han ideado.

—Puede preguntárselo a los otros —dijo el hombre—. Yo no estoy realmente encargado de eso. La decisión final depende del Consejo y de los científicos. Pero temo que para usted no haya sino todo o nada, Archie. No le molestaremos si no quiere venir con nosotros, pero tampoco puede esperar que le hagamos una caridad. Ese es también otro símbolo pasado de moda. Si quiere acoplarse a la economía total, que no es de ningún modo tiránica, pues es más libre que ninguna de cuantas el mundo vio jamás, nosotros le buscaremos una ocupación.

—En resumen —dijo Brock con dificultad—. Puedo ser un animal domesticado y hacer lo que se me mande, o un animal salvaje y ser ignorado. Maldita sea... Me he hecho cargo de eso y seguiré con eso —dijo girando sobre sus talones.

Temblaba cuando salió para volver al camión. Lo peor de todo, pensó furioso, lo peor de todo es que tienen razón. Él no podría seguir soportando una situación, poco más o menos, de paria. Eso había estado muy bien en otro tiempo, cuando era un retrasado mental, cuando no sabía lo suficiente para darse cuenta de lo que significaba. Pero ahora sí, y la vida de empleado lo destrozaría.

Rechinaron los engranajes cuando se puso en marcha. Se arreglaría sin ayuda de ellos; vaya si podría. Si no llegaba a ser un mendigo medio domesticado ni un animal casero, seria un animal salvaje.

Regresó conduciendo despreocupadamente a gran velocidad. De camino se fijó en una máquina que había en un campo de heno; un gigantesco y enigmático artilugio, de brazos centelleantes, hacía todo el trabajo con solo un hombre que, aburrido, lo guiaba. Podrían pronto construir un robot piloto, en cuanto tuvieran los materiales. Pero entonces, ¿qué? El tenía aún un par de brazos.

Más allá había un trozo de bosque que llegaba hasta el borde del camino. Le pareció ver brillar algo allí. Una gran forma gris que se alejaba sosegadamente hasta perderse de vista, pero no estaba seguro de ello.

Su carácter tranquilo se reafirmó más al acercarse a la finca y se puso a hacer cálculos. De las vacas podía obtener leche, mantequilla y, quizá, queso. Las pocas gallinas que había sido capaz de recapturar le proporcionarían huevos. Matando de cuando en cuando alguna oveja... Pero ¿por qué no cazar aquellos condenados cerdos? Le proporcionarían carne para una buena temporada; en la finca había un ahumadero. Podría recoger heno, trigo y maíz suficiente —Tom o Jerry tendrían que hacer el trabajo— para

mantenerse durante el invierno. Si perfeccionaba un molino de mano, podía moler y hacer una harina gruesa, de la cual cocería su propio pan. Tenía mucha ropa, zapatos y herramientas. La sal era su problema mayor; pero debía haber sal por ahí, a unos ciento cincuenta kilómetros o cosa así. Trataría de averiguarlo y haría un viajecito allí. Tendría que economizar la gasolina y cortar una buena cantidad de leña para el invierno. Podría seguir tirando. De una forma u otra tiraría.

La magnitud de la empresa le aterró. ¡Un hombre solo! ¡Un par de brazos! Pero ya se había hecho eso anteriormente; la raza humana entera había subido aquel áspero camino. Aunque redujera su nivel de vida y adoptara una dieta no muy equilibrada, eso no le mataría.

Y tenía un cerebro que para las valoraciones de antes del cambio era algo extraordinario. Ya había puesto esa mente a trabajar: primero, ideando un plan de operaciones para el año próximo o cosa así, y segundo, inventando aparatos para hacer más cómodo el sobrevivir. Sin duda que podría hacerlo.

Enderezó sus hombros y pisó el acelerador, deseoso de llegar a casa y empezar.

Cuando entró en la calzada interior, el ruido era estrepitoso. Oyó gruñidos, berridos, maderas que se rompían y la camioneta se bandeó al tirar con pánico del volante. «¡Los cerdos!», pensó. Los cerdos vigilantes lo habían visto irse.

Y se había olvidado del revólver.

Soltó una maldición, subió al corral bramando por la calzada, dejando atrás la casa, y entró en el corral. Aquello era una ruina. Los cerdos eran como pequeños tanques blancos y negros, resoplando y gruñendo. La puerta del granero había sido abierta con violencia y los cerdos estaban en el almacén de sacos de comestibles, rasgándolos, revolcándose en la harina, y algunos de ellos sacaban a rastras sacos enteros y los llevaban al bosque. También había un toro, que debía de haberse vuelto bravo, el cual, al ver al hombre, bramó y resopló, mientras las vacas andaban mugiendo por ahí. Habían roto las cercas del pastizal para irse con el toro. Dos ovejas muertas, pisoteadas y desventradas yacían en el patio; las otras debían de haber huido aterrorizadas. Y Joe...

—¡Joe! —gritó Brock—. ¿Dónde estás, chico?

Llovía. Una fija neblina llorona que hacía ver confusamente el bosque se entremezclaba con la sangre derramada en la tierra. El viejo verraco relucía como el hierro pulido por la humedad. Alzó la cabeza gruñendo cuando el camión llegó.

Brock condujo derechamente hacia él. El vehículo era su única arma ahora. El verraco salió de estampida y Brock se detuvo ante el granero. En seguida le rodearon los cerdos, aporreando los costados y las ruedas, gruñendo su odio. El toro agachó la cabeza y escarbó el suelo.

Joe ladró furiosamente desde lo alto de una incubadora. Estaba ensangrentado; había sido una lucha cruel, pero él había trepado allí, no sabía cómo, y se había salvado.

Brock marchó hacia atrás con el camión, moviéndolo de un lado a otro, metiéndose entre la piara. Los cerdos se dispersaron ante él, pero no pudo obtener la velocidad suficiente en el angosto espacio para empujarles con el vehículo, y ellos no cedieron. El toro arremetió.

No había tiempo para asustarse, pero Brock vio la muerte. Hizo girar el camión, volcándolo sobre una banda a través del corral, y el toro metió la cabeza por él. Brock sintió que una mano gigantesca lo echaba contra el parabrisas.

Las tinieblas se rasgaron ante sus ojos. El toro estaba tambaleándose, pero el camión quedó inútil. Los cerdos parecían haberlo comprendido así y se apiñaban triunfadores rodeando al hombre.

A tientas se agachó en la cabina y alzó el asiento. Allí había una llave inglesa de largo mango, consoladoramente pesada.

—Muy bien —murmuró—. Venid por mí.

Algo se vislumbró entre el bosque y la neblina. Era gris, enorme, que llegaba al cielo. El toro alzó la cabeza atolondrada y mugió. Los cerdos interrumpieron sus golpetazos y por un momento quedaron silenciosos.

Un disparo estalló como un trueno. El verraco se puso de pronto a galopar en círculos con muestras de dolor. Otra explosión hizo que el toro enloquecido diera vuelta y saliese hacía el bosque.

«Un elefante —farfulló Brock para sí—. Y viene en mi ayuda...»

La gran forma grisácea avanzó lentamente hacia los cerdos. Estos giraron inquietos, con miradas rebosantes de odio y de terror. El verraco cavó a tierra dando las últimas boqueadas. El elefante encorvó la trompa y se puso a correr con singular gracia. Los cerdos huyeron.

Brock quedó inmóvil unos momentos, demasiado agitado para moverse. Cuando por fin salió fuera, la llave inglesa pendía flojamente de su mano. El elefante había ido al pajar y estaba tranquilamente atracándose. Y dos pequeñas siluetas peludas se sentaban en cuclillas en el suelo ante el hombre.

Joe fue hacia su amo ladrando débilmente y cojeando.

—Tranquilo, muchacho —murmuró Brock. Se mantenía en pie sobre las débiles piernas, mirando la arrugada cara morena del chimpancé que tenía el revólver.

—Muy bien —dijo al fin. La lluvia fría y fina era refrescante en su rostro sudoroso—. Muy bien, ahora tú eres el amo. ¿Qué quieres?

El chimpancé lo estuvo mirando largo rato. Era un macho. El otro, hembra, y recordó que los monos del trópico no podían resistir muy bien el clima del Norte. Aquel sería del circo que el hombre de la tienda había aludido. Supuso que había robado el revólver y apoderado del elefante. ¿O sería acaso un convenio? Ahora...

El chimpancé se estremeció. Luego, muy despacio, siempre observando al hombre, dejó el arma y yendo hacia él le tiró de la chaqueta.

—¿Me entiendes? —preguntó Brock. Estaba demasiado cansado para apreciar lo fantástico que aquella escena resultaba—. ¿Comprendes el inglés?

No hubo respuesta salvo que el mono seguía tirándole de la ropa, no con fuerza, pero sí con una especie de insistencia. Al cabo de un rato, el mono, con su mano de largos dedos, tocó primero la chaqueta de Brock y luego señaló a sí mismo, en gesto amistoso de compañero.

—Bien —dijo Brock en voz baja—. Creo que te comprendo. Tienes miedo y necesitas de ayuda humana. Pero no quieres volver a estar sentado en la jaula. ¿Es eso?

Tampoco hubo respuesta, pero algo en los ojos selváticos asintió.

—Perfectamente —repuso Brock—. I legaste a tiempo para hacerme un buen servicio y no me has matado cuando pudiste hacerlo sin dificultad —aspiró hondamente—. Bien sabe Dios que tenía necesidad de alguien que me ayudara en esta finca. Tú y el elefante haríais que cambiara todo. Y... muy bien. Sin duda.

Se quitó la chaqueta y se la dio al chimpancé. El mono rechinó suavemente los dientes y se la puso. No le sentaba muy bien Brock tuvo que reírse.

Luego enderezó sus dobladas espaldas.

—Muy bien. Magnifico. Ahora seremos todos anímales selváticos reunidos. ¿De acuerdo? Ven conmigo a la casa y encontraremos algo de comer.

Vladimir Ivanovich Panyushkin estaba en pie bajo los árboles, dejando que la lluvia goteara de su casco y corriera por el dorso de su chaqueta, que había quitado a un coronel después de la última batalla y en la cual resbalaba el agua como sobre el plumaje de un pato. El hecho de que sus pies fueran dando batacazos dentro de unas botas rotas no tenía importancia.

Su mirada se movía por el monte abajo, más allá del lindero de la floresta y se adentraba en el valle, pero allí la lluvia la interceptaba. No podía distinguir nada que se agitase; nada salvo el regular caer de la lluvia, y no podía oír otra cosa que su sonido profundo. Pero el aparato decía que había una unidad del Ejército Rojo en las cercanías.

Miró al aparato que yacía acunado en las manos del sacerdote. Sus agujas parecían borrosas por la lluvia que caía por el cristal de la esfera, pero podía verlas bailar. Él no lo comprendía —el sacerdote lo había hecho con una radio que habían cogido—, pero ya había avisado antes.

—Yo diría que están a unos diez kilómetros de aquí, Vladimir Ivanovich —la barba del sacerdote se movía al hablar él. Estaba desgreñada por la lluvia y caía rígida sobre sus toscas ropas—. Están dando vueltas alrededor nuestro sin acercarse.

Acaso Dios los está descarriando.

Panyushkin se encogió de hombros. Era materialista. Pero si el servidor de Dios estaba dispuesto a ayudarle contra el Gobierno soviético, estaba muy contento de aceptar su ayuda.

—Quizá ellos tengan otros planes —replicó—. Creo que sería mejor consultar con Fyodor Alexandrovich.

—No es beneficioso para él que lo utilicemos tanto —dijo el sacerdote—. Está muy cansado.

—Así lo estamos todos, amigo mío —las palabras de Panyushkin eran carentes de expresividad—. Pero es una operación clave. Si pudiéramos cortar hacia Kirovograd aislaríamos Ucrania del resto del país, y entonces los nacionalistas ucranianos podrían sublevarse con esperanzas de éxito.

Silbó suavemente unas cuantas notas que tenían un amplio significado. La música podía ser un lenguaje. Toda la insurrección a lo largo del imperio soviético dependía en parte de los lenguajes secretos creados de la noche a la mañana.

El Sensitivo salió de la goteante maleza que ocultaba las tropas de Panyushkin. Era pequeño para sus catorce años, y en sus ojos

había algo inexpresivo. El sacerdote notó la rojez febril de sus mejillas y se signó, murmurando una oración por el muchacho. Resultaba entristecedor utilizarlo tanto. Pero si los hombres sin Dios tenían que ser derrocados, había de ser pronto, y los Sensitivos eran necesarios. Eran una forma de enlace que no era preciso tocar, que no se interceptaba nunca, que no podía ser detectado, mediante la cual estaban unidos los hombres sublevados desde Riga a Vladivostok; los mejores de ellos eran unos espías como ningún ejército los poseyó hasta ahora. Pero había aún muchos que estaban al lado de los amos por razones de lealtad, de temor o de interés propio, y estos poseían la mayor parte de las armas. Por consiguiente, hubo que inventar todo un concepto nuevo de la guerra por parte de los rebeldes.

Un pueblo puede detestar a su Gobierno, pero lo soporta, porque sabe que aquellos que protesten morirán. Pero si todo el pueblo puede unirse para actuar a la vez —o muchos de ellos desobedecer con una especie de calma aterradora—, el Gobierno solo puede fusilar a unos pocos. Desarraigados de sus más profundas raíces, la tierra y el pueblo, el Gobierno era vulnerable, y menos de un millón de hombres armados podían ser suficientes para destruirlo.

—Hay una Estrella Roja —dijo Panyushkin apuntando hacia la lluvia—. ¿Puedes decirme lo que planean, Fyodor Alexandrovich?

El muchacho se sentó en la ladera resbaladiza y mojada y cerró los ojos. Panyushkin lo estuvo observando con aire sombrío. Era bastante difícil ser un eslabón con diez mil otros Sensitivos a través de la mitad del continente. Alcanzar mentes que no agradan haría que se esforzara hasta el límite. Pero había que hacerlo.

—Existe…, ellos nos conocen —la voz del muchacho parecía venir de muy lejos—. Tienen instrumentos… Su metal nos olfatea. Ellos…, ¡NOO, es la muerte! ¡Mandan la muerte! —abrió los ojos, contrajo las mejillas para emitir un sonido entrecortado y se desmayó.

El sacerdote, poniéndose de rodillas, lo levantó, lanzando a Panyushkin una mirada de reproche.

—¡Proyectiles dirigidos! —el comandante giró sobre sus talones —. Así que ahora tienen detectores corno los nuestros. Hemos hecho bien en comprobarlo, ¿eh, sacerdote? Ahora vayámonos de aquí antes de que lleguen los cohetes.

Dejó suficiente material metálico para engañar a los instrumentos detectores y condujo a sus hombres por la cordillera. Mientras el ejército estaba ocupado en disparar cohetes sobre su campo, él prepararía el ataque sobre la retaguardia.

Con la ayuda o sin la ayuda del dios incomprensible del sacerdote, tenía casi la seguridad de que el ataque obtendría éxito.

Félix Mandelbaum acababa apenas de instalarse en su sillón cuando el introductor dijo:

—Gantry.

El tono de voz del secretario decía que era importante.

¿Gantry? No conocía a nadie que se llamara así. Suspiró, mirando por la ventana. Las sombras de la madrugada se tendían aún frías por las calles, pero iba a ser un día caluroso.

Había un tanque como agazapado sobre sus huellas allí abajo, con los cañones preparados para proteger el Ayuntamiento. Lo peor de la violencia parecía haber pasado; el culto del Tercer Baal se estaba disgregando tras la ignominiosa captura del profeta la semana anterior; las bandas criminales eran tenidas a raya al aumentar las milicias en dimensiones y en experiencia; un tono de calma iba retornando a la ciudad. Pero no se sabía nada de los que aún merodeaban por los barrios extremos, y, sin duda, iba a haber otros conflictos antes de que finalmente quedara todo bajo control.

Mandelbaurn se retrepó en su sillón, aflojando sus músculos en tensión. Se sentía cansado en aquellos días, pese a la apariencia enérgica, difícilmente sostenida. Había demasiado que hacer y muy poco tiempo para dormir. Pulsó el zumbador indicando: «Que pase.»

Gantry era un hombre alto y esquelético, con buenas ropas que no le sentaban del todo bien. Había un gangueo sostenido en su tono de mal humor.

—Me han dicho que ahora es usted el dictador de la ciudad.

—No exactamente —repuso Mandelbaum sonriendo—. Soy simplemente una especie de sofocador general de conflictos por mandato del alcalde y del Consejo.

—Sí; pero cuando no hay más que conflictos, el que los sofoca se hace el amo.

Había cierta truculencia en la rapidez de la réplica. Mandelbaum no trató de negar la acusación: era bastante cierta. El alcalde tenía suficiente trabajo con el manejo de la maquinaria administrativa; Mandelbaum era el hombre flexible, el coordinador de miles de elementos en conflicto, el creador de una policía básica, y el Consejo Municipal, recientemente creado, rara vez dejaba de votar en el sentido que él sugería.

—Siéntese —le invitó—. ¿Qué dificultades tiene? Su mente veloz sabía ya la respuesta, pero ganaba tiempo al hacer que el otro la

formulara ante él.

—Represento a los granjeros cultivadores de hortalizas de ocho condados. Me mandan aquí para preguntar qué pretenden sus gentes al robarnos.

—Mandelbaum inocente—

—Usted lo sabe tan bien como yo. Cuando no queremos recibir dólares por nuestra mercancía, tratan de darnos un papel de la ciudad. Y cuando no queremos aceptar tampoco eso, dicen que se apoderarán de nuestras cosechas.

—Lo sé —dijo Mandelbaum—. Algunos de los muchachos tienen muy poco tacto. Lo siento.

Gantry arrugó el ceño.

—¿Está dispuesto a impedir que se nos amenace con revólveres? Espero que sea así, porque nosotros también los poseemos.

—¿Tienen también tanques y aviones? —preguntó Mandelbaum. Esperó un momento para que el significado de lo que quería decir fuera captado, y luego siguió con rapidez—: Mire, señor Gantry: quedan en la ciudad seis o siete millones de personas. Si no podemos asegurarles un suministro regular de alimentos, se morirán de hambre. No pueden permanecer impasibles y dejar que siete millones de hombres, mujeres y niños inocentes mueran de hambre mientras tengan ustedes más alimentos de los que pueden comer. Son seres humanos dignos. No deben hacer eso.

—No lo sé —repuso Gantry sombríamente—. Después de lo que hizo la multitud cuando salió huyendo de la ciudad el mes pasado...

—Créame, el Gobierno de la ciudad hizo cuanto pudo para contenerlos. Fracasamos en parte, pues el pánico era demasiado grande, pero impedimos que la ciudad entera marchara sobre ustedes —Mandelbaum hizo un puente con los dedos de sus manos y dijo sensatamente—: Ahora bien: si fueran ustedes realmente monstruos, dejarían que los que quedan aquí murieran de hambre. Pero ellos no lo tolerarían, y tarde o temprano se lanzarían como un enjambre sobre ustedes, y entonces todo se vendría abajo.

—Sin duda, sin duda —Gantry entrelazó sus largas y rojas manos. Sin saber cómo se encontró a la defensiva—. No es que queramos crear conflictos en el campo. Es simplemente; bueno, que nosotros cultivamos verduras para ustedes, pero ustedes no nos pagan. Las cogen, simplemente. Sus papeles no significan nada. ¿Qué puedo yo comprar con eso?

—Ahora nada —dijo Mandelbaum con aire candoroso—. Pero, créame, no es culpa nuestra. La gente tiene necesidad de trabajo. Todavía no hemos logrado organizar suficientemente las cosas. Una

vez que lo hagamos, esos papeles significarán ropas y maquinaria para ustedes. Pero si nos dejan morir de hambre..., ¿cuál será entonces su mercado?

—Todo eso se dijo en la reunión de la asociación —replicó Gantry—. La cuestión es: ¿qué garantía tenemos de que ustedes mantendrán su palabra hasta el fin del trato?

—Mire, señor Gantry: nosotros deseamos cooperar. Lo deseamos tanto que estamos dispuestos a ofrecer a un representante de los suyos un asiento en el Consejo Municipal. ¿Cómo podremos engañarles entonces?

—¡Hum!... —los ojos de Gantry se contrajeron con expresión de astucia—. ¿Cuántos puestos en el Consejo, en resumen?

Regatearon un rato y Gantry marchó con una oferta del municipio de cuatro puestos de concejales, que tendrían facultades especiales de veto en las cuestiones concernientes a la política rural. Mandelbaum estaba seguro de que lo~ granjeros aceptarían; parecía algo así como una manifiesta victoria de su parte.

Sonrió para sí. ¿Cómo definir la victoria? El Poder de veto no podía significar nada, puesto que la política rural era perfectamente honrada de todos modos. La ciudad y la totalidad del Estado y de la nación ganarían reunificando una zona tan amplia. Acaso las deudas acumuladas de los granjeros no se pagarían nunca —la sociedad estaba cambiando tan rápidamente que pudiera no haber ciudades ya dentro de unos cuantos años—, pero eso, por muy lamentable que fuera, tendría poca importancia. Lo más urgente ahora era sobrevivir.

—North y Morgan —dijo el introductor.

Mandelbaum se preparó. Aquello iba a ser duro. El jefe de los obreros del puerto y el teórico político chiflado tenían sus propias ambiciones y un considerable número de seguidores; un número demasiado crecido para ser sometido por la fuerza. Se puso en pie cortésmente para saludarles.

North era un hombre fornido, de rostro duro y grandes papadas grasientas. Morgan era calvo, físicamente desdeñable; pero sus ojos brillaban como brasas bajo la frente alta. Se miraron el uno al otro al entrar, y después acusadoramente a Mandelbaum. North formuló gruñendo la pregunta mutua:

—¿A quién se le ha ocurrido hacernos entrar al mismo tiempo? Yo quería verle en privado.

—Lo siento —repuso Mandelbaum insinceramente—. Debe de haber sido una confusión. Bueno, ¿quieren sentarse ahí unos minutos? Quizá podamos ultimar esto juntos de algún modo.

—No puede haber «de algún modo» en esto saltó Morgan—. Yo y mis seguidores estamos ya hartos de ver que este Gobierno ignora los evidentes principios del dinapsiquismo. Se lo advierto: a menos que reconozca pronto con líneas comprensivas...

North lo echó a un lado y se volvió hacia Mandelbaum.

—Oiga: hay cerca de un centenar de barcos inactivos en el puerto de Nueva York, en tanto que en la costa Este y en Europa están pidiendo a gritos transporte. Mis muchachos están ya hartos de que su voz no sea escuchada.

—No hemos tenido muchas noticias de Europa últimamente —dijo Mandelbaum en tono de excusa—. Y las cosas están demasiado revueltas todavía para poder intentar siquiera el tráfico costero. ¿Qué se iba a transportar? ¿Dónde encontraríamos combustible para esos barcos? Lo siento mucho, pero...

Mentalmente prosiguió diciendo: «La verdadera dificultad está en que ahora los maleantes de su banda no tienen un puerto de que vivir.»

—Si todo proviene de una ciega testarudez —declaró Morgan—, como yo he demostrado de modo concluyente, una integración social según los principios psicológicos que he descubierto eliminaría...

«Y tu dificultad está, que quieres mandar y que hay demasiadas gentes que buscan aún una panacea, una respuesta final —pensó Mandelbaum fríamente—. Tienes aspecto intelectual, así que ellos se creen que lo eres; cierta clase necesita aún un hombre en un caballo blanco, pero lo prefieren con un libro de texto bajo el brazo. Tú y Lenin!»

—Dispénsenme —dijo en voz alta—. ¿Qué propone usted que se haga, señor North?

—Nueva York comenzó siendo un puerto y lo será nuevamente dentro de poco tiempo. Esta vez queremos que los obreros que lo hacen funcionar obtengan una justa participación en el Gobierno.

«En otras palabras: usted también desea ser un dictador», se dijo. Y en voz alta, premeditadamente:

—Puede haber algo cierto en lo que ustedes dicen. Pero no podemos hacer todo en seguida, compréndanlo. Me parece, sin embargo, que como ustedes, señores, opinan igualmente muchas ramas paralelas. ¿Por qué no se reúnen y presentan un frente unido? Entonces me resultaría muchísimo más fácil el presentar sus proposiciones al Consejo.

Las pálidas mejillas de Morgan se sonrojaron:

—Con una colección de sudorosas máquinas humanas...

Los grandes puños de North se cerraron:

—Cuide su lenguaje, amiguito.

—Pero vamos a ver —dijo Mandelbaum—. Los dos desean un gobierno mejor integrado, ¿no es así? A mí me parece que…

«¡Humm!» El mismo pensamiento brilló en los ojos de los dos. Había sido espantosamente fácil plantear aquello. «Juntos quizá pudiéramos…, y luego yo me desharía de él…»

Hubo alguna discusión, pero terminó con North y Morgan marchando juntos. Mandelbaum pudo casi leer su desprecio hacia él: ¿no había oído decir nunca «divide y vencerás»?

Sintió una ligera sensación de tristeza. Hasta ahora las gentes no habían cambiado realmente mucho. El soñador de mirada de loco construía simplemente castillos en las nubes; el *racketeer* fornido no tenía ni palabras, ni ideas, ni conceptos que disimularan su propio lenguaje de codicia.

Aquello no duraría. Dentro de unos meses no habría ya ni Norths ni Morgans. El cambio en ellos y en toda la humanidad destruiría su mezquindad. Pero entre tanto eran animales peligrosos y había que saber tratarlos.

Tendió la mano hacia el teléfono y llamó por la red que funcionaba para él solo.

—Hola, Bowers. ¿Cómo va? Mire, he tenido al dinapsiquista y al jefe de los racketeers juntos. Probablemente van a planear una especie de Frente Popular, con el propósito de obtener puestos en el Consejo y luego apoderarse de todo por la fuerza…, una revolución palatina, un *coup d'état*, o como quiera llamarlo… Sí, ponga sobre aviso a nuestros agentes en ambas partes. Necesitaré informes completos. Luego utilizaremos a esos agentes para hacer que se estrellen el uno contra el otro… Sí, es la alianza más inestable que he conocido. Al primer empujón enterrarán el hacha de paz en la cabeza del otro. Luego, cuando la milicia haya limpiado lo que quede de la guerra de sectas, podremos iniciar nuestra campaña en favor del sentido común… Será una época de dificultades, pero podremos superarla.

Al dejar el auricular le invadió un antiguo sentimiento de culpa. Su rostro se contrajo unos instantes. Acababa de condenar a muerte a varias docenas de personas, la mayor parte de las cuales eran simplemente gentes desconcertadas y mal dirigidas. Pero no podía evitarse. Tenía que salvar la vida y la libertad de varios millones de seres humanos, y el precio no era exorbitante.

Incómodo se sienta el trasero que soporta al jefe —murmuró, mirando a la lista de las visitas fijadas de antemano.

Faltaba una hora todavía para que llegara el representante de Albany. Iba a ser una de las entrevistas más difíciles. La ciudad estaba quebrantando cada día las leyes del Estado y de la nación —tenía que hacerlo—, y el gobernador estaba ofendido. Quería que todo el Estado volviera a su autoridad. No era un deseo irrazonable, pero no había llegado el momento, y cuando lo fuera, las antiguas formas de gobierno no serían ya más importantes que las diferencias entre Homousian y Homoiousian. Pero iba a exigir una buena cantidad de argumentos el convencer de eso al de Albany.

Entre tanto, sin embargo, tenía una hora libre. Durante una fracción de segundo dudó entre elaborar un nuevo sistema de racionalización o planear cómo extender la ley y el orden en la parte exterior de Jersey. Luego abandonó ambos pensamientos al llegar el último informe sobre la situación de las reservas de agua.

Había una penumbra en el laboratorio que hacía destacar la luz pulsátil del corazón de la máquina más brillante, fantásticamente azul e inquieta, entre las bobinas y las esferas impasibles de los contadores. El rostro de Grunewald era cadavérico cuando se inclinó sobre el aparato.

—Bueno, esto parece ser así.

Dio un golpecito al conmutador principal y el zumbido de la electricidad se detuvo y la luz se extinguió. Por un momento permaneció pensativo mirando las ratas anestesiadas dentro de las bobinas. Alambres como cabellos corrían desde sus cuerpos afeitados a los contadores, ante los cuales estaban Johansson y Lewis.

Este último asintió con un gesto.

—Nuevo salto del promedio neural —tocó las esferas del osciloscopio con especial cuidado—. Y precisamente según la curva aproximada que predijimos. Han generado perfectamente un campo inhibidor.

Habría que hacer otros tests, estudios detallados, pero eso podía dejarse a los auxiliares. El problema principal quedaba resuelto.

Grunewald introdujo sus manos recias, pero extrañamente delicadas, y sacó la rata, empezando a extraer las sondas.

—Pobre animalito —murmuro—. Me pregunto si le habremos hecho un favor.

Corinth, sentado sobre un taburete, encorvado y taciturno, alzó la vista con viveza.

—¿Para qué puede servirle la inteligencia? —prosiguió Grunewald—. Ella solo hará que se percate del horror de su propia situación. ¿De qué nos sirve a ninguno de nosotros, en efecto?

—¿Querrías volver atrás? —preguntó Corinth.

—Si —la cuadrada y rubicunda cara de Grunewald mostraba una repentina desconfianza—. Sí, lo quisiera. No es bueno pensar tanto o demasiado claramente.

—Quizá —susurró Corinth— hayas conseguido allí algo. La nueva civilización, no meramente su tecnología, sino todo su sistema de valoración, todos sus sueños y esperanzas, habrán de ser construidos de nuevo, y eso llevará generaciones. Ahora somos salvajes, con toda la desnudez de la existencia salvaje. La ciencia no es todo en la vida.

—No —dijo Lewis—. Pero los científicos, como los artistas de cualquier género, me figuro..., deben en general mantener su

sensatez a través del cambio, pues tienen una finalidad en la vida que cumplir; algo que está fuera de ellos y a lo cual pueden dar todo cuanto tienen —su rostro rollizo resplandeció con una sonrisa felina—. Además, Pete, como sensualista inveterado estoy muy contento con las nuevas posibilidades. El arte y la música, con los cuales solíamos deleitarnos, han desaparecido, sí. Pero no por ello dejamos de apreciar el buen vino y la buena cocina. En efecto, mi percepción se ha elevado y hay matices que antes no sospechaba.

Había sido una conversación extraña, una de aquellas conversaciones de pocas palabras, muchos gestos y expresiones faciales adicionados a una discusión simultánea de problemas técnicos.

—Bueno —comentó Johansson—, tenemos nuestro campo inhibidor. Ahora les corresponde a ustedes los neurólogos estudiarle en detalle y descubrir simplemente lo que podemos esperar que le ocurra a la vida sobre la Tierra.

—¡Hum! —replicó Lewis—. No estoy trabajando ahora en eso, salvo como un mirón que no juega. Bronzini y McAndrews pueden atenderlo. Yo me voy a encerrar en el departamento psicológico, que no solo es más interesante, sino de una importancia práctica más inmediata. Me ocuparé del aspecto neurológico-cibernético de su trabajo.

—Nuestra antigua psicología es casi inútil —asintió Corinth—. Hemos cambiado demasiado para comprender nuestras propias motivaciones. ¿Por qué estoy invirtiendo la mayor parte de mi tiempo aquí, cuando debiera estar en casa ayudando a Sheila a afrontar su adaptación? Simplemente no puedo impedírmelo a mí mismo; tengo que explorar el nuevo campo, pero... Para empezar de nuevo sobre una base racional tendremos que saber algo acerca de la dinámica del hombre... Y por lo que a mí se refiere, tengo que dejar también esa perspectiva halagadora. Ahora que hemos logrado realmente generar un campo, Rossman quiere que trabaje en el proyecto del navío espacial en cuanto él pueda tenerlo organizado.

—Navegación espacial..., viajar más de prisa que la luz, ¿eh?

—Así es. El fundamento es el empleo de un aspecto de la mecánica ondulatoria, insospechado antes del cambio. Generaremos una onda psi que... No importa. Ya se lo explicaré cuando hayan conseguido aprender análisis tensorial y álgebra de matrices. Estoy colaborando con otros de aquí a fin de trazar los planos para el aparato, mientras esperamos los hombres y el material para empezar a construirlo. Estaremos en condiciones de ir a cualquier

parte de la galaxia una vez que tengamos el navío.

Los dos cabos se juntaban.

—Huyendo de nosotros mismos —dijo Grunewald—. Huyendo dentro del espacio mismo para escapar.

Por un momento los cuatro hombres quedaron silenciosos, pensativos.

Corinth se puso en pie.

—Me voy a casa —dijo roncamente.

Su mente era un laberinto de cadenas de pensamientos que se entretejían cuando bajaba por la escalera. Pensaba sobre todo en Sheila, pero algo le hablaba también en voz baja de Helga, y había un raudal de diagramas y ecuaciones, una visión de una fría inmensidad a través de la cual la Tierra iba girando como una mota de polvo. Una parte de sí mismo singularmente disociada estaba estudiando fríamente aquella red de pensamientos para poder aprender cómo funcionaba y habituarse a manejar sus propias potencialidades—

Lenguaje: Los que trabajaban en el Instituto y se conocían mutuamente estaban creando involuntariamente una nueva serie de símbolos de comunicación. Algo sutil y potente en lo cual cada gesto tenía un significado y donde la rápida mente del que escuchaba, sin esfuerzo consciente, llenaba los huecos y captaba su sentido en diversos planos. Era demasiado eficiente para manifestar abiertamente su ser íntimo. El hombre del futuro preferirá ir desnudo, tanto de alma como de cuerpo, y Corinth no estaba seguro de que le gustara esa perspectiva.

Pero luego estaba Sheila y él mismo. Su mutua comprensión hacía que su conversación fuera ininteligible para los ajenos. Y había un millar, un millón de grupos por todo el mundo que creaban sus propios dialectos sobre la base de pasadas experiencias, que no habían sido compartidas por toda la humanidad. Un lenguaje apto para todo el mundo tenía que ser inventado.

¿Telepatía? Ya no podía haber ninguna duda de que existía, en algunas personas al menos. La percepción extrasensorial tenía que ser investigada cuando las cosas se apaciguaran. ¡Había tanto que hacer y era la vida tan terriblemente corta!

Corinth se estremeció. Se suponía que el temor a la extinción personal era una reacción de adolescente; pero en cierto sentido todos los hombres eran una vez más adolescentes, en un nuevo plano; no, más bien que niños, criaturas recién nacidas.

Bueno, sin duda los biólogos, en los años venideros, encontrarían el medio de ampliar la duración de la vida,

prolongándola quizá por siglos. Pero ¿era esto deseable en último término?

Salió a la calle y localizó el automóvil que Rossman le había proporcionado. «Al menos —pensó con un gesto de hastío al entrar en él— el problema del aparcado ha quedado resuelto. Ya no habrá tráfico como el que había antes.»

En realidad no habría tampoco Nueva York. Las grandes ciudades no tenían verdaderamente justificación económica. Procedía de una pequeña ciudad y había amado siempre las montañas, los bosques y el mar. Sin embargo, había algo en torno de aquella ciudad vocinglera, frenética, superpoblada, dura, inhumana, magnífica, cuya ausencia dejaría un vacío en el mundo futuro.

Era una noche calurosa, la camisa se pegaba al cuerpo y el aire parecía denso. Sobre su cabeza, entre los edificios en tinieblas y los anuncios de neón apagados, los relámpagos de calor relumbraban pálidamente, y toda la tierra anhelaba la lluvia. Sus faros segaban como una guadaña las tinieblas pegajosas.

Había más coches que en la semana anterior. La ciudad estaba a punto de quedar domada. La guerra de clanes entre los portuarios y los dinapsicologistas, liquidada hacía dos semanas, parecía haber sido la última llamarada de la violencia. Las raciones eran aún escasas, pero las gentes habían reanudado sus trabajos nuevamente y vivirían todos.

Corinth se detuvo en el espacio para aparcar que había tras sus apartamentos y fue dando la vuelta hacia la parte de delante de estos. Las autoridades que racionaban la energía permitieron últimamente a este edificio reanudar el servicio de ascensores, lo cual era una merced. Le había molestado muchísimo trepar quince tramos de escalones en los días que la electricidad estaba escasa.

«Espero...» Estaba pensando en Sheila, pero dejó el pensamiento inconcluso. Se había ido quedando delgada la pobre criatura; no dormía bien y algunas veces despertaba con un grito sofocado en la garganta y buscándolo a tientas. Corinth hubiera deseado que su trabajo no lo alejara de ella Necesitaba desesperadamente su compañía. Acaso pudiera encontrarle algún trabajo a fin de llenar su tiempo.

Cuando llegó a su piso, el vestíbulo estaba casi a oscuras, salvo una vaga luminosidad nocturna, pero bajo la puerta de su apartamento fluía la claridad. Echando un vistazo al reloj vio que era más tarde de la hora a la cual Sheila habitualmente se acostaba.

Quiso abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave, y entonces

llamó. Le pareció oír dentro un grito sofocado y llamó más fuerte. Ella abrió la puerta con tal violencia que él casi cayó dentro.

—¡Pete, Pete, Pete!

Se estrechaba contra él estremecida. Al abrazarla notó lo próximas que estaban sus delicadas costillas a la piel. La luz cruda de la lámpara llenaba la habitación y en los cabellos de ella resultaba extrañamente sin brillo. Cuando Sheila alzó el rostro vio que estaba humedecido.

—¿Qué ocurre ? —preguntó.

Hablaba en voz alta, a la manera antigua, y su voz se hizo de pronto temblorosa.

—Los nervios —le hizo entrar y cerró la puerta. Con la camisa de dormir y el albornoz parecía patéticamente joven, pero en sus ojos había algo antiguo.

—La noche está calurosa para usar esa ropa.

—Tengo frío —sus labios temblaban.

Los de él se contrajeron en una dura línea, y sentándose en una butaca la atrajo a su regazo. Ella le echó los brazos, estrechándolo contra sí, y él sintió cómo el cuerpo de ella temblaba.

—Esto no está bien —dijo él—. Es el ataque peor que has tenido.

—No sé lo que habría hecho si hubieras tardado un poco más en venir —dijo sin ninguna flexión en la voz.

Empezaron a hablar entonces en la nueva lengua de palabras, gestos, sonidos, silenciosos y recuerdos compartidos que les era peculiar.

—He estado pensando demasiado —le dijo ella—. Todos pensamos demasiado en estos días.

(«¡Ayúdame, querido mío! Me voy hundiendo en las sombras y solo tú puedes salvarme».)

—Tienes que habituarte a esto —repuso él sordamente.

(«¿Cómo puedo ayudarte? Mis manos se tienden hacia ti y se cierran en el vacío».)

—Tú tienes fuerza.. —exclamó ella—. Dámela! («Pesadillas cada vez que trato de dormir. Al despertar veo al mundo y al hombre como una llamita vacilante en medio del frío y de la nada: vacío hasta el límite y para siempre. No puedo soportar esa visión».)

Hastío, desesperación.

—Yo no soy fuerte —dijo él—. Simplemente me mantengo en marcha como puedo. Así debes hacerlo tú.

—Estréchame más, Pete, «imagen paterna», estréchame más —murmuró ella.

Uniéndose a él como si fuera un escudo contra las tinieblas

exteriores y la negrura interior de las cosas que se alzaban en ella:

—¡No me dejes! Sheila —dijo.

(«Amada, esposa, amante, camarada.»)

—Sheila, tienes que sostenerte. Todo eso es solo un creciente poder de pensamiento…, de visualización, para manejar los datos y los sueños que tú misma has creado. Nada mas.

—Pero ¡me está cambiando! —el horror a la muerte estaba ahora en ella. Se debatía contra él ansiosamente—. ¿Dónde han ido a parar nuestros mundos? ¿Dónde están nuestras esperanzas y nuestros planes juntos?

—No podemos hacer que vuelvan —replicó él. Vacío, irreversibilidad—. Tenemos que suplirlos con lo que tenemos ahora.

—Lo sé, lo sé…, ¡y no puedo! —por sus mejillas brillaban las lágrimas—. ¡Ah Pete, estoy llorando ahora más por ti («Acaso ni siquiera pueda seguir amándote».) que por mí.

El trató de permanecer sereno.

—Alejarse demasiado de la realidad es la locura. Si te volvieras loca…, imposibilidad de pensar.

—Lo sé, lo sé —decía ella—. Lo sé demasiado bien, Pete. Estréchame fuerte.

—Pero no te impedirá eso que sepas…

Lo dijo preguntándose si los ingenieros podrían ser capaces de descubrir el sitio donde se quiebran las fuerzas del espíritu humano. Se sentía a punto de rendirse.

11

En una templada noche a fines de septiembre, Mandelbaum se hallaba sentado junto a la ventana con Rossman, cambiando entre ambos unas cuantas palabras en voz baja. La habitación, sin alumbrado, estaba plena de noche. Allá, muy abajo, Manhattan relucía con puntos luminosos; no con los frenéticos destellos y resplandores de los primeros días, sino con la luz de millones de hogares. Sobre sus cabezas una tenue luminosidad azulada a través del firmamento, parpadeante y relumbrante hasta el límite de la visibilidad. El Empire State Building estaba rematado con una esfera ardiente, como si un pequeño sol hubiera venido a posarse allí, y en el aire errabundo había una leve comezón por el ozono. Los dos hombres estaban sentados tranquilamente fumando el tabaco que nuevamente se había tornado asequible. La pipa de Mandelbaum y el cigarrillo de Rossman brillaban como dos ojos rojizos en la penumbra de la habitación. Estaban esperando la muerte.

—Esposa —dijo Rossman con un dejo de amable reproche.

Lo que podría ser traducido por: «No veo por qué no quiere decirle esto a su esposa y estar con ella esta noche. Puede ser la última noche de sus vidas.»

—Trabajo, ciudad, tiempo —y la contracción de hombres de épocas inmemoriales y el tono de voz anhelante: («Los dos tenemos que hacer nuestro trabajo. Ella en el centro de socorro y yo aquí en el centro eje de la defensa. No se lo hemos dicho a la ciudad tampoco, ni usted, ni yo, ni los pocos que lo saben.») Es mejor no hacerlo, ¿eh? «No hubiéramos podido evacuarlos, ni había habido ningún sitio donde trasladarlos, y el hecho de haberlo intentado hubiese equivalido a revelar un secreto al enemigo; una invitación a que mandara sus cohetes inmediatamente. ¿Podremos o no salvar a la ciudad? De momento, nadie puede hacer nada sino esperar y ver si las defensas funcionan.» («No te preocupes, amada mía. Ella estará preocupada por mí, por los niños y por los nietos. No, ocurra lo que ocurra. Desearía que pudiéramos estar juntos ahora Sarah, yo y toda la familia...»)

Mandelbaum atacó la pipa con el pulgar encallecido.

(«Los de Brookhaven creen que el campo detendrá la explosión y la radiación —sobreentendía Rossman—. Les hemos tenido trabajando secretamente durante el mes pasado o más, previendo el ataque. Las ciudades que creemos serán atacadas están ahora protegidas..., lo esperamos. Pero es problemático. Desearía no tener que hacerlo de ese modo.»)

—Pero ¿de cuál otro? («Sabemos por nuestros espías y nuestras deducciones: Primero, que los soviets han perfeccionado sus cohetes intercontinentales; segundo, que están desesperados. Revolución interior y armas y ayuda aportada clandestinamente a los insurgentes desde América. Harán un intento a vida o muerte de barrernos y creemos que el ataque está señalado para esta noche. Pero si fracasa quedarán indefensos. El diseño y la construcción de esos cohetes ha exigido todas las reservas que les quedaban.») Dejemos que se agoten luchando contra nosotros, en tanto que los rebeldes ocupan su propio país. La dictadura terminará así.

—Pero ¿qué la reemplazará?

—No lo sé. Cuando vengan los cohetes me parece que eso serán las últimas boqueadas del hombre animal. ¿No llamó usted en cierta ocasión al siglo veinte la Era de los Malos Modales? Éramos estúpidos antes…, increíblemente estúpidos! Pero ahora todo eso ha desaparecido.

—Sin dejar… nada.

Rossman encendió otro cigarrillo y apagó el primero. La breve y rojiza claridad hizo destacar en alto relieve su rostro de delicada osamenta contra la oscuridad.

—¡Ah, sí! —prosiguió—; el futuro no va a parecerse en nada al pasado. Presumiblemente habrá todavía sociedad o sociedades. Pero no serán del mismo género que esas que conocimos antes. Acaso sean puramente abstractas, cosas mentales, intercambiables e interactuantes en el plano simbólico. No obstante, habrá sociedades mejor o peor desarrolladas, y creo que las peores serán las que prosperen.

—¡Hum! —Mandelbaum aspiró con fuerza su pipa—. Aparte del hecho de que tenemos que empezar desde el principio y que estamos así destinados a cometer errores, ¿por qué ha de ser así necesariamente? Temo que sea usted pesimista por temperamento.

—Sin duda. Nací en una época tranquila que vi morir entre sangre y locura. Pero aún antes de mil novecientos catorce podía verse que el mundo se desmoronaba. Eso haría de cualquiera un pesimista. Creo verdad lo que digo. Porque el hombre, en efecto, ha sido repelido hacia atrás, al más extremo salvajismo. Pero no, no es eso tampoco; el salvaje tiene su propio sistema de vida. El hombre ha vuelto al plano animal.

Con un gesto amplio Mandelbaum señaló hacia la arrogancia gigantesca de la ciudad.

—¿Es esto animal?

—Las hormigas y los castores son buenos ingenieros —(«O lo

eran. Me pregunto qué estarán haciendo ahora los castores»)—. Los artefactos materiales no cuentan en realidad mucho. Solo son posibles por el fondo social de conocimientos, tradición, deseo; son síntomas, no causas. Y hemos sido despojados de todo nuestro fondo. ¡Ah!, no hemos olvidado nada, no. Pero ya no tiene validez para nosotros, salvo como un instrumento para las actividades puramente animales de supervivencia y comodidad. Piense en su propia vida. ¿Qué utilidad le ve ahora? ¿Qué representan sus esfuerzos del pasado? ¡Ridiculeces! ¿Puede leerse ahora algo de la gran literatura con agrado? ¿Representan algo para usted las artes? La civilización del pasado con sus ciencias, arte y creencias y significados es tan inadecuada para nosotros que sería lo mismo si no hubiera existido. Ya no tenemos civilización alguna. No tenemos metas, sueños o trabajo creador. ¡No tenemos nada!

—¡Ah!, respecto a eso, no sé —dijo Mandelbaum con un dejo de burla—. Yo tengo bastante trabajo por hacer para salir adelante, al menos durante varios años. Tenemos que lograr que las cosas se pongan en marcha sobre bases de amplitud mundial en economía, política, atención médica, control de la población y conservación. Es una tarea que causa vértigo.

—Pero después, ¿qué? —insistió Rossman—. ¿Qué haremos luego? ¿Qué hará la generación inmediata y todas las generaciones por venir?

—Encontrarán algo que hacer.

—Me gustaría saberlo. El propósito de edificar un mundo futuro estable, aunque difícil y exige una razón hercúlea, es posible. Nosotros nos damos cuenta de ello: será solo cuestión de años. Pero luego, ¿qué? En el mejor caso, el hombre puede sentarse cómodamente y embotarse en una anodina pretensión. Un género de vida horriblemente vacío.

—La ciencia…

—¡Ah, sí!, los científicos tendrán campo de acción durante algún tiempo. Pero la mayoría de los físicos con quienes he hablado últimamente sospechan que el alcance de la ciencia tiene límites. Creen que la diversidad de las leyes naturales que pueden descubrirse y de los fenómenos ha de ser finita, pudiendo resumirse en una teoría unificada…, y que no estamos lejos de esa teoría actualmente. No es una de esas proposiciones que puede ser demostrada con certeza, pero parece probable.

—Y en ningún caso podremos ser todos científicos.

Mandelbaum miró hacia las tinieblas. «Qué tranquila está la noche», pensó. Arrancando su mente del recuerdo visual de Sarah y

de los niños, dijo:

—¿Y respecto a las artes? Tenemos que desarrollar toda una nueva pintura y escultura. Nueva música, literatura y arquitectura..., ¡y formas que no han sido imaginadas nunca antes!

—Si conseguimos el género justo de sociedad («El arte, a través de toda la historia, ha tenido una terrible tendencia a decaer o petrificarse en meras imitaciones del pasado. Parece que va a exigir más esfuerzo el resucitarlo. Y tampoco, amigo mío, podemos ser todos artistas.»)

—¿No? («Me pregunto si cada hombre no puede ser artista, científico, filósofo y...»)

—Se necesitarán todavía dirigentes y estímulos y un símbolo mundial. («Esto es el vacío fundamental que hay actualmente en nosotros: no hemos encontrado un símbolo. No tenemos ni mitos ni sueños. "El hombre es la medida de todas las cosas"..., bien. Pero cuando la medida es mayor que todas las otras cosas, ¿para qué sirve?»)

—Somos todavía bien poca cosa —Mandelbaum hizo un ademán hacia la ventana y el azulado cielo resplandeciente. («Hay todo un mundo ahí fuera esperándonos.»)

—Creo que tiene usted el comienzo de una respuesta— dijo Rossman lentamente. («La tierra se ha vuelto demasiado pequeña, pero el espacio astronómico..., ¿puede aceptar el desafío de alojar e! sueño que necesitamos? No lo sé. Todo cuanto se es que será mejor que encontremos ese sueño.»)

Hubo leve zumbido en el aparato de telecomunicación situado junto a Mandelbaum. Lo tomó y accionó el conmutador. Tuvo una repentina sensación de cansancio. Debiera estar tenso, a punto de saltar de excitación, pero solo se sentía fatigado y vacío.

El aparato tintineó unas cuantas señales: «Robot estación espacial informa lanzamiento cohetes desde Urales. Cuatro destinados a Nueva York dentro de unos diez minutos.»

—Diez minutos. —Rossman silbaba—. Deben de tener impulsión atómica.

—Sin duda. —Mandelbaum marcó el número del Centro Protector del Empire State Building—. Preparen sus mecanismos, muchachos —dijo—. Llegarán dentro de diez minutos.

—¿Cuántos?

—Cuatro. Ellos calculan que nosotros detengamos al menos tres, así que deben de ser unos animales poderosos. Con cabezas de guerra hidrógenolithium, me figuro.

—Conque cuatro, ¿eh? Muy bien, jefe. Que le vaya bien.

—¿Que le vaya bien?— Mandelbaum sonrió con sonrisa torcida.

A la ciudad se le había dicho que el proyecto era una experiencia de iluminación. Pero cuando la azulosidad se fortaleció hasta convertirse en un resplandor regular, como un techo de luz, y las sirenas empezaron a ulular, todo el mundo debió adivinar la verdad. Mandelbaum pensó en los maridos abrazando a sus esposas e hijos, y se preguntó qué otra cosa podía hacerse. «¿Rezar? No era probable. De haber una religión en el futuro, no sería el animismo que había bastado paro los años ciegos. ¿Exaltación en la batalla? No esa era otra alegría que estaba descartada. ¿Pánico salvaje? Puede que un poco de esto.»

«Rossman había visto, al menos, una buena parte de la verdad —pensó Mandelbaum—. No había nada que pudiese hacer el hombre, en esta hora del juicio final, sino gritar de terror o echarse sobre aquellos que ame para tratar de protegerles con su carne miserable. Nadie podía creer honradamente que estaba muriendo por algo digno. Si alzaba el puño contra el cielo, no era por cólera contra el mal; era por simple reflejo.»

«Vacío… Sí —pensó—. Creo que necesitaremos nuevos símbolos.»

Rossman se levantó, marchando por la oscuridad hacia un armarito, del cual sacó una botella.

—Es un borgoña del cuarenta y dos que he estado guardando —dijo. («¿Quiere beber conmigo?»)

—Encantado —repuso Mandelbaum.

No le gustaba el vino, pero tenía que ayudar a su amigo. Rossman no estaba asustado. Era viejo y estaba harto de vivir, pero había algo que anhelaba perdidamente: desaparecer como un caballero; bueno, eso era un símbolo de su clase.

Rossman escanció el vino en vasos de cristal y tendió uno a Mandelbaum con solemne cortesía.

Chocaron los vasos y bebieron. Rossman se sentó de nuevo, paladeando la bebida.

—Bebimos borgoña el día de mi boda —dijo.

—¡Ah!, bueno, no hay que llorar por esto —replicó Mandelbaum —. La pantalla protectora resistirá. Es del mismo género que la fuerza que mantiene en cohesión el núcleo atómico…, no es nada extraño en el universo.

—Estoy brindando, hombre animal —dijo Rossman. («Tiene razón; estas son sus últimas boqueadas. Pero era en muchos aspectos una noble criatura.»)

—Sí —dijo Mandelbaum. («Ha inventado las armas más

ingeniosas.»)

—Esos cohetes... («Representan algo. Son cosas bellas, como sabe, limpias y brillantes, construidas con extremada honradez. Ha exigido muchos siglos de paciencia llegar al punto en el cual podrían ser forjados. La circunstancia de que transporten la muerte para nosotros es incidental.»)

(«No estoy de acuerdo.») Mandelbaum rió entre dientes, un minúsculo y triste son en medio de la gran tranquilidad circundante.

Había un reloj con esfera luminosa en el aposento. Sus manecillas habían girado trazando un círculo perezosamente una vez, dos veces, tres veces. El Empire State era un pilón de oscuridad destacando contra el arco azul oscuro del cielo. Mandelbaum y Rossman bebían perdidos en sus propios pensamientos.

Hubo un resplandor como el del relámpago por todo el firmamento. El cielo fue de pronto un cuenco incandescente. Mandelbaum se cubrió los ojos deslumbrado, dejando que el vaso cayera al suelo y se rompiese. Sintió la radiación en su piel como un rayo de sol, parpadeó una y otra vez. La ciudad rugía con el trueno.

—... dos, tres, cuatro.

Después hubo otro silencio, en el cual los ecos se estremecieron y resonaron entre las altas paredes. El viento suspiraba por las calles vacías y los grandes edificios volvieron retemblando a quedar en reposo.

—Suficientemente bueno— dijo Mandelbaum.

No experimentaba ninguna emoción particular. La pantalla protectora había funcionado, la ciudad vivía. Muy bien; podía seguir con su tarea. Telefoneó al Ayuntamiento.

—Oiga. ¿Todo bien allí? Mire, tendremos que hacer algo. Dominar todo el pánico y...

Con el rabillo del ojo vio a Rossman sentado tranquilamente, con el vaso sin terminar, en el brazo del sillón.

Corinth, suspirando, alejó de sí el trabajo. Al atardecer, los rumores de la ciudad llegaban apagados a través de la ventana que había quedado abierta al frescor de octubre. Se estremeció levemente; sacó a tientas un cigarrillo y se puso a fumar.

«Navíos espaciales —pensó con tedio—. Allá, en Brookhaven, estaban construyendo el primero de la flota.»

Lo que le faltaba a él para terminar el proyecto era el cálculo de las resistencias nucleares bajo la acción del campo impulsor, una tarea de cierta complejidad, pero no de tal importancia que los obreros no pudiesen seguir adelante en la construcción hasta que él terminara. Había estado allí, precisamente, aquel día viendo tomar forma al casco, y su ente profesional había encontrado un frío gozo en la encantadora perfección. Cada una de las partes de la nave, el motor, la armadura, las puertas y los orificios de visión y los controles eran una obra maestra de ingeniería, de precisión tal como en la Tierra no se había visto hasta ahora. Era grato tomar parte en aquel trabajo.

Solo que...

Maldijo por lo bajo y, restregando el cigarrillo en el cenicero repleto, se puso en pie. Aquella iba a ser una de sus malas noches; necesitaba a Helga.

El Instituto resonaba fragosamente cuando bajaba por los vestíbulos que le eran tan conocidos. Ahora se estaba trabajando con un horario de veinticuatro horas, y un millar de mentes liberadas se dilataban hacia un horizonte que de pronto explotaría más allá de toda imaginación. Envidiaba a los técnicos jóvenes. El, a los treinta y tres, se sentía viejo.

Helga había vuelto a tomar la dirección aquí; en su nueva base de trabajo; era tarea para todo el día de un adulto normal y ella tenía la experiencia y el deseo de ser útil. El pensó que trabajaba demasiado, y se dio cuenta, con mudo reproche, de que aquello era en gran medida por su culpa. No se iba nunca hasta que él salía, porque a veces necesitaba hablar con ella. Esta iba a ser una de aquellas ocasiones.

Llamó. La voz tersa del anunciador dijo «Entre», y no dejó de notar la ansiedad del tono con que ella lo dijo, ni el repentino relumbre en sus ojos cuando él entró.

—¿Quieres venir a comer conmigo? —la invitó.

Ella enarcó las cejas, y él explicó, apresuradamente:

—Sheila está con la señora Mandelbaum esta noche. Ella...,

Sarah, es bondadosa con mi mujer; ha logrado un género de sensatez propio de una mujer sencilla, que un hombre no puede tener. Estoy libre…

—Sin duda —Helga empezó a arreglar sus papeles y a guardarlos bien apilados. Su oficina estaba siempre limpia y era impersonal. Una máquina podía haber sido su ocupante—. ¿Conoces algún sitio.

—Ya sabes que en estos tiempos salgo poco.

—Bueno, probaremos en Rogers; es un nuevo club nocturno para los hombres nuevos —su sonrisa era un poco amarga—. Al menos tienen alimentos decorosos.

Corinth entró al pequeño cuarto de baño anexo, tratando de arreglar sus ropas y cabellos descuidados. Cuando salió, Helga estaba preparada. Por un momento la miró, percibiendo cada detalle con una perfección fulgurante, inconcebible en los años pasados. No podían ocultarse nada el uno al otro; ella, con su característica honradez, y él, con un pesado y agradecido cansancio, habían intentado separarse. Pero él necesitaba a alguien que le comprendiera y que fuese más fuerte, alguien a quien hablar y de donde sacar fuerzas. Pensó que ella era la única en dar y él el único en recibir, pero dejarla no era una relación que pudiera permitirse.

Ella se asió de su brazo y salieron a la calle El aire penetró fino y cortante en sus pulmones, con olor de otoño y de mar. Unas cuantas hojas muertas giraban por la acera ante ellos; ya había llegado la escarcha.

—Vamos andando —dijo ella, sabiendo las preferencia de él—. No está lejos.

El asintió con un gesto y marcharon por las calles casi vacías. La noche se alzaba gigantesca sobre los focos de la calle, y los acantilados de Manhattan eran montañosamente negros en torno de ellos. Solo pasaba algún raro transeúnte o coche. Corinth pensó que el cambio en Nueva York era un resumen de cuanto había ocurrido en el mundo.

—¿Cómo marcha el trabajo de Sheila? —preguntó Helga.

Corinth había obtenido una ocupación para su esposa en el centro de socorro, con la esperanza de que eso mejorase su estado moral. Se encogió de hombros sin responder. Era mejor alzar el rostro al viento que fluía finalmente entre las paredes oscuras. Ella se encerró en su silencio. Cuando él sintiera necesidad de comunicación, ella estaría allí.

Un modesto resplandor de neón anunciaba el café Rogers. Al entrar por la puerta encontraron una media luz azul fría y brillante,

como si el aire contuviera una luz transmutada. «Buen truco —pensó Corinth—; me pregunto cómo han hecho esto.» Y en un momento había deducido los nuevos principios de la fluorescencia en los cuales tenía que basarse. Acaso un ingeniero había optado de pronto por hacerse cabaretero.

Había mesas esparcidas y un tanto más separadas de lo que había sido costumbre en los tiempos antiguos. Corinth notó descuidadamente que estaban dispuestas en una espiral, lo cual, por término medio, reducía el número de pasos de los camareros desde el comedor a la cocina y al regreso. Pero había una máquina que iba rodando hasta las mesas sobre suaves ruedas de caucho y presentaba una tablilla y un estilo para que los clientes escribieran sus pedidos.

En el menú figuraban pocos platos de carne —había todavía escasez de alimentos—; pero Helga insistió en que la sopa suprema era deliciosa, y Corinth la ordenó para los dos. Habría un aperitivo también, por supuesto.

Chocaron los vasos por encima del blanco mantel. Los ojos de ella se posaban gravemente en los ojos de él, esperando.

—*Was hael.*

—*Drinc hael* —replicó ella. Y añadió, pensativa—: Temo que nuestros descendientes no comprendan en absoluto a sus antepasados. Toda la magnífica herencia bárbara será vociferación animal para ellos. ¿No es así? Cuando pienso en el futuro, a veces siento frío.

—¿Tú también? —murmuró él, sabiendo que ella se salía de su reserva solo porque eso hacía más fácil para él desahogarse.

Salió una pequeña orquesta. Reconoció Corinth en ella a tres que habían sido músicos famosos antes del cambio. Llevaban los instrumentos antiguos: los de cuerda, algunos de viento en madera y una trompeta. Pero había también algunos instrumentos nuevos. Bueno, hasta que las asociaciones filarmónicas no volvieran a formarse, si esto llegaba a ocurrir, era indudable que los artistas serios estarían contentos con poder tocar en un restaurante como aquel, donde tendrían un público más entendido que el habitual del pasado.

Los ojos de él recorrieron la clientela. Eran gentes de aspecto corriente; obreros de manos encallecidas al lado de empleados de espaldas cargadas y calvos profesores. La nueva desnudez había suprimido las distinciones de antaño, pues todo el mundo se arreglaba con lo que tenía. Había una cómoda falta de rigor en el vestir: camisas de cuello abierto, pantalones cortos, jerséis y, de

cuando en cuando, algún experimento extravagante. Las apariencias físicas externas contaban menos cada día.

No había director. Los músicos parecían tocar extemporáneamente, fluctuando sus melodías de aquí para allá en torno a una estructura tácita y sutil. Era una música de apariencia fría —hielo y verdor de mares nórdicos—, un ritmo complejo y apremiante fundamentando el suspirar de las cuerdas. Corinth se ensimismó en sí mismo durante un rato, tratando de analizarlo. De cuando en cuando una cuerda solía herir alguna oscura nota emocional dentro de él y sus dedos apretaban con fuerza el vaso de vino. Unas cuantas personas bailaban al son de aquella música, componiendo originales pasos de baile. Supuso él que en los antiguos tiempos se hubiera llamado a esto un revoltijo, pero era demasiado remoto e intelectual para calificarlo así. «Otro experimento», pensó. Toda la humanidad estaba experimentando, lanzándose a abrir caminos en un mundo que, súbitamente, había quedado sin horizontes.

Volvió hacia Helga para sorprender los ojos de ella posados en los suyos. Sentía el calor de la sangre en su rostro y trató de hablar de coses que no fueran peligrosas. Pero había demasiada comprensión entre ellos. Habían trabajado y observado juntos y ahora existía un lenguaje que les era propio. Cada mirada, cada gesto significaba algo, y el significado fluctuaba, yendo y viniendo, entrelazándose y rompiéndose, para encontrarse de nuevo. Era como hablar consigo mismo.

—¿Trabajo? —preguntó él en voz alta, y esto quería decir: (¿Cómo han ido sus tareas en estos últimos días?)

—Muy bien —reposo ella en tono sencillo. («Hemos llevado a efecto algo heroico, creo. La tarea más extraordinariamente valiosa de toda la historia, quizá. Pero, no sé por qué, no la aprecio gran cosa…»)

—Encantado de estar contigo esta noche —dijo él. («Te necesito. Necesito alguien en las horas sombrías.»)

(«He estado esperando siempre»), decían los ojos de ella.

«Un tema peligroso. Evitémoslo.»

El preguntó con viveza:

—¿Qué opinas de esta música? Parece como si estuvieran en camino de una forma apropiada para… el hombre moderno.

—Quizá sí —repuso ella, encogiéndose de hombros—. Pero me satisface más la de los antiguos maestros. Eran más humanos.

—Me pregunto, Helga, si todavía somos humanos.

—Sí —replicó ella—. Permaneceremos siempre siendo nosotros

mismos. Sabremos siempre lo que es el amor, el odio, el temor, la audacia, la y el sufrimiento.

—Pero ¿serán esas sensaciones del mismo género? —meditó él —. Lo dudo.

—Puede que tengas razón —dijo ella—. Está resultando muy difícil creer lo que quiero creer. Eso es.

El asintió con un gesto y ella sonrió un poco.

(«Sí, los dos lo sabemos, ¿no es así? Este y todos los mundos además.»)

El suspiró, cerrando los puños un momento.

—Algunas veces deseo... No. «Es a Sheila a quien amo.»

(«Demasiado tarde, ¿no es eso, Pete? —decían los ojos de ella—. Demasiado tarde para los dos.»)

—¿Bailas? —invitó él. («Vamos a olvidar.»)

—Desde luego. («¡Ah, encantada, encantada!»)

Se levantaron y salieron a la pista. El sintió la fortaleza de ella cuando puso su brazo en torno de su cintura, y era como si él absorbiera esa fuerza. «¿Imagen materna?», se burló mentalmente. Importaba poco. Ahora la música le estaba penetrando más de lleno; sentía su latido curiosamente en la sangre. La cabeza de Helga venía a quedar casi al mismo nivel que la suya, pero el rostro de ella quedaba oculto para él. No era un buen bailarín y dejaba que ella condujera, pero el placer del movimiento físicamente rítmico era más acentuado para él ahora que antes del cambio. Por un momento deseó ser un salvaje y expresar sus sentimiento danzando ante los dioses.

Pero no, era demasiado tarde para él. Ahora era el hijo de la civilización; había nacido demasiado viejo. Pero ¿qué hacer, entonces, cuando uno ve que su mujer se vuelve loca?

«¡Ah!, amor, ¿podemos tú y yo conspirar contra el Destino?» ¡Qué cosa tan infantil era aquella! Y, sin embargo, le había gustado en otro tiempo.

La música terminó y ellos volvieron a su mesa. Habían llegado los entremeses traídos por la máquina. Corinth acercó la silla a Helga, luego se sentó y comenzó a comer pensativamente. Cuando levantó la cabeza, ella le miraba de nuevo.

—¿Sheila? —preguntó. («No estaba bien estos días, ¿verdad?»)

—No. («Gracias por haber preguntado.») —Corinth hizo una mueca—. («Su trabajo le ayuda a llenar el tiempo, pero no lo hace muy bien. Cavila, ha empezado a ver visiones, y por las noches, sus sueños...»)

«¡Ah, mi queridísimo, tan atormentado! »

—Pero ¿por qué? («Tú y yo, la mayor parte de la gente, nos estamos adaptando ahora, ya no estamos nerviosos; yo había creído siempre que ella era más equilibrada que el término medio.»)

—La mente subconsciente de ella… («Corre alocada y no puede controlarla su consciencia; la preocupación por los síntomas solo hace que las cosas empeoren…») Ella, sencillamente, no está hecha para ese poder mental, no puede manejarlo.

Sus ojos se encontraron: «Algo perdido, de la antigua inocencia que todos atesoramos antaño nos ha sido arrancada, y hemos quedado desnudos ante nuestra propia soledad.»

Helga alzó la cabeza: («Tenemos que mirarlo cara a cara. Sea como fuere, hemos de seguir adelante.») Pero ¡qué soledad!

(«Estoy empezado a depender demasiado de ti. Nat y Félix están absortos en su trabajo. A Sheila ya no le quedan fuerzas; ha estado luchando consigo misma demasiado tiempo. Te has quedado solo y eso no es bueno para ti.»)

—(«No me importa.») «Es todo cuanto tengo ahora, cuando ya no puedo ocultarme de mí mismo.»

Sus manos se entrelazaron a través de la mesa. Luego, lentamente, Helga retiró la suya y movió la cabeza.

—¡Dios mío! —los puños de Corinth se cerraron.

(«Si pudiéramos, al menos, saber más de nosotros mismos! Si tuviéramos una psiquiatría eficaz!»)

(«Quizá la tengamos pronto. Se está estudiando.») Y acariciadoramente:

—¿Y cómo marcha tu propia tarea?

—Bastante bien, creo. («Tendremos las estrellas al alcance de nuestra mano antes de la primavera. Pero ¿para qué? ¿De qué nos sirven las estrellas?»)

—Corinth se quedó mirando el vaso de vino—. Estoy un poco bebido. Hablo demasiado.

—No importa, querido.

El la miró.

—¿Por qué no te casas, Helga? Busca alguien para ti. Tú no puedes sacarme de mi infierno privado.

Ella hizo un gesto de negación.

—Será mejor que me dejes fuera de tu vida —susurró.

—¿Por qué no dejas a Sheila fuera de la tuya? —preguntó ella.

La máquina servidora vino silenciosamente a retirar el cubierto utilizado y a poner ante ellos el plato principal. Corinth pensó vagamente que él debiera estar inapetente. ¿No suponía tradicionalmente el sufrimiento la inapetencia? Pero la comida

sabía bien. Comer…, bien; era una compensación de todos modos, como beber y soñar despierto, trabajar y cualquier otra cosa que uno quiera añadir.

(«Tienes que soportarlo —decían los ojos de Helga—. Venga lo que venga, tienes que soportarlo, tú y tu sensatez, porque esa es tu herencia de humanidad. »)

Después de un rato habló, pronunciando en voz alta tres palabras escuetas que encerraban un significado abrumador:

—Pete, ¿te gustaría («partir en el navío estelar»)?

—¿Eh?

El la miró tan aturdido que ella tuvo que sonreír. Pero al momento habló de nuevo, seria e impersonalmente:

—Ha sido planeado para dos hombres. («Sobre todo dirigido por robot, como sabes. Nat Lewis me convenció para que le diera una de las literas como biólogo. El problema de la vida en otros lugares del universo…»)

Su voz tembló un poco:

—No sabía que tú pudieras controlar quién ha de ser el que vaya.

—Oficialmente, no. («Pero en la práctica, como es sobre todo un proyecto del Instituto, puedo hacer que recaiga en cualquier persona cualificada. Nat quería que fuera yo con él… —cambiaron una breve sonrisa—. Tú podrías hacerlo peor, yo podría hacerlo mejor.») Pero, naturalmente, se necesita un físico. («Tú sabes tanto acerca del proyecto, y has hecho por él más que nadie.»)

—Pero… —él movió la cabeza—. Yo quisiera también… («No, no hay una palabra suficientemente poderosa para esto. Cambiaría mis posibilidades de inmortalidad por una litera como esa. Cuando era pequeño solía tumbarme de espaldas en las noches de verano y mirar la luna creciente y a Marte como un ojo rojo en el cielo, y soñar.») Pero está Sheila. En otra ocasión, Helga.

—No será un viaje muy largo —dijo ella. («Un par de semanas de exploración entre las estrellas más cercanas, me figuro, para probar el impulso—; cierto número de teorías astronómicas. Tampoco creo que sea nada arriesgado… ¿Iba a dejarte ir si lo creyera?») «Lo cierto es que me gusta contemplar el firmamento todas las noches, siento frío estelar y junto mis manos.» («Es una oportunidad que creo debieras aprovechar para tu propia tranquilidad de espíritu. Ahora eres un alma extraviada, Pete. Necesitas encontrar algo que esté por encima de tus propios problemas, por encima de todo este mezquino mundo nuestro.») —ella sonrió—. Quizá necesites encontrar a Dios.

—Pero ya te he dicho que Sheila…

—Transcurrirán varios meses antes de que el barco parta. («Pueden ocurrir muchas cosas en este tiempo. He estado también en contacto con las últimas investigaciones psiquiátricas y existe un plan prometedor de tratamiento.») —tendió la mano sobre la mesa para tocar el brazo de él—. Piénsalo, Pete.

—Lo pensaré —dijo con dejadez.

Una parte de sí mismo se daba cuenta de que ella estaba ofreciéndole aquella tremenda perspectiva como una diversión inmediata; como algo que rompiera el círculo de sus preocupaciones y tristezas. Pero no importaba. De todos modos, hacía su efecto. Cuando salieron de nuevo a la calle miró al cielo, y viendo unos cuantos soles luciendo a través de sus halos, sintió dentro de él un impulso de excitación.

«¡Las estrellas! ¡Oh cielos, las estrellas!»

13

La nieve vino pronto aquel año. Una mañana, Brock, al salir de la casa, encontró que todo estaba blanco.

Permaneció por un momento mirando la extensión de los campos, los montes, las praderas y los caminos cubiertos; la acerada claridad auroral del horizonte. Era como si nunca hubiese visto el invierno hasta entonces, los desnudos árboles destacando negros contra el cielo tranquilo, sin vientos; los techos cargados de nieve y las ventanas escarchadas, un cuervo solitario posado, oscuro y desolado, en un frío poste del teléfono. «No había visto esto nunca realmente», pensó.

La nevada había templado el aire, pero el aliento salía vaporoso aún de su nariz y sintió en su rostro el punzar del frío. Palmoteó, con estruendo aterrador en medio de la quietud, e inflando los carrillos, dijo en voz alta:

—Bueno, Joe, parece que nos preparamos para la próxima mitad del año. El último martes de noviembre nevado y no me extrañaría que tuviéramos unas Pascuas de Resurrección con nieve también.

El perro alzó la vista hacia él, comprendiendo buena parte de ello, pero con escasos medios de réplica. Luego el instinto le dominó y salió, jugueteando y ladrando, a despertar la granja con sus ladridos.

Una pequeña y rechoncha figura, tan envuelta en ropa que solo la proporción de los brazos y piernas indicaba que no era un ser humano, salió de la casa, estremeciéndose, y fue rápidamente a situarse al lado del hombre.

—Frío —dijo castañeteando los dientes—. Frío, frío, frío.

—Se ha enfriado, me temo, Mehitabel —dijo Brock, y puso una mano en la cabeza cubierta de piel de la chimpancé.

Seguía temiendo que los monos no pudieran soportar el invierno. Había tratado de hacer por ellos todo cuanto pudo; les hizo ropas y les asignó la mayor parte del trabajo dentro de la casa o en el granero, donde estaba la temperatura templada; pero, aun así, había peligro para ellos, porque sus pulmones eran frágiles.

Deseaba ardientemente que vivieran. A pesar de su veleidad y pereza naturales, habían trabajado heroicamente con él; solo no se hubiera podido preparar para el invierno. Pero, además, eran sus amigos; alguien con quien podía hablar, una vez que un lenguaje chapurrado había empezado a lograrse entre él y ellos. No tenían muchas cosas que decir y su mente saltarina no podía detenerse en ningún tema, pero llenaban su soledad. Bastaba con sentarse a ver

sus acrobacias en el gimnasio que les había preparado, para reír. Y la risa, en estos tiempos, se había vuelto una cosa rara.

Era curioso que Mehitabel se hubiera aficionado más a las faenas del corral, en tanto que su compañero, Jimmy, se cuidaba de la cocina y los quehaceres domésticos. Eso no le importaba, porque eran unos auxiliares robustos y listos, hicieran lo que hicieran.

Marchó trabajosamente por el corral, dejando con sus botas una mancha en la virginal blancura, y abrió la puerta del granero. Una oleada de calor animal le llegó al penetrar en la oscuridad, y el fuerte olor era acometedor. Mehitabel venía a buscar heno y maíz para el ganado: quince vacas, dos caballos y la anchurosa forma de Jumbo, el elefante, mientras que Brock se dedicaba a ordeñar.

Lo que quedaba del ganado parecía haber llegado a una apacible aceptación del orden nuevo. Brock se inquietó. Los animales confiaban en él y parecía ser para ellos una especie de dios casero; pero aquel día tendría que violar esa creencia. No tenía que demorarlo más; eso haría que resultara más difícil.

La puerta se abrió chirriando otra vez y Wuh-Wuh entró andando pesadamente, buscó un banquillo de ordeñar y se unión a Brock. No dijo nada, y su trabajo prosiguió mecánicamente. Esto era normal. Brock suponía que Wuh-Wuh iba a ser incapaz de hablar, salvo mediante los inarticulados balbuceos y gruñidos a los cuales debía su nombre.

El imbécil había venido cierto día, hacia unas pocas semanas, andrajoso, sucio y hambriento. Debía de haberse escapado de algún manicomio; era pequeño, nudoso, de espaldas encorvadas y edad incierta. Su cabeza ladeada era fea de ver y en sus ojos había variedad. La inteligencia de Wuh-Wuh había crecido, evidentemente, como la de todos, con el cambio, pero eso no alteraba la circunstancia de ser un deficiente físico y mental.

No había sido especialmente bien recibido. La mayor parte de las grandes tareas de la cosecha estaban ya hechas y había bastantes preocupaciones respecto a las reservas alimenticias para el invierno, para añadir una boca más.

—Lo mataré, jefe —dijo Jimmy, tendiendo la mano hacia el cuchillo.

—No —dijo Brock—. No podemos ser tan crueles.

—Lo haré pronto y fácilmente —observó Jimmy, riendo entre dientes y probando el filo de la hoja en el pulgar extendido; tenía una encantadora simplicidad propia de la jungla.

—No. Todavía no —repuso Brock, sonriendo con aire fatigado.

Estaba siempre cansado y siempre había algo que hacer.

«Somos ovejas descarriadas, y yo parezco haber sido designado como cabeza del rebaño. Todos tenemos que vivir en un mundo que no nos quiere.»

Un momento después añadía:

—También necesitamos cortar mucha leña.

Wuh-Wuh se había adaptado tolerantemente bien, era bastante inofensivo, una vez que Jimmy —probablemente con ayuda de un palo— le hizo perder algunos hábitos indeseables. Y aquel asunto logró hacer que Brock se diera cuenta con renovada fuerza que debía de haber muchos como ellos, luchando por vivir ya que la civilización se había hecho demasiado grande para poder preocuparse de ellos. Finalmente los retrasados mentales, según suponía, se habían reunido de algún modo y habían establecido una comunidad y…

Bueno, ¿por qué no admitirlo? Estaba solo. Algunas veces la sensación de su soledad era tan grande que casi lo incitaba al suicidio. No había nadie de su especie con quien pudiera encontrarse en todo aquel mundo invernal, y no trabajaba para otra cosa que no fuera por su propia e innecesaria supervivencia. Necesitaba a alguien de los suyos.

Terminó de ordeñar y echó fuera a los animales para que hicieran ejercicio. El agua del tanque se había helado por encima, pero Jumbo rompió la delgada costra con la trompa y todos se apretaron para beber. Más tarde, el elefante tendría que ser puesto a la tarea de tomar más agua de la bomba para caso de urgencia y transportarla al tanque. Jumbo ahora estaba bastante peludo. Brock no se había dado cuenta nunca hasta entonces de lo mucho que puede crecerle el pelo a un elefante, cuando ni el roce de andar por la selva ni la lámpara de soplete del propietario humano se lo quitan.

Fue él mismo al pajar que quedaba más allá del redil. Había tenido que construir una empalizada en torno para evitar que las reses se introdujeran a través de la alambrada y se atracaran; pero ahora respetaban la cerca. El anhelo de un dios… Se preguntó qué clase de extraños pensamientos tabú estarían pasando dentro de aquellos estrechos cerebros.

Antes del cambio las ovejas habían sido animales con personalidad propia y él conocía cada una de las cuarenta tan bien como pudiera conocer a cualquier ser humano. La fanfarrona y lista Georgiana iba empujando a la tímida Psique con su prisa, mientras la vieja y gorda María Antonieta se mantenía plácidamente rumiando. Jo-la muchacha bailaba para ella misma una danza

exuberante sobre la nieve..., y ahí estaba Napoleón, el viejo carnero, de cuernos retorcidos, magníficamente real, demasiado consciente de su supremacía para mostrarse arrogante. ¿Cómo iba a poder matar a ninguno de ellos?

Sin embargo, era inevitable. El, Joe y Wuh-Wuh no podían vivir de heno, y ni siquiera de la harina torpemente molida y de las manzanas y de las legumbres que había en el sótano. Jimmv y Mehitabel solían tomar también algo de caldo; las pieles y el sebo, hasta los mismos huesos, podía valer la pena guardarlos.

—Pero ¿a cuál le tocaría?

No le gustaba mucho Georgina, pues era de buena casta para matarla y necesitaba cruzar su sangre para el futuro ganado. ¿Jo-la muchacha, tan alegre; María, que se acercaba a pasar el hocico por su mano; la coqueta Margy, el tímido Jerry y la valerosa Eleanor? ¿A cuál de estos amigos se iban a comer?

«Vamos, cállate —se dijo a sí mismo—. Ya lo decidiste hace tiempo.»

Silbó a Joe y abrió la puerta de la valla. Las ovejas le miraron con curiosidad cuando iban en grupo desde donde habían hecho su comida principal a la tejavana en la cual se albergaban.

—Trae aquí a Psique, Joe —dijo.

El perro partió en seguida, saltando los montones de nieve como una llama cobriza. Mehitabel salió del gallinero y esperó tranquilamente por si tenía algo que hacer. Tenía un cuchillo en la mano.

Joe empujó a Psique y ella le miró con una especie de asombro. El perro ladró, un ruido estruendoso y claro, glacial, y le mordiscó suavemente en los flancos. Ella salió, haciendo un surco en la nieve, fuera de la puerta. Allí quedó mirando a Brock.

—Vamos, chica —le dijo—. Por aquí.

Cerró la puerta y le echó la llave. Joe estaba apremiando a Psiqe a dar la vuelta por el gallinero, lejos de la vista del rebaño.

Los cerdos, naturalmente sufridos y listos, habían visto muchas matanzas de su propia casta en los días de antaño. Pero las ovejas no lo sabían. Brock pensó que si unas cuantas del rebaño se alejasen de él durante el invierno y no volvieran jamás, las otras se limitarían meramente a aceptar el hecho sin preocuparse. En último término, si, como es natural, el hombre iba a seguir viviendo de sus animales, tendría que inculcarles algo, una religión, que demandara sacrificios. se estremeció al pensarlo. No estaba hecho Brock para el papel de Moloj. La raza humana había sido ya suficientemente siniestra sin convertirse en una tribu de dioses sedientos de sangre.

—Por aquí, Psique —dijo.

Ella se quedó quieta, mirándole. Él se quitó los guantes y ella le lamió las palmas, pasando su lengua cálida y húmeda por su piel sudorosa. Cuando le cosquilleó tras las orejas, ella baló suavemente y se acercó más a él.

De pronto Brock comprendió la tragedia de los animales. No habían evolucionado tanto como su nueva inteligencia. El hombre, con sus manos y con su palabra, pudo desarrollarse como criatura pensante y estaba a gusto con su cerebro. Hasta este súbito peso abrumador del conocimiento no era grande para él, porque el intelecto había sido siempre potencialmente ilimitado.

Pero las otras bestias habían vivido en armonía, impulsadas por sus instintos, con el gran ritmo del mundo, sin más inteligencia que la que necesitaban para sobrevivir. Eran mudos, pero lo ignoraban; no les perseguían fantasmas, ni anhelaban la soledad, ni les intrigaba lo maravilloso. Pero ahora habían sido lanzados en una abstracta inmensidad, para la cual nunca fueron hechos, y esto les hacía perder el equilibrio. El instinto, más fuerte que en el hombre, se sublevaba ante aquello extraño, y un cerebro no adecuado para la comunicación apenas podía expresar lo que no estaba bien.

La enorme e indiferente crueldad de esto era un trago amargo en la garganta del hombre Su visión se hizo un poco confusa, pero actuó con velocidad brutal, yendo tras la oveja, derribándola y sujetándole el cuello para degollarla. Psique baló una vez y él vio el horror del presentimiento de la muerte en sus ojos. Entonces el mono hirió, y ella se agitó brevemente y quedó inmóvil.

—Llévala…, llévala —Brock se incorporó—. Llévala tú misma, Mehitabel, ¿quieres? —le resultaba extrañamente difícil hablar—. Que Wuh-Wuh te ayude. Yo tengo otras cosas que hacer.

Se alejó lentamente, vacilando un poco, y Joe y Mehitabel cambiaron una mirada de incertidumbre. Para ellos esto había sido solo un trabajo más; no comprendían por qué el jefe tenía que llorar.

Wang Kan estaba trabajando duramente cuando llegó el profeta. Era invierno y la tierra se extendía blanca y dura en torno al poblado hasta donde el hombre podía alcanzar a ver. Habría nuevamente primavera y sería preciso arar, pero todos los bueyes se habían escapado. Los hombres, las mujeres y los niños tendrían que tirar de los arados, y Wang Kao deseaba facilitarles su labor todo cuanto fuera posible. Estaba desmontando el tractor, ya sin combustible, que era el único resto que quedaba de los comunistas, en busca de cojinetes de bolas, cuando se oyó un grito anunciando que un extranjero se acercaba campo a través.

Wang Kao suspiró y abandonó su trabajo. Buscó a tientas en la oscuridad de la choza, que era su herrería, asió el rifle y los pocos cartuchos que quedaban y se puso la chaqueta azul, acolchada.

Aquel arma había sido un buen amigo suyo, le había acompañado durante muchos cientos de leguas después que el ejército se deshizo, amotinándose, y él se fue a su casa. Todavía quedaban soldados comunistas dispersos, sin decir nada de las gentes muertas de hambre que se habían dado al bandidaje. No se estaba nunca seguro de quién pudiera ser un recién llegado. El último extranjero había venido en un brillante aparato aéreo solo a traer la noticia de que había un nuevo Gobierno bajo el cual todos los hombres podrían ser libres; pero ese Gobierno era algo remoto y débil todavía, y los hombres tenían que defenderse por sí mismos cuando surgía la necesidad.

Sus vecinos estaban esperando fuera, estremecidos un poco por el frío. Algunos tenían fusiles y los demás estaban armados con cuchillos, estacas y horquillas. De sus narices salía el aliento en pálidas humaredas. Tras la hilera que formaban aquellos, las mujeres, los niños y los viejos se mantenían a las puertas de sus casas, prontos a buscar abrigo.

Wang Kao miró de soslayo hacia la nieve.

—Es un hombre solo y no veo que lleve armas —dijo.

—Va montado en un burro y lleva con él otro —replicó el vecino.

Allí había algo extraño. ¿Quién era capaz de manejar una bestia después del gran cambio? Wang Kan sintió un escozor en la garganta.

El que se acercaba a ellos era un anciano. Sonreía bondadosamente y una a una las armas enfiladas se bajaron. Pero era raro ver la poca ropa que llevaba, como si se estuviera en

verano. Llegó montado hasta la hilera de los hombres y les saludó amistosamente. Nadie le preguntó a qué venía, pero los ojos que lo observaban eran suficientemente inquisitivos.

—Me llamo Wu Hsi —dijo— y tengo un mensaje para vosotros que puede ser valioso.

—Pasa, señor —le invitó Wang Kao—, y acepta nuestra pobre hospitalidad. Debe de hacer un frío terrible para vos.

—Pues no —dijo el extranjero—. Eso forma parte de mi mensaje. Los hombres no tienen por qué helarse, aun cuando no tengan ropas gruesas. Todo consiste en saber cómo no se hela uno.

Pasó una pierna sobre el lomo del burro y se inclinó hacia adelante. Una brisa ligera, pero fría, revolvió su barba gris y en mechones.

—Soy uno de los muchos —prosiguió— a quienes mi maestro enseñó, y ahora nosotros salimos a enseñar a otros, siendo nuestra esperanza que algunos de estos a quienes prediquemos se conviertan en profetas a su vez.

—Bueno, ¿y cuál es vuestra enseñanza, señor? —preguntó Wang Kao.

—Mi maestro era un sabio francés que, cuando llegó el gran cambio, comprendió que había también un cambio en la forma de pensar y se puso a buscar los medios más adecuados de utilizar esas facultades nuevas. No es sino un modesto comienzo lo que nosotros traemos aquí y, sin embargo, nos parece que puede ser de provecho para el mundo.

—Todos podemos ahora pensar más libremente y con más potencia, señor —dijo Wang Kao.

—Sí, estoy indudablemente entre hombres de valía, y, sin embargo, es posible que mis pobres palabras tengan cierta novedad. Pensad, buenas gentes, cuántas veces la mente, la voluntad, ha domeñado la flaqueza del cuerpo. Pensad cómo los hombres se han mantenido con vida durante la enfermedad, el hambre y la fatiga, cuando no había nada mejor que hacer sino morir. Pensad cuánto más grandes pueden ser tales poderes con tal de que un hombre pueda saber utilizarlos.

—Sí —Wang Kao hizo una reverencia—. Veo cómo habéis triunfado sobre el frío del invierno.

—No hay frío suficiente hoy en día para dañar a un hombre si este sabe cómo mantener su sangre en cálido movimiento. Esto es solo una pequeñez —Wo Hsi se encogió de hombros—. Una mente elevada puede hacer mucho con el cuerpo. Yo, por ejemplo, puedo enseñaros cómo se consigue que una herida deje de doler y de

sangrar. Pero los medios de comunicación con los animales y de hacer que se tornen amistosos; los medios de recordar hasta la cosa más minúscula que uno haya visto u oído; los medios de no tener sentimientos ni deseos, salvo aquellos que la mente dice que son buenos; los medios de hablar con otro hombre de alma a alma sin siquiera abrir los labios; los medios de pensar cómo debe ser el mundo real, sin desvariar metiéndose en vanas fantasías, eso, opino humildemente, que puede ser del mayor provecho para vosotros a la larga.

—Ciertamente, honorable señor, lo será. Pero no somos hombres de valía —declaró Wang Kao con respeto—. ¿No queréis pasar ahora a comer con nosotros?

Fue un gran día para el poblado, a pesar de que la noticia había venido tan sosegadamente. Wank Kao pensó que pronto sería un gran día para todo el mundo. Se preguntó cómo iba a ser este dentro de diez años y hasta a su alma paciente le resultó difícil esperar para verlo.

Más allá del alcance de la vista, el firmamento era hielo y negrura, un millón de soles helados esparcidos a través de la noche elemental. La Vía Láctea fluía como un río de esplendor, Orión se destacaba gigantesco contra la infinitud y todo era frío y silencio.

El espacio yacía en torno del navío como un océano. El sol terrestre fue amenguando y alejándose interminablemente, y ahora había solo noche, quietud y la titánica y relumbrante belleza del cielo. Mirando esas estrellas —cada cual una gigantesca llamarada — y percibiendo su terrible aislamiento, Pete Corinth sintió que su alma se recogía dentro de sí. Era el espacio extendiéndose más allá de cuanto pudiera imaginarse, mundos y más mundos, y cada uno, con todo su esplendor, nada ante el misterio que lo encerraba.

«Acaso necesitas hallar a Dios.»

Bueno, quizá fuera así. Habría al menos encontrado algo que fuera más que él.

Suspirando, Corinth volvió a la comodidad de la cabina metálica, agradecido de su finitud. Lewis estaba vigilando las esferas de los aparatos y masticando un puro apagado. No había el menor asombro en su rostro redondo y rubicundo, y tarareaba para sí una canción. Pero Corinth sabía que el frío inmenso había llegado a él y le había tocado.

El biólogo asentía siempre con un gesto leve. («Funciona que es un encanto. El campo de impulso psi, las pantallas de mira, la gravedad, la ventilación, los mecanismos auxiliares; tenemos un barco admirable.»)

Corinth buscó una silla y se sentó, doblando su delgada armazón y enlazando las manos sobre una rodilla. Marchar con rumbo a las estrellas; era un triunfo; acaso el más grande logro de la historia. Pues garantizaba que la historia existiría siempre, que en el hombre había unas posibilidades exteriores y que no tenía que estar estancado siempre en su pequeño planeta. Pero, no sabía por qué, él, como persona, no sentía la exultación de la conquista. Aquello era demasiado grande para la trompetería.

¡Ah!, había sabido desde siempre intelectualmente que el cosmos estaba más allá de la comprensión. Pero fue en él un conocimiento muerto, incoloro, diez veces elevado a la enésima potencia, y nada más. Ahora era parte de sí mismo. Lo había vivido y ya no sería nunca más el mismo hombre.

Impulsada por una fuerza más poderosa que los cohetes, libre de los límites de velocidad einstenianos, la nave reaccionaba contra la masa entera del universo, y luego, viajando más de prisa que la luz, no poseía una velocidad en un sentido estricto. Su posición más probable variaba de modo enigmático y requería toda una rama completa de las matemáticas para describirla. Engendraba su propio campo interno de pseudo gravedad, y su combustible era la propia masa, cualquier masa descompuesta en energía, de nueve veces diez a veinte ergios por gramo. Sus pantallas de visión, compensadas para el efecto Doppler y la aberración, mostraban el desnudo esplendor del espacio a ojos que nunca lo habían visto sin ayuda de instrumentos. Transportaba, albergaba y nutría a su cargamento de frágiles tejidos orgánicos, y los viajeros cabalgando como dioses, conocían su propia mortalidad con perfecta claridad y con cierta exaltación cordial.

A pesar de todo eso, la nave tenía una apariencia de cosa sin terminar. En la prisa para acabar un trabajo de un millar de años en unos cuantos meses, los constructores habían prescindido de muchas cosas que hubieran podido instalar: contadores y robots, que la habrían transformado en una nave completamente automática. Los tripulantes podían calcular con sus mentes modificadas tan bien y tan rápidamente como cualquier máquina construida hasta entonces, resolviendo ecuaciones diferenciales y parciales de orden elevado para obtener su propio control de dirección. El proyecto se había realizado con una rapidez casi desesperada, con una vaga comprensión de que la nueva humanidad tenía que encontrar una frontera. La nave que siguiera a esta sería diferente, estando fundadas muchas de sus diferencias sobre los datos que la primera traería a su regreso.

—Los rayos cósmicos se mantienen bastante regularmente —dijo Lewis.

El navío estaba erizado de instrumentos instalados fuera del casco y sus campos de remolque protectores. («Me figuro que esto aniquilaría para siempre la teoría del origen solar.»)

Corinth asintió. El universo —al menos a la distancia en que ellos habían penetrado— parecía contener una granizada de partículas cargadas que invadían el espacio, procediendo de un origen desconocido y dirigiéndose a una igualmente desconocida destinación. ¿O tendrían algunos puntos definidos de partida? Acaso fueran una parte integral del cosmos, como las estrellas y las nebulosas. Como profesional necesitaba ardientemente saberlo.

—Creo —dijo— que hasta los viajes cortos que podamos realizar en este pequeño sector de la galaxia van a trastornar la mayor parte de las teorías astrofísicas de antaño. («Tendremos que construir toda una nueva cosmogonía.»)

—Y la biología también, lo apostaría —refunfuñó Lewis. («He estado especulando una y otra vez y desde el cambio, y ahora estoy inclinado a pensar que son posibles formas de vida no basadas en el carbono.»)

«Bueno, ya veremos»..., qué frase tan mágica! Hasta el sistema solar necesitaría décadas de exploración. El Sheila —aunque el hombre había pasado la tendencia anímica de poner nombres a sus creaciones, Corinth seguía siendo lo suficientemente sentimental para pensar en su barco con el nombre de su mujer— había visitado ya la luna en un viaje de prueba; su verdadero viaje había empezado con un paseo en torno a Venus, zambulléndose para verlo en el ventoso infierno arenisco de venenosa superficie, deteniéndose después en Marte, donde Lewis se volvía loco ante algunas de las adaptaciones que encontró en las formas vegetales, y luego partieron fuera. En una semana increíble, dos hombres habían visto dos planetas y seguido más allá. La constelación de Hércules se hallaba a popa; se proponían localizar los límites del campo inhibidor y reunir datos sobre él. Luego una escapada hasta el Alfa del Centauro, para ver si el vecino más cercano del sol tenía planetas, y regresar otra vez. Todo en el plazo de un mes.

«Estará próxima la primavera cuando vuelva...» Al partir el pasado invierno estaba situado el hemisferio Norte sobre la Tierra. Había sido una mañana oscura y fría. Nubes bajas y volanderas soplaban como humos desgarrados bajo un firmamento de acero. La dispersa masa de Brookhaven había quedado casi oculta de ellos, empañada por la nieve y la neblina, y la ciudad, que quedaba más

allá, se perdía de vista.

No fueron muchos a despedirles. Los Mandelbaum estuvieron allí, naturalmente, cargados con ropas que se habían vuelto viejas y gastadas; la alta y delgada silueta de Rossman estaba rígida a su lado; unos cuantos amigos, algunas relaciones profesionales del laboratorio y de los talleres, y eso fue todo.

Helga había ido vistiendo un costoso abrigo de pieles, y la nieve derretida relumbraba como diamantes en sus rubios cabellos alisados. Su frialdad de diamantina joya fue muy expresiva para Corinth; se preguntó cuánto tiempo esperaría después de la partida de la nave para echarse a llorar; pero él le dio la mano y no halló palabras. Después se puso a hablar con Lewis, y Corinth se había llevado a Sheila al otro lado, tras la nave.

Ella parecía pequeña y frágil en su abrigo de invierno. La carne había desaparecido y su fina osamenta asomaba bajo la piel. Sus ojos eran enormes. Últimamente se había tomado silenciosa; se puso a mirar más allá de él, y de cuando en cuando temblaba un poco. Sus manos, posadas en Corinth, eran terriblemente delgadas.

—No debiera dejarte, amor mío —le dijo él, utilizando todas las palabras a la manera antigua y haciendo que su voz fuera acariciadora.

—No será por mucho tiempo —replicó ella con voz monótona. No estaba maquillada y sus labios eran más pálidos de lo debido—. Creo que me estoy poniendo mejor.

El asintió con un gesto. El psiquiatra Kearnes era un buen hombre; paternalmente rollizo, tenía un cerebro agudo como una navaja. Admitía que su terapia era experimental, un tanteo en las tinieblas ignotas de la nueva mente humana; pero estaba obteniendo buenos resultados con algunos pacientes. Rechazando la barbarie de la mutilación del cerebro por cirugía o skock, opinaba que un período de aislamiento de la vida familiar daba al paciente oportunidad de efectuar, bajo guía, la readaptación que era precisa...

(«El cambio ha sido un shock psíquico sin precedente para cualquier organismo que posea un sistema nervioso —había dicho el doctor Kearnes—. Los afortunados, los voluntariosos, los decididos, aquellos cuyos intereses habían sido por elección o por necesidad dirigidos hacia fuera, más bien que a la introspección, aquellos para los cuales pensar rigurosamente había sido siempre un proceso deleitable y natural, habían hecho al parecer su adaptación sin gran peligro, aun cuando supongo que todos llevaremos las cicatrices del shock hasta la tumba. Pero otros,

menos afortunados, habían sido lanzados a una psicosis profunda. Su esposa, doctor Corinth, permítame ser rudo, está peligrosamente próxima a la demencia. Su vida pasada, esencialmente no intelectual y recogida, no le facilitó la preparación para un repentino cambio de radiación en su propio ser, y la circunstancia de no tener niños por quien preocuparse, ni ningún problema de pura supervivencia que le ocupe, ha permitido a todas las fuerzas de la comprensión volverse hacia su propio carácter. La antigua acomodación, las compensaciones, el olvido autoprotector y el autoengaño, que todos tuvimos, ya no sirven de nada, y ella no ha sido capaz de encontrar otros nuevos. La preocupación acerca de sus síntomas, como es natural, acrecienta su mal: es un círculo vicioso. Pero creo que podré ayudarle; con el tiempo, cuando la totalidad del problema sea mejor comprendido, será posible efectuar una cura completa. .. ¿Dentro de cuánto tiempo? ¿Cómo puedo saberlo? Pero seguramente no más de unos pocos años, dada la proporción en que ahora la ciencia puede expandirse. Y mientras tanto, la señora Corinth obtendrá la suficiente compensación para lograr felicidad y equilibrio».)

—Bueno...

Un terror súbito en los ojos de ella.

—Oh Pete, querido, querido mío! Ten mucho cuidado cuando estés lejos. (Vuelve a mí!

—Volveré —dijo él, y se mordió los labios.

(«Sí, sería una cosa excelente para ella, creo, que vaya a esa expedición, doctor Corinth. La preocupación por usted es algo más sano que cavilar sobre fantasmas que su propia mente descarriada le crea. Serviría para arrancar hacia lo externo, adonde pertenece, su orientación psíquica. No es, naturalmente, introvertida...»)

Una ráfaga de nieve les envolvió por un momento, ocultándoles del mundo. El la besó, comprendiendo que en los años venideros recordaría lo fríos que sus labios estaban y cómo temblaban bajo los suyos.

Hubo un resonar profundo y cavernoso en la tierra, como si el planeta mismo se estremeciera de frío. Sobre ellos flameaba el cohete trasatlántico que se encaminaba a Europa para alguna misión relacionada con ~ orden mundial recién nacido. Los ojos de Corinth estaban fijos en Sheila. Le quitó la nieve de su cabello, percibiendo la suavidad de ellos y la infantil curvatura hacia dentro de la nuca bajo sus dedos. Rió con una risita tristona.

Con cuatro palabras, con los ojos, las manos y los labios, le dijo:

—Cuando haya vuelto..., y qué regreso será, amor mío, espero

encontrarte bien e inventaré una sirvienta robot para que tú quedes enteramente libre para mí. Entonces no toleraré que nada en el universo nos moleste.

Pero lo que quería decir era: «Oh querida mía, continúa siendo para milo que fuiste siempre. Tú, que eres todo mí mundo. Que no haya más oscuridad entre nosotros, hija de la luz; estemos juntos como lo estuvimos una vez o bien todo tiempo estará vacío para siempre.»

—Lo intentaré, Pete —murmuró ella.

Tendió la mano para tocar el rostro de él, y repitió pensativamente:

—Pete...

La voz de Lewis sonó ruda en los flancos de la nave, deformada por el viento:

—Todos a bordo, vamos a partir.

Corinth y Sheila no se dieron prisa y los demás respetaron su tardanza. Cuando el físico estuvo dentro de la nave y esta herméticamente cerrada, se despidió con la mano, ya muy por encima del suelo, y la silueta de Sheila era una menuda forma destacándose sobre la nieve cenagosa.

El sol era poco más brillante que cualquier estrella al amanecer, casi perdido entre la arremolinada multitud de soles, alejados de él más allá de la órbita de Saturno. Las constelaciones no habían cambiado, a pesar de todas las leguas que habían dejado atrás. El enorme disco de la Vía Láctea y los más misteriosos torbellinos de las otras galaxias resplandecían tan remotas como lo habían sido para los primeros semihombres que alzaron hacia ellas sus ojos asombrados. No había tiempo ni distancia: solo una extensión que trascendía durante millas y años.

El Sizeílci avanzó, tanteando cautelosamente, a una velocidad bastante inferior a la de la luz. En los contornos del campo inhibidor, Lewis y Corinth estaban preparando los proyectiles telemetrados que serían lanzados en la región de más denso flujo.

Lewis rió entre dientes con amable travesura a las ratas enjauladas que se proponía enviar en uno de los torpedos. Los ojos de los animales, como pequeñas cuentas de rosario, le miraban fijamente, como si comprendieran. —Pobrecillas —dijo—. A veces me siento como un piojo —y añadió con una mueca—: El resto del tiempo también, pero es divertido.

Corinth no replicó; estaba mirando a las estrellas.

—Lo difícil de tu caso —dijo Lewis— es que tomas la vida demasiado en serio. Lo has hecho eso siempre y no has quebrantado

la costumbre después del cambio. Yo no. Soy, por supuesto, perfecto por definición. Encuentro siempre motivos para maldecir y gritar; pero como son tantos, resulta afrentosamente divertido. Si hay un dios de cualquier especie (y desde el cambio estoy empezando a creer que lo hay, quizá me esté volviendo más imaginativo), entonces Chesterton tenía razón al incluir entre sus atributos el sentido del humor —chascó la lengua—. ¡Pobre y querido Chesterton! Qué lástima que no vivas para ver el cambio. ¡Qué paradojas hubieras imaginado!

El timbre de alarma interrumpió su monólogo. Los dos hombres miraron fijamente a la luz indicadora que parpadeaba como un ojo rojizo una y otra vez, una y otra vez. Simultáneamente una ola de vértigo les invadió. Corinth se asió a los brazos de su sillón, sintiendo nauseas.

—El campo..., nos estamos acercando a la zona... Lewis accionó una llave en el complicado cuadro de control. Su voz era ronca—: Tenemos que salir de aquí...

«¡Vuelta completa!»

Pero eso no era fácil, sobre todo cuando se trata del campo potencial que la ciencia moderna identifica con la última realidad. Corinth movió la cabeza, resistiéndose a la náusea y echándose hacia adelante para ayudar.

«Este interruptor, no .., el otro...»

Miró desconsolado al tablero. La aguja se deslizaba sobre una señal roja; habían pasado la velocidad de la luz y todavía estaban acelerando, lo que menos hubieran deseado.

«¿Qué hacer?»

Lewis movió la cabeza. El sudor relucía en su ancha cara.

—A través del vector —balbució—. Salgamos tangencialmente...

No había constantes para el psi-impulsor. Todo era variable, una función de muchos componentes que dependían de los declives potenciales y unos de otros. La dirección «hacia adelante» podía convertirse en «retroceso» bajo nuevas condiciones, y había que contar con el principio de la indeterminación, con el caos sin causalidad de los electrones individuales, con las curvas acortadas de probabilidad, con la complejidad inimaginable que había generado a las estrellas y planetas y a los humanos pensantes. Un tren de ecuaciones farfullaba en el cerebro de Corinth.

Miró a Lewis con creciente terror. El vértigo había pasado.

—Estábamos equivocados —murmuró—. El campo se eleva más de prisa de lo que creíamos.

—Pero exigió tiempo a la Tierra para salir de él por completo, a

una velocidad relativa de…

—Debemos de haber tocado una parte diferente del cono, quizá la más tajantemente definida, o acaso la nitidez de su perfil varía con el tiempo en cierta forma insospechada…

Corinth se dio cuenta de que Lewis le estaba mirando con la boca abierta.

—¿Eh? —dijo el otro—. ¡Qué lento de comprensión!

—Decía… ¿Qué decía?

El corazón de Corinth empezó a latir atronadoramente por el pánico. Había hablado tres o cuatro palabras, hecho unos cuantos signos, pero Lewis no le había entendido.

«¡Por supuesto, no!» Ya no eran tan inteligentes como lo habían sido ninguno de los dos.

Corinth revolvió la lengua, que le parecía un trozo de madera. Despacio, en un inglés simple, repitió lo que quería decir.

—¡Ah, sí, sí!

Lewis asintió; se había quedado demasiado helado para decir más.

Corinth sentía el cerebro viscoso. No había otra palabra para expresarlo. Estaba descendiendo en espiral en la oscuridad, no podía pensar, y cada segundo que pasaba retrocedía nuevamente al campo de la animalidad.

Cuando lo comprendieron fue como un golpe. Se habían metido sin percatarse en el campo que la Tierra había dejado, y este campo les estaba debilitando mentalmente, estaban volviendo a lo que eran antes del cambio. La nave se hundía más y más profundamente dentro de un flujo cada vez más denso y ellos ya no tenían la inteligencia suficiente para controlarla.

«El próximo navío será construido con precauciones para evitar estos casos —pensó en medio del caos—. Averiguarán lo que nos ocurrió…, pero ¿de qué nos servirá a nosotros?»

Volvió a mirar hacia fuera; las estrellas en su visión tiritaban. Pensó desesperado:

«No conocemos ni la forma ni la extensión del campo. Creo que estamos saliendo tangencialmente; que podremos estar fuera del cono pronto… o de lo contrario quedaremos atrapados en él para los próximos cien años.»

«¡Sheila!»

Inclinó la cabeza, demasiado afligido con las torturas físicas de un repentino reajuste celular para pensar en otra cosa, y lloró.

La nave siguió adentrándose en la negrura.

La casa se alzaba en Long Island sobre una amplia playa que descendía hacia el mar. Había pertenecido en otro tiempo a una finca y tenía árboles y un alto muro para ocultarla del mundo.

Roger Kearnes hizo que su coche se detuviera bajo el pórtico y se apeó. Temblaba ligeramente y se metió las manos en los bolsillos al sentir que el frío cruel y húmedo le acometía. No había viento ni sombra. Solo la nieve tardía, una densa y tristona nieve que descendía despacio del cielo bajo y se pegaba a los cristales de las ventanas y se derretía en el suelo como si los copos fueran lágrimas. Se preguntó desesperado si volvería alguna vez la primavera.

Bueno. Se rehízo y llamó al timbre de la puerta.

Tenía trabajo que hacer: comprobar el estado de su paciente.

Sheila Corinth le abrió la puerta. Seguía aún delgada, con sus ojos negros y enormes en su pálido rostro infantil; pero ya no temblaba y se había tomado la molestia de peinar su cabello y de arreglarse.

—Hola —dijo él sonriente—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—¡Ah, muy bien! —ella no le miró a los ojos—. ¿Quiere pasar?

Le indicó el camino guiándole por el corredor, cuyo reciente repintado no había conseguido del todo crear el ambiente jovial que Kearnes deseaba. Pero no se puede hacer todo. Sheila podía considerarse dichosa de tener una casa entera para ella y una agradable anciana —una retrasada mental— para ayudarla y hacerle compañía. Todavía significaba mucho tener por marido a un hombre importante.

Entraron en el salón de estar. En el hogar crepitaba el fuego y se veía desde allí la playa y el océano inquieto.

—Siéntese —le invitó Sheila descuidadamente.

Ella se dejó caer en un sillón y quedó inmóvil, con los ojos fijos en la ventana.

Kearnes siguió con su mirada la de ella. ¡Qué agitado estaba el mar! Hasta allí dentro podía oírse cómo gastaba la playa las rocas caídas, trituraba el mundo como si fuera los dientes del tiempo. Era gris y blanquecino hasta los límites de la visión, un caballo de blancas crines que pateaba y galopaba, ¡y qué terriblemente sonoro su relincho!

Conteniendo su mente, que se extraviaba, él abrió la cartera.

—Tengo algunos libros más para usted. Textos psicológicos. Dijo que le interesaban.

—Sí. Gracias —en su voz no había expresión.

—Están ahora terriblemente anticuados —prosiguió—. Pero ellos pueden darle una visión de los principios básicos. Debe ver por sí misma cuál es su contrariedad.

—Creo que lo haré —dijo ella—. Ahora puedo pensar con más claridad. Puedo ver lo imposible que es el universo y lo pequeños que somos —lo miró con gesto de susto en los labios—. Desearía no pensar tan bien.

—Una vez que se haya adueñado de sus propios pensamientos estará contenta de poseer esa facultad —dijo él amablemente.

—Desearía que se pudiera volver al mundo de antes —dijo ella.

—Era un mundo cruel —repuso Kearnes—. Podemos pasarnos muy bien sin él.

Sheila asintió. Apenas si pudo él oírle susurrar:

—¡Ah!, soldado yaciendo entre la escarcha, hay hielo en tu cabello y oscuridad tras de tus ojos. Allí está la tiniebla —antes de que él tuviera tiempo para fruncir el ceño, preocupado, ella continuó en voz alta—: Pero entonces nosotros amábamos y esperábamos. Existían los pequeños cafés, ¿lo recuerda?, y las gentes reían en el crepúsculo; había música y baile, cerveza y sándwiches de queso a medianoche, barcos de vela, pasteles del día anterior, preocupaciones por los impuestos, nuestras propias bromas, y éramos dos. Pero ahora ¿dónde está Pete?

—Se hallará pronto de vuelta —se apresuró a decir Kearnes. No había para qué recordarle que el barco estelar tardaría todavía dos semanas en regresar—. Está muy bien. Es en usted en quien tenemos que pensar.

—Sí —juntó las cejas con severidad—. Siempre vienen a mí. Las sombras, quiero decir. Palabras que no proceden de ninguna parte. A veces casi tienen sentido.

—¿Podría repetirlas ? —le preguntó.

—No lo sé. Esta casa está en Long Island, larga isla, lánguida isla, isla de la languidez. ¿Dónde está Pete?

Él se tranquilizó un poco Había una asociación más concreta que la manifestada por ella la última vez. ¿Qué había pasado? «Pero cuando lo extremadamente vacío-helado y el tiempo son tan oscuros que la inteligencia es realmente un peso, entonces ¿qué yace debajo?» Quizá se estaba curando a sí misma en la quietud de su alejamiento.

Pero no podía estar seguro. Las cosas habían cambiado mucho. Una mente esquizofrénica se adentraba en parajes donde él no podía seguirla. Las nuevas normas no habían sido trazadas todavía, eso era todo. Pero creyó que Sheila estaba actuando un poco más

cuerdamente.

—No me gustaría jugar con ellos, ¿sabe? —dijo ella abruptamente—. Eso es peligroso. Si se los coge de la mano se dejan guiar un rato, pero no se dejan conducir nuevamente de la mano.

—Me alegro de que comprenda eso —dijo él—. Lo que necesita es ejercitar su mente. Piense en ella como en una herramienta o un músculo. Haga los ejercicios que le di sobre el proceso lógico y la semántica en general.

—Los hago —rió entre dientes—. El descubrimiento triunfal de lo evidente.

—Bueno —rió él a su vez—, ya se mantiene suficientemente firme sobre sus pies como para hacer observaciones humorísticas.

—¡Ah, sí! —quitó un hilito de la tapicería—. Pero ¿dónde está Pete?

El eludió la pregunta y le propuso algunos tests rutinarios de asociación de palabras. Su validez para el diagnóstico fue casi nula; cada vez que él los ensayaba parecía que las palabras tomaban una connotación diferente; pero podía añadir esos parcos resultados a sus datos archivados. Al fin, tenía elementos suficientes para descubrir el diseño que había debajo. Esta nueva técnica de conformación de mapas en n-dimensiones parecía prometedora, podría brindar una imagen consistente.

—Tengo que irme —dijo por fin, y le acarició la mano—. Estará perfectamente. Recuerde que si de pronto necesita ayuda, o simplemente compañía, todo cuanto tiene que hacer es llamarme.

Ella no se levantó, sino que quedó viéndole hasta que transpuso la puerta. Luego suspiró. «No le quiero, doctor Fell —pensó—. Se parece a un bulldog que me quiso morder una vez, hace cientos de años. Pero es tan fácil engañarle...»

Le pasó por la cabeza una vieja canción:

Ha muerto y desaparecido, señora; ha muerto y desaparecido.
A su Cabecera, césped de verde hierba; a sus pies, una piedra.

«No —le dijo al otro que cantaba en su cabeza—. Vete,»

El mar gruñía y murmuraba y la nieve caía más espesa contra las ventanas. Le pareció como si el mundo se estuviera cerrando sobre ella.

—Pete —susurró—, Pete, amor mío. Te necesito tanto. Vuelve, por favor.

Salieron disparados del campo, y los primeros minutos fueron terribles. Luego:

—¿Dónde estamos?

En torno de ellos relucían constelaciones desconocidas, y el silencio era tan enorme que su propia respiración resultaba estruendosa y áspera a sus oídos.

—No lo sé —gruñó Lewis—. Y me tiene sin cuidado. Déjame dormir, ¿quieres?

Cruzó vacilante la angosta cabina y se dejó caer en una litera, temblando miserablemente. Corinth lo estuvo observando un momento a través del borrón que era su propia visión, y luego se volvió hacia las estrellas.

«Es ridículo —se dijo enérgicamente—. Estás libre otra vez. Posees el uso pleno de tu cerebro una vez más. Pues úsalo!»

Su cuerpo se estremeció de dolor. La vida humana no estaba hecha para cambios como ese. Un repentino retorno a la antigua oscuridad, días aletargados que se anudaron en semanas, en tanto que la nave se lanzaba por sí sola, sin control, hacia fuera, y luego, en el instante de emerger en el espacio claro, el sistema nervioso trabajando a plena intensidad..., eso debiera haberles matado.

«Pasará, pasará. Pero entre tanto la nave estaba aún alejándose. La Tierra iba quedando más lejos cada segundo de vuelo. Detenedla!»

Se sentó cogiéndose a los brazos del sillón, luchando contra las arcadas.

«Calma —se dijo—; lentitud frente al corazón veloz, relajar los músculos que tiran de sus huesos, mantener el fuego de la vida y hacer que se alce, creciendo poco a poco.»

Pensó en Sheila, que le estaba esperando, y esa imagen fue algo tranquilizador dentro de aquel universo en torbellino. Gradualmente sentía que la fuerza se iba expandiendo como él deseaba. Fue una batalla a conciencia contener los intentos espasmódicos de los pulmones; pero cuando esto fue conseguido, el corazón pareció ir más despacio también. Pasaron las arcadas, cesaron los temblores y la vista se aclaró, y Pete Corinth quedó plenamente consciente de sí mismo.

Se puso en pie, oliendo el vaho acre del vómito en la cabina, y accionó una máquina que limpió el sitio. Mirando hacia fuera por las pantallas de visión se absorbió en la imagen del firmamento. La

nave debía de haber cambiado muchas veces de velocidad y de dirección en su ciega carrera por el espacio; y podían hallarse en cualquier parte de esta rama de la galaxia, pero…

Sí, eran las Nubes de Magallanes, espectros contra la noche, y aquel agujero de negrura debía de ser el Saco de Carbón, y luego la gran nebulosa de Andrómeda; el sol debía de encontrarse aproximadamente en esa dirección. Unas tres semanas de viaje al máximo de su seudovelocidad; luego, naturalmente, tendrían que lanzarse a través de la región local para encontrar aquel ordinario enano amarillento que era el sol de los humanos. A esta tarea de orientación habría que concederle unos pocos días o hasta un par de semanas. Si no era un mes!

Pero no podía evitarse, por muy impaciente que estuviera. Las emociones eran en principio un estado psicofisiológico y tenía, como tal, que ser controlable. Corinth quería alejar de sí la cólera y el dolor, deseaba calma y resolución. Fue hacia los controles y resolvió los problemas matemáticos lo mejor que pudo, con los datos insuficientes de que disponía. Unos pocos y rápidos movimientos de sus manos hicieron que la nave se detuviera, girara y se lanzara hacia el sol.

Lewis estaba inconsciente y Corinth no le despertó. Que durmiera el sueño producido por el shock de readaptación. De todos modos, el físico deseaba un poco de soledad para pensar.

Recordó las terribles semanas pasadas. Desde que estuvieron allí ambos hasta que la Tierra salió del campo, sus vidas les habían parecido un sueño. Apenas les era posible imaginar lo que habían estado haciendo; no podían pensar ni sentir como ellos mismos lo habían hecho. Las cadenas de razonamientos que hicieron posible la reorganización del mundo y la construcción del navío en el espacio de unos meses eran demasiado sutiles y complejos para ser seguidos por el hombre animal. Al cabo de un rato su conversación y su planear desesperado se habían desvanecido en la apatía del desaliento y esperaron aturdidos el cambio que les liberaría o que les aniquilaría.

«Bueno —pensó Corinth en el lindero de su mente, que estaba ocupada con una docena de cosas al mismo tiempo—, tal y como ha ocurrido, nos hemos liberado.»

Quedó mirando el estupendo esplendor del firmamento, y al percatarse de que iba de regreso, hallándose bueno y a salvo, sintió dentro de él un latido de contento. Pero la nueva serenidad que había encontrado le cubría como una armadura. Él podría quitársela en el momento apropiado y lo haría, pero el hecho de

que fuera posible aquello resultaba abrumador.

Debiera haber previsto que eso ocurriría. Indudablemente, muchos en la Tierra lo habían descubierto por ellos mismos, con comunicaciones aún fragrnentarias, aun cuando no habían sido capaces de difundirlo con palabras. La historia del hombre en cierto modo había representado una lucha interminable entre el instinto y la inteligencia, entre el involuntario ritmo orgánico y las normas de conciencia creadas por uno mismo. Allí, pues, estaba el triunfo final de la mente.

Para él aquello había llegado de improviso, pues el shock, al reemerger a una plena actividad neural, precipitó el cambio que había estado latente en él. Sin embargo, este cambio llegaría pronto para toda la humanidad normal. Gradualmente, continuadamente, acaso, pero pronto.

El cambio que eso traería en la naturaleza humana y la sociedad estaba más allá de su imaginación. El hombre tendría aún motivaciones, desearía aún hacer cosas, pero podría seleccionar sus propios deseos, conscientemente. Su personalidad podría ser autoajustada a los requerimientos, intelectualmente ideados de su situación. No sería un robot, no, pero no se parecía a lo que había sido en el pasado. A medida que la nueva técnica fuera plenamente elaborada, las enfermedades psicosomáticas desaparecerían y hasta los trastornos orgánicos podrían ser controlados en alto grado por la voluntad; ya no habría sufrimiento. Cada cual sabría de medicina lo suficiente para cuidar de los otros, y ya no existirían médicos.

Por consiguiente..., ¿no se moriría?

Es probable que sí. El hombre sería aún una cosa finita. Ahora mismo él tenía sus limitaciones naturales, fueran estas las que fueran. Un hombre verdaderamente inmortal quedaría finalmente asfixiado bajo el peso de sus propias experiencias y las potencialidades de su sistema nervioso acabarían exhaustas.

No obstante, el espacio de vida de un hombre llegaría a varios siglos, y el espectro de la edad, el lento desintegramiento de la senilidad, sería abolido.

El hombre proteico..., el hombre intelectual... infinito!

La estrella no era muy diferente del sol; un poco mayor, un poco más rojiza, pero tenía planetas, y uno de ellos era semejante a la Tierra. Corinth lanzó la nave a chapuzarse en la atmósfera del lado de la noche.

Los detectores barrieron la zona. No había radiación más allá del cómputo normal, lo cual quería decir que no había energía atómica. Pero existían ciudades en las cuales los edificios brillaban con fría

luminosidad, y había máquinas y radiocomunicaciones de amplitud mundial. La nave registró las voces que hablaban a través de la noche; posteriormente el lenguaje podría ser analizado.

Los nativos, vistos y fotografiados en una fracción de segundo, cuando la nave silenciosamente pasó sobre ellos, eran de tipo humanoide, bípedos mamíferos, aun cuando tenían piel verdosa y seis dedos en una mano y cabezas enteramente inhumanas. Hacinados en sus ciudades, se parecían, casi patéticamente, a las multitudes del antiguo Nueva York. La forma era extraña, pero la vida en sí y sus humildes deseos eran los mismos.

Inteligencia, otra estirpe mental; pero el hombre no estaba solo en la magnitud del espacio-tiempo…; antaño eso hubiera señalado una época. Aquello meramente confirmaba una hipótesis. Corinth quería bastante a las criaturas de ahí abajo y les deseaba lo mejor; pero eran solo otra especie de la fauna local; animales.

—Parecen ser mucho más sensibles de lo que nosotros éramos en los tiempos pasados —dijo Lewis, mientras la nave giraba en espiral sobre el Continente—. No veo ninguna demostración de guerra o preparativos; acaso ellos la han superado aun antes de lograr la tecnología mecánica.

—O puede que sea un estado universal de amplitud planetaria —repuso Corinth—. Una nación que al fin venció a las otras y las absorbió. Tendremos que estudiar un poco este sitio para averiguarlo, pero yo, por esta vez, no me detendré a hacerlo.

Lewis se encogió de hombros.

—Diría que estás justificado al obrar así. Vámonos, pues. Un paso rápido por el lado diurno y lo dejaremos.

Pese al dominio de sí mismo que había estado acrecentándose en él, Corinth debía luchar contra un arrebato de impaciencia. Lewis tenía razón en su insistencia de que investigasen al menos las estrellas que yacían cerca de su camino de regreso. No originaría la muerte a nadie en la Tierra el esperar unas semanas más su vuelta, y la información valdría la pena.

Pocas horas después de penetrar en la atmósfera, el Sheila volvió a abandonarla y viró a estribor. El planeta quedó rápidamente tras el casco del navío, el sol se achicó y se perdió y todo el mundo viviente —evolución, edades históricas, luchas, gloria, perdición, sueños, odios y temores, esperanzas, amor y anhelo, todas las muchas existencias en diversos planos de mil millones de seres sensibles— fue engullido por la negrura.

Corinth, mirando hacia afuera, dejó que un temblor de desaliento le recorriera libremente. El cosmos era demasiado

grande. No importaba la rapidez con que los hombres volaran por él; no importaba lo lejos que alcanzaran a llegar en las edades por venir y lo duramente que trabajaran; no serían más que un breve destello en un rincón olvidado del gran silencio. La sola mota de polvo de una galaxia era tan inconcebiblemente gigantesca, que hasta entonces su mente no podía abarcarla con su conocimiento; no podría ser conocida plenamente ni en un millón de años; y más allá de ella, y aún más allá, yacían brillantes islas de estrellas alejadas hasta donde no alcanzaba la imaginación. Que el hombre llegara hasta donde el cosmos mismo terminase; no lograría nada contra su indiferente inmensidad.

Era una sabiduría sana, aportadora de una modestia que a la frialdad de su nueva mente le faltaba. Y estaba bien saber que habría siempre una frontera y una incitación; la comprensión de esa indiferente grandeza aproximaría a los hombres entre sí; buscarían consuelo unos con otros, y podía hacerles más bondadosos con todo lo viviente.

Lewis habló lentamente en el silencio de la nave:

—Con este son diecinueve planetas los que hemos visitado, y catorce de ellos con vida inteligente.

Corinth recordó lo que había visto: las montañas, océanos y florestas de mundos enteros; la vida que florecía esplendorosa o luchaba solo por sobrevivir y la sensibilidad que había surgido para guiar la ciega naturaleza. Había visto una fantástica variedad de formas y civilizaciones. Bárbaros saltarines aullando en sus cenagales; una raza frágil y amable, gris como el plomo espolvoreado de plata, que cultivaba grandes flores por alguna razón simbólica desconocida; un mundo humeante en llamas con la furia de las naciones encerradas en una pugna atómica mortal, derribando toda su cultura en una histeria de odio voluptuosa; seres con forma de centauros, que volaban entre los planetas de su propio sol y que soñaban con llegar a las estrellas; los monstruos que respiraban hidrógeno en un gigantesco planeta, frígido y ponzoñoso; y que habían evolucionado en tres especies separadas; tan vasta era la distancia entre ellas; la civilización mundial de bípedos que parecían casi humanos y que se había tornado tan compleja e inflexiblemente organizada que la individualidad se perdía y la conciencia misma amenguaba hacia la extinción, cuando rutinas de hormiguero ocupaban el lugar del pensamiento; una pequeña raza con trompa que había desarrollado plantas especializadas con las que atendían a todas sus necesidades mediante la succión y que vivían en un paraíso tropical de

ociosidad; una nación de las muchas en un mundo circular, que había desdeñado la riqueza y el poder como finalidades y se entregaban apasionadamente a una vida artística. Ah!, habían sido muchos y tan extraños, que no podía imaginarse la diversidad con que el universo había evolucionado, pero ahora Corinth podía ver las muestras.

Lewis lo expresó así:

—Algunas de estas razas eran más antiguas que la nuestra, estoy seguro. Y, sin embargo, Pete, ninguna de ellas es apreciablemente más inteligente que lo era el hombre antes del cambio. ¿Comprendes lo que eso indica?

—Bien; diecinueve planetas… y las estrellas de esta galaxia solo alcanzan un número de orden de cien billones, y la teoría dice que la mayor parte de ellos tienen planetas. ¿Qué clase de muestra puede ser esta?

—¡Sírvete de tu cabeza, amigo! Puede apostarse sobre seguro que bajo las condiciones normales de evolución una raza solo puede llegar a un máximo de inteligencia y luego se detiene. Ninguna de esas estrellas ha estado en el campo inhibidor, ¿comprendes?

—Eso encaja y hace que tenga sentido. El hombre moderno no es esencialmente diferente del primitivo *homo sapiens*. La capacidad básica de una especie inteligente reside en adaptar su contorno para cubrir sus necesidades, más bien que en adaptarse ella misma a su contorno. Así es. En efecto, la raza pensante puede mantener condiciones bastante constantes. Esto es tan verdad para un esquimal en su iglú, como lo es para un neoyorquino en su apartamento aire acondicionado; pero la tecnología mecánica, una vez que la raza da con ella, hace que los contornos físicos sean aún más constantes. La agricultura y la medicina estabilizan el contorno biológico. En resumen, una vez que una raza llega a la inteligencia primeramente representada por un promedio de un 1. O. de cien, digamos, a ciento cincuenta, ya no necesita ser más inteligente.

Corinth asintió.

—Con el tiempo los sustitutos del cerebro se habrán desarrollado también, para manejar problemas que la mente sin medios auxiliares no podía tratar —dijo. Calculadoras, por ejemplo; aunque la escritura tiene, en realidad, el mismo principio. Comprendo lo que quieres decir, desde luego.

—Hay más que eso —añadió Lewis—. La estructura física del sistema nervioso impone limitaciones, como sabes bien. Un cerebro puede llegar a ser tan grande que los caminos neuronales se hagan incontrolablemente largos. Elaboraré la teoría detallada al regresar,

si otro no me ha tomado la delantera.

—La Tierra, naturalmente, es un caso peculiar.

La presencia del campo inhibidor hace que la vida terrestre cambie su base bioquímica. Nosotros tenemos también limitaciones estructurales, pero son más amplias gracias a estas diferencias de tipo. Por consiguiente, ahora podemos muy bien ser la raza más inteligente del universo…, en esta galaxia, al menos.

—¡Hum!, puede que sea así. Naturalmente, había muchas otras estrellas en el campo también.

—Y las hay aún. Pueden entrar en él otras nuevas casi diariamente. Dios mío, cómo compadezco a las razas pensantes de esos planetas! Son rechazadas de nuevo a un nivel de cretinos; una gran cantidad de ellas deberán, simplemente, morir, incapaces de sobrevivir sin su mente. La Tierra ha tenido suerte; se deslizó en el campo antes de que apareciera la inteligencia.

—Pero debe haber muchos planetas en caso análogo —instó Corinth.

—Posiblemente —concedió Lewis—. Puede haber razas que emergieron alcanzando nuestro nivel presente hace millares de años. De ser así, las encontraremos al fin, aunque la galaxia es tan grande que exigirá tiempo. Y todos nos adaptaremos armoniosamente unos a otros —sonrió amargamente—. Al fin y al cabo, la mente puramente lógica es tan proteica, y lo meramente físico se torna tan poco importante para nosotros que, indudablemente, encontraremos seres totalmente semejantes…, parezcan sus cuerpos muy diferentes. ¿Le gustaría hacer pareja con… una araña gigante, por ejemplo?

—No tengo ninguna objeción que oponer —repuso Corinth, encogiéndose de hombros.

—Naturalmente que no. Pero sería divertido encontrarlos. Y ya no estaríamos solos en el universo. —suspiro Lewis—. Sin embargo, Pete, miremos cara a cara esto: Solo una minoría muy pequeña entre todas las especies conscientes que pueda haber en la galaxia ha podido ser tan afortunada como nosotros. Encontraremos una docena de razas parientes o un centenar, pero no un número mayor.

Sus miradas se dirigieron a las estrellas.

—No obstante, puede ser que esa unicidad tenga sus compensaciones. Creo que comienzo a ver una respuesta al problema real; ¿qué van a hacer los hombres supercerebrales con sus facultades? ¿Qué encontrarán digno de su esfuerzo? Todavía me pregunto si no ha habido una razón, llamémosle Dios, para todo esto que ocurre.

Corinth asintió distraído. Estaba inclinado, tenso, hacia delante, atisbando por la pantalla delantera de visión, como si pudiera saltar con la vista a través de los años luz y encontrar al planeta llamado Tierra.

17

La primavera llegó retrasada, pero ahora había tibieza en el aire y neblinas de verdor en los árboles. Era un día demasiado bueno para estar sentado en una oficina, y Mandelbaum deploraba su alto cargo. Hubiera sido más divertido salir al aire libre y jugar un poco al golf, si el campo más cercano estuviera ya bastante seco. Pero, como jefe administrador de una zona que incluía más o menos los antiguos estados de Nueva York, New Jersey y New England, tenía sus obligaciones.

Cuando consiguiera poner a plena producción las pantallas convertidoras del tiempo en fuerza, trasladaría su cuartel general a algún lugar en el campo y se instalaría al aire libre. Hasta entonces, permanecería en la ciudad. Nueva York estaba muriendo; no tenía una razón de ser económica ni social, y todos los días cientos de personas lo dejaban. Pero todavía era un lugar conveniente.

Penetró en la oficina, saludó a los empleados adentrándose luego en su sancta sanctórum. Le esperaba el acostumbrado montón de informes, pero, apenas había empezado con ellos, cuando sonó el teléfono. Maldijo cuando lo tomó; debía de ser bastante urgente cuando su secretario se lo había transmitido.

—Oiga.

—Soy William Jerome.

Era la voz del superintendente del plan de fábricas de alimentos de Long Island. Había sido ingeniero civil antes del cambio y proseguía con el mismo trabajo en más elevado nivel.

—Necesito consejo —prosiguió— y usted parece ser el hombre con mejores ideas sobre relaciones humanas que hay aquí.

Habló con cierta torpeza, como también le ocurría a Mandelbaum; ambos estaban ejercitándose en el desarrollo del lenguaje unitario. Poseía la máxima lógica y la mínima redundancia en su estructura; era un universo de contenido preciso en pocas palabras, y probablemente se convertirla en la lengua internacional de los negocios y de la ciencia, aunque no de la poesía. Se había hecho pública hacía solamente una semana.

Mandelbaum frunció el ceño. Ahora, el trabajo de Jerome era quizá el más importante del mundo. De una forma u otra, dos billones de personas habían de ser alimentadas y las plantas de alimento sintético permitirían la libre distribución de una dieta adecuada, aun cuando no atractiva. Pero primero había que construirlas.

—¿Qué ocurre esta vez? —preguntó—. ¿Más dificultades con

Fort Knox?

El oro era en la actualidad un metal industrial, valorado por su conductibilidad y pesantez, y Jerome necesitaba mucho para barras de autobús y cubiertas de reacción.

—No; al fin me los entregaron. Son los obreros. Hacen un trabajo lento y eso puede convertirse en una huelga.

—¿Por qué? ¿Piden salarios más altos? —el tono de voz era irónico.

El problema del dinero estaba todavía sin resolver, y no se solucionaría hasta que fueran aceptadas por todo el mundo las normas de crédito del nuevo hombre-hora; entre tanto, había establecido su propio sistema local, pagando en vales que podían canjearse por mercancías y servicios. Pero había que perfeccionar el sistema; pagar con dinero no hubiera significado nada.

—No; están por encima de eso. La cuestión es que no quieren trabajar seis horas al día. Es muy tedioso clavar clavos y mezclar cemento. He estado explicando que exigirá tiempo la construcción de robots para ese género de trabajo, pero ellos desean el ocio inmediato. ¿Qué voy a hacer si todos prefieren aceptar un nivel de vida mínimo y se dedican a discusiones filosóficas en sus horas libres?

Mandelbaum sonrió.

—El tiempo de ocio es también parte del nivel de vida. Lo que tiene que hacer, Bill, es conseguir que realicen su trabajo con agrado.

—Sí; pero ¿cómo?

—¿Qué inconveniente hay en instalar altavoces que den conferencias sobre esto y lo otro? O mejor, dar a cada cual un receptor de solapa y dejarle que sintonice lo que quiera oír: charlas, sinfonías o lo que sea. Llamaré a Columbia y haré que organicen una serie de radiaciones para usted.

—¿Quiere decir emisiones?

—No. Entonces se quedarían en sus casas escuchando. Estos seriales se transmitirán durante las horas de trabajo y serán radiados solamente en sus centros laborales.

—¡Ja, ja!… —Jerome rió—. Eso puede dar resultado.

Cuando el ingeniero colgó, Mandelbaum llenó su pipa y volvió a sus papeles. Deseaba que todos sus quebraderos de cabeza pudieran arreglarse tan fácilmente como este. Pero esta cuestión de cambio de localidad… Todo el mundo, al parecer, quería vivir en el campo; los transportes y las comunicaciones ya no eran hechos aislados. Eso implicaría una enorme labor de traslación, y fundar campings, sin

decir nada sobre la necesidad de hacer una limpia de títulos de propiedad. No podía resistirse a una demanda tan enérgica, pero tan poco satisfacerla en seguida. Luego estaba el asunto de...

—O'Banion —dijo el anunciador.

—¿Eh? Ah!, sí. Tenía una cita señalada, ¿no es eso? Que pase.

Brian O'Banion había sido un policía raso antes del cambio; durante el periodo caótico estuvo trabajando con la Policía civil y ahora era el jefe local de los Observadores. A pesar de todo, seguía siendo el irlandés de gran rostro encarnado y resultaba absurdo oír en su boca la flamante palabra Unitario.

—Necesito algunos hombres más —dijo—. La tarea se está haciendo demasiado amplia otra vez.

Mandelbaum exhaló una bocanada de humo y reflexionó. Los Observadores eran su propia creación, aun cuando la idea se había extendido mucho y sería probablemente aceptada por el gobierno internacional en breve plazo. La operación de apaciguamiento social requería constantes observaciones, en cantidad fantásticamente grande, difícil de correlacionar a diario, pero necesaria para que el desarrollo no fuera a írseles de la mano. Los Observadores recogían esta información de varias formas; una de las más efectivas era simplemente el errar por ahí con la apariencia de un ciudadano corriente, hablar con las personas y utilizar la lógica para completar sus averiguaciones.

—Se requiere algún tiempo para reclutarlos y entrenarlos —dijo Mandelbaum—. ¿Para qué los precisa exactamente?

—Bueno, pues primero está el asunto de los retrasados mentales. Voy a poner un par de hombres más en esto. No es un trabajo cómodo, pues hav todavía una porción de ellos rondando por ahí, como sabe, y han de ser localizados y guiados sin intromisiones por el camino más directo hacia una de las pequeñas colonias que están surgiendo.

—Y las colonias mismas deben ser vigiladas más estrechamente y protegidas contra interferencias..., sí. Tarde o temprano vamos a tener que decidir qué ha de hacerse con ellos. Pero eso será una consecuencia de lo que decidamos hacer con nosotros mismos, que está todavía muy en el aire. Muy bien; ¿alguna cosa más?

—He tenido un atisbo de... algo. No sé exactamente lo que es, pero creo que se trata de un asunto importante y cuya raíz está aquí mismo, en Nueva York.

Mandelbaum, impasible, se volvió hacia él.

—¿De qué se trata, Brian? —preguntó tranquilamente.

—No lo sé. Puede que no sea nada criminal, pero es importante.

Tengo informaciones de media docena de países de todo el mundo. Los equinos científicos y los materiales están yendo por tortuosos caminos y no se les vuelve a ver… públicamente.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no da cada científico una referencia, paso a paso, de sus actividades?

—No hay razón para eso. Pero, por ejemplo, el cuerpo de Observadores suecos ha seguido una pista: alguien en Estocolmo deseaba cierta cantidad de tubo de vacío de clase muy especial. El fabricante explicó que todas sus existencias, que eran pequeñas por la escasez de la demanda, habían sido compradas por alguien. El presunto comprador buscó a ese alguien, que resultó ser un agente que compraba para una cuarta persona, a la cual no había visto nunca. Esto hizo que el Observador se interesara, y controlaron todos los laboratorios del país; pero ninguno de ellos había comprado esa mercancía, así que probablemente fue exportada por avión particular. Pidieron a los observadores de otros países que controlaran a su vez. Resultó que nuestros aduaneros habían anotado una caja llena de esos mismos tubos llegada a Odlewild. Yo estaba con la mosca en la oreja, y traté de averiguar a dónde habían ido esos tubos. Pero no tuve suerte; la pista terminaba allí. Así que empecé a preguntar a los Observadores de todo el mundo personalmente, y descubrí varios hechos análogos. Partes de navíos espaciales habían desaparecido en Australia, pongo por caso, o un cargamento de uranio del Congo belga. Esto puede no significar nada, pero si se trata de un plan legal, ¿a qué ese secreto? Necesito algunos hombres más que me ayuden a investigar. Me huele mal.

Mandelbaum asintió. Quizá se trataba de algo disparatado, como un peligroso experimento en nucleónicos…, que podría devastar un territorio entero. O pudiera ser un plan más deliberado. Todavía no se podía decir.

—Me encargaré de que tenga esos hombres —dijo.

Comienzo del verano: el primer tímido verdor de las hojas se ha tornado con el sol de una plenitud encantadora y habla con el viento; hace solo una hora que haa llovido y la leve y fresca brisa agita un fino centellear de gotas, como la sombra de un beso en un rostro que mirara hacia arriba; unos cuantos gorriones saltan en las calles largas y vacías; la neta y silenciosa masa de las edificaciones se destaca tajante en un cielo azul, y millares de ventanas recogen el sol matinal devolviéndolo con gran relumbre.

La ciudad tiene una apariencia soñolienta. Unos cuantos hombres y mujeres marchan a pie entre los silenciosos rascacielos; van descuidadamente vestidos, algunos medio desnudos, y el impulso de apresuramiento febril de los viejos tiempos ha desaparecido. De cuando en cuando un camión o un automóvil ronronea por la avenida, fuera de eso desierta. Funcionan mediante el nuevo sistema de emisión de energía, y la carencia de humo y polvo en el aire hace que éste sea casi cruelmente brillante. Hay algo de domingo en esta mañana, aunque es un día de entre semana.

Los tacones de Sheila resonaban fuertemente en la acera. Este ruido en *staccato* la hacía vibrar en medio de la quietud. Pero solo podía amortiguarlo amenguando el paso, y no quería hacer eso. No podía hacerlo.

Un grupo de niños de unos diez años salió de una tienda abandonada, en la cual habían estado jugando, y corrió por la calle delante de ella. Los músculos jóvenes tenían que ejercitarse aún, pero le causó tristeza que no fueran gritando. Algunas veces pensaba que los niños eran lo más penoso de soportar. Ya no eran como los niños.

Había un largo camino desde la estación al Instituto, y hubiera podido ahorrar energías —¿para qué?— tomando el Metro. Pero el pensamiento de ir enjaulada en metal con los nuevos hombres de la Tierra le hacía estremecerse. A ras del suelo se estaba más en lo abierto y libre. Era casi como estar en el campo. La ciudad había cumplido sus fines y ahora estaba muriendo y las paredes desnudas y ciegas en torno de ella eran tan impersonales como las montañas. Estaba a solas.

Corrió una sombra a lo largo de la calle, como arrojada por una nube que viajara velozmente sobre su cabeza. Alzando la vista, vio la larga metálica forma que desapareció sin ruido tras los rascacielos. ¿Habían vencido la gravedad? ¿Qué importaba?

Se cruzó con dos hombres que estaban sentados en el umbral de una puerta, y su conversación llegó fluctuando hacia ella en la quietud:

—…estética hambrienta…el cambio.

Un rápido gesticular con las manos.

—Wiedersehen —suspiró.

—Nada: macrocosmos, no-yo, entropía. Significación humana.

Aceleró un poco el paso.

El edificio del Instituto parecía más sórdido que los gigantes de la Quinta Avenida. Quizá fuera porque se continuaba utilizándolo intensamente; no tenía la monumental dignidad de la muerte. Sheila penetró en el vestíbulo. No había nadie allí, pero un artefacto enigmático de luces parpadeantes y brillantes tubos murmuraba para sí en un rincón. Fue hacia el ascensor, dudó y se volvió para subir por la escalera. ¿Quién podía saber lo que habrían hecho con el ascensor? Quizá fuera totalmente automático; o respondiera directamente al pensamiento. Acaso hubiera un perro a su cargo.

En el piso séptimo, respirando un poco más agitadamente, fue hacia el corredor. Este, al menos, no había cambiado; los hombres aquí tenían muchas cosas que hacer. Pero los antiguos tubos fluorescentes habían desaparecido y ahora el aire mismo —¿o serían las paredes, el techo y el suelo?— era luminoso. Resultaba particularmente difícil calcular las distancias en esta radiante claridad sin sombras.

Se detuvo delante de la puerta del antiguo laboratorio de Pete, sintiendo el terror en la garganta. «Estúpida —se dijo a si misma—, no van a comerte. Pero ¿qué habían hecho allí dentro? ¿Qué estarían haciendo ahora?»

Haciendo un esfuerzo llamó a la puerta. Hubo una vacilación claramente perceptible, y luego:

—Pase.

Ella hizo girar el pomo de la puerta y entró.

El aposento apenas si había cambiado. Esto era quizá la cosa más difícil de comprender. Algunos de los aparatos estaban en un rincón, polvorientos y descuidados, y ella no conocía los nuevos objetos que habían colocado, y que ocupaban tres mesas. Pero había sido así siempre, cuando visitaba a su marido en los antiguos días. Un apiñamiento de aparatos, que su ignorancia simplemente desconocía. Era siempre el mismo gran aposento, las ventanas abiertas a un cielo de un azul despiadadamente brillante y a la lejana perspectiva de los muelles y los almacenes; una camisa estropeada pendía de la pared con manchas, y había en el aire un

leve olor a ozono y a goma. Seguían estando allí los manoseados libros de consulta de Pete sobre su escritorio; su encendedor de cigarrillos, modelo de mesa, que ella le había regalado en Navidad —¡oh, qué lejos estaba!—, que se desdoraba poco a poco al lado de un cenicero vacío. La silla estaba un poco echada hacia atrás, como si él hubiera salido por un momento y fuera a volver de un instante a otro.

Grunewald alzó la vista de lo que estaba haciendo, parpadeando a la manera de los miopes, como ella recordaba solía hacerlo, pero parecía cansado, y más cargado de espaldas que antes. Mas su rostro cuadrado y rubio era el mismo. Un joven moreno, que ella no conocía, lo ayudaba.

Hizo un gesto desmañado. («Caramba, la señora Corinth. Es un placer inesperado. Pase.»)

El otro refunfuñó y Grunewald hizo un ademán hacia él:

—(Le presento a) Jim Manzelli —dijo—. (Me está ayudando ahora. Jim, le presento a) La señora Corinth (esposa de mi antiguo jefe).

Manzelli hizo una reverencia. Brevemente: («Encantando de conocerla.») Tenía ojos de fanático.

Grunewald la miró más de cerca y ella vio lo que el rostro de él expresaba: «¡Qué delgada se ha puesto! Hay algo obsesivo en torno suyo y sus manos no se están nunca quietas.» Compasión. «Pobre mujer. Ha sido duro para ti, ¿eh? Todos le echamos de menos.» Cortesía convencional:

—(Espero que se sobreponga.) ¿Enfermedad?

Sheila asintió.

—¿(Dónde está) Johansson? —preguntó. (El laboratorio no parecía el mismo sin su rostro largo y sombrío… o sin Pete.)

—(Se ha ido a ayudar a) África, creo (Una tarea colosal ante nosotros, demasiado grande, demasiado de súbito.)

(Demasiado cruel.)

Gestos de asentimiento: (Sí.) La mirada de Manzelli: (Interrogación.)

Los ojos de este fueron a posarse en Sheila con exploradora intensidad. Ella se estremeció y Grunewald dirigió a su compañero de trabajo una mirada de reprobación.

—(He llegado.) De Long Island hoy.

Amargura en la sonrisa de ella; Sheila se había hecho más dura; un signo de asentimiento. («Sí, al parecer creen que no hay inconveniente en dejarme que salga ahora. En fin, no tienen forma de obligarme, y demasiado que hacer para preocuparse de mí.»)

En la expresión de Grunewald revoloteó algo grisáceo. («Ha venido a despedirse, ¿verdad?»)

—(Quería.) Ver (este) lugar (una vez más, solo por un momento. Encierra tanto de los viejos tiempos…)

Repentina imploración de ella:

—Está muerto, ¿no?

Piadoso encogimiento de hombros:

—(No podemos saberlo. Pero la nave se ha retrasado meses y solo un desastre importante puede haberla detenido. Puede haberse metido en el) Campo inhibidor (allá en el espacio y a pesar de las precauciones tomadas).

Sheila cruzó a su lado caminando despacio. Fue hacia la mesa despacho de Pete y acarició con su mano el respaldo de la silla.

Grunewald carraspeó.

—¿(Va a) Dejar la civilización?

Ella asintió con un gesto sin responder. («Es demasiado enorme para mi, demasiado fría y extraña.»)

—(Hay todavía) Trabajo por hacer —dijo él. Ella movió la cabeza. («Para mí, no. No es un trabajo que desee y que comprenda.») Tomando el encendedor de mesa, lo dejó caer en su bolso sonriendo un poco.

Grunewald y Manzelli cambiaron una mirada.

Esta vez Manzelli hizo un gesto de asentimiento.

—(Hemos estado) Haciendo un trabajo (aquí que puede interesarle) —dijo Grunewald. («Le dará esperanza, le hará creer de nuevo en el mañana.»)

Los ojos castaños que se volvieron hacia él casi no le enfocaron. Pensó que el rostro de ella estaba blanco como el papel, atirantado sobre los huesos; y que cierto artista chino había diseñado a pluma el fino trazado de sus venas sobre las sienes y las manos.

El trató torpemente de explicar. La naturaleza del campo inhibidor había sido más ampliamente esclarecida desde que la nave estelar partió. Ya anteriormente había sido posible generar el campo artificial y estudiar sus efectos; pero ahora Grunewald y Manzelli habían emprendido juntos cl plan de crear lo mismo en gran escala. No se precisarían muchos aparatos —unas cuantas toneladas de ellos quizá—. Y una vez que el campo quedara instalado, utilizando un desintegrador nuclear para suministrar la fuerza necesaria, la energía solar sería suficiente para mantenerlo.

El plan era extraoficial; ahora que las primeras prisas de la necesidad habían pasado, aquellos científicos que lo desearan quedaban en libertad de trabajar en lo que les placiera, y los

materiales se obtenían sin dificultad. Había una pequeña organización que ayudaba para encontrar lo que se precisaba; todo cuanto Grunewald y Manzelli hacían ahora en el Instituto eran ensayos; la verdadera construcción se efectuaría en otra parte. Su labor parecía inofensiva a cualquier otro, y un poco aburrida comparada con lo que se estaba intentando en otras ramas. Nadie le prestaba atención o trataba de averiguar lo que había bajo las explicaciones públicas superficiales de Grunewald.

Sheila lo miró vagamente y él pensó en las regiones a las cuales el ser íntimo de ella se había ido.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Qué es esto que están haciendo?

Manzelli sonrió con aspereza. Estaba en tensión.

—(Pero ¿no está a la vista? Nos proponemos) Construir una estación especial orbital (y ponerla en marcha a varías millas sobre la superficie). Generadores de un campo a gran escala. (Volveremos a la humanidad de los) Viejos tiempos.

Sheila no gritó, ni quedó boquiabierta, ni siquiera rió. Asintió solamente con un gesto de cabeza, como si aquello fuera una imagen borrosa y sin significación.

(«Retirarse de la realidad... ¿Es usted sensata?») preguntaron los ojos de Grunewald.

(«¿De qué realidad?»), le dijo ella con un destello.

Manzelli se encogió de hombros. Sabía que Sheila no podía decírselo a nadie, lo leía en su rostro, y eso era lo que importaba. Si no le producía la excitación gozosa que Grunewald había esperado, no era asunto suyo.

Sheila fue andando hacia un lado del aposento. La colección de aparatos que había allí parecían todos de tipo médico. Vio la mesa con las correas, el armario con las agujas hipodérmicas y las ampollas de las inyecciones, la máquina agazapada y negra junto a la cabecera de la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó.

El tono en que lo dijo debiera haberles hecho comprender que lo sabía ya, pero estaban inmersos en sus propias preocupaciones.

—Tratamiento de electro-shock modificado —dijo Grunewald.

Explicó que en las primeras semanas del cambio hubo un intento de estudiar el aspecto funcional de la inteligencia mediante la destrucción sistemática del corte cerebral en los animales y la medición de sus efectos. Pero eso fue pronto abandonado como demasiado inhumano y relativamente inútil.

—Creí que sabía (lo referente a esto) —concluyó. (Fue) En los

sectores de la biología y psicología donde Pete (aún estaba aquí). Recuerdo que protestó enérgicamente (contra eso. ¿No se quejó). A usted (acerca de esto también?).

Sheila asintió imprecisamente.

—El cambio (hizo) crueles a los hombres —dijo Manzelli—. (Y) Ahora no lo son (por más tiempo. Se han convertido en algo diferente del hombre, y ese intelecto desarraigado ha hecho que pierdan sus viejos sueños y amores. Necesitamos restablecer la humanidad).

Sheila se alejó de la fea máquina negruzca.

—Adiós —dijo.

—Yo… quiero… —Grunewald miró al suelo— estar en contacto con usted. (Háganos saber dónde está. Así, si Pete vuelve…)

La sonrisa de ella fue tan remota como la muerte. («No volverá nunca. Y ahora, adiós.»)

Transpuso la puerta y siguió por el pasillo. Junto a la escalera estaba la puerta de un lavabo. No tenía inscripciones de «Caballeros» ni «Señoras», pues hasta en Occidente se habían superado esas gazmoñerías, así que entró y se miró en el espejo. El rostro que vio estaba demacrado y el cabello caía lacio, sin gracia, sobre sus hombros. Intentó arreglárselo, sin darse exacta cuenta de lo que hacía, y luego bajó por la escalera al piso primero.

La puerta de la oficina de dirección estaba abierta, dejando pasar una brisa que venía de las vidrieras de la entrada del edificio. Había dentro máquinas silenciosas que harían probablemente el trabajo de una amplia plantilla de secretarios. Sheila cruzó las habitaciones exteriores y llamó en la puerta abierta de la oficina interior.

Helga Arnulfsen, sentada en su despacho, alzó la vista. También ella había adelgazado un poco, se percató Sheila, y tenía oscuridad en sus ojos. Pero aun cuando estuviera más descuidadamente vestida de lo que acostumbraba, tenía aspecto firme y era grata de ver. Su voz, que siempre había sido ronca, se alzó un poco sorprendida:

—¡Sheila!

—¿Cómo estás?

—Pasa (entra, siéntate. Hace mucho tiempo que no te veo).

Helga, sonriendo, se levantó de la mesa y tomó la mano de su amiga. Los dedos de esta estaban helados.

Oprimió un botón y la puerta se cerró.

—(Ahora podemos estar en privado) —dijo—. (Esta es la señal de que no debe molestárseme.)

—Acercó una silla para Sheila y ella se sentó cruzando las piernas a la manera varonil—. Qué grato (el verte! Espero que te encuentres bien). («Pero no lo parece, pobrecilla.»)

—Yo... —Sheila entrelazó las manos y las soltó de nuevo, buscando en el bolso que tenía en su regazo—. Yo.. —(¿Por qué he venido?)

Los ojos dijeron: («A causa de Pete.»)

Un gesto de asentimiento: («Sí, sí, eso debe ser. A veces no sé por qué... Pero ambas le amábamos, verdad?»)

—Tú —dijo Helga con voz inexpresiva— eras la única a quien quería. («Y tú le hacías daño. Tus sufrimientos eran un dolor para él.»)

«Lo sé. Esto es lo peor.» (Y además):

—No era ya el mismo —dijo Sheila. («Había cambiado demasiado, como todo el mundo. Aunque lo retenía, se escapaba de mí; el tiempo lo arrastraba.»)—. Lo perdí aun antes de que muriera.

—No. Lo tenías, siempre lo tuviste —Helga se encogió de hombros—. Bueno, la vida prosigue (en una modalidad amputada. Comemos, respiramos, dormimos y trabajamos porque no podemos hacer otra cosa).

—Tú tienes fortaleza —dijo Sheila. («Tú has soportado lo que yo no pude soportar.»)

—¡Ah!, sigo andando —repuso Helga.

—Tú tienes aún mañana.

—Sí, eso creo.

Sheila sonrió, con un temblor en los labios. («Yo soy más afortunada que tú. Tengo ayer.»)

—Pueden volver —dijo Helga. («No se sabe qué puede haberles ocurrido. ¿No tienes el valor de esperar?»)

—No —dijo Sheila—. Podrán volver sus cuerpos (pero no Pete. Ha cambiado demasiado y no puedo cambiar con él. Ni quiero tampoco resultarle un peso muerto).

Helga puso una mano en el brazo de Sheila. ¡Qué delgada estaba! Podía sentir los huesos bajo la piel.

—Espera —dijo—. Terapia (está progresando. Pueden sacarte adelante) Normal (en un plazo de, digamos) unos cuantos años más.

—No lo creo.

Había un dejo de desdén, levemente velado, en los fríos ojos azules. «¿No quieres vivir hacia el futuro? ¿Deseas realmente tener paz allá abajo?»

—¿Qué otra cosa (puedo hacer) sino esperar?

—A menos que el suicidio...

—No, eso tampoco. (Hay todavía montañas, valles profundos, ríos relumbrantes, sol y luna y las altas estrellas invernales.) Me adaptaré.

—(He estado en contacto con él.) Kearnes, parece creer (que usted) adelanta.

—¡Ah, sí! (He aprendido a disimular. Hay demasiados ojos en este mundo nuevo.) Pero no he venido a hablar de mí, Helga. (He venido solo a decir) Adiós.

—¿Adónde vas a ir? (Tengo que estar en contacto contigo por si él regresara.)

—Escribiré (para hacértelo saber).

—O da el mensaje a un Sensitivo. (El sistema postal estaba anticuado.)

«¿Eso también? Recuerdo al viejo señor Barneveldt, andando trabajosamente por la calle con su uniforme azul, cuando yo era una niña. Solía llevar alguna golosina para darme.»

—Mira, siento hambre —dijo Helga—. (¿Por qué no vamos a tomar el almuerzo?)

—(«No, gracias. No tengo ganas.»)

Sheila se levantó.

—Adiós, Helga.

—Adiós, no, Sheila; nos veremos de nuevo, y para entonces ya estarás bien.

—Si —dijo ella—. Estaré perfectamente. Pero adiós.

Salió de la oficina y del edificio. Ahora había más transeúntes y se mezcló con ellos. Un portal que había al otro lado de la calle le ofreció un lugar donde ocultarse.

No tenía ninguna sensación de despedida total. Dentro de ella había un vacío, como si el dolor, la soledad y el asombro se hubieran devorado a sí mismos. De cuando en cuando alguno de los fantasmas aleteaba por su mente, pero ya no eran aterradores. Casi se compadeció de ellos. —Pobres espectros! Pronto morirían.

Vio a Helga salir y caminar sola por la calle hacia algún sitio, donde engulliría un almuerzo solitario antes de volver al trabajo. Sheila sonrió, moviendo un poco la cabeza. «Pobre Helga, ¡tan eficiente!»

Luego Grunewald y Manzelli salieron y siguieron el mismo camino, absortos en la conversación. El corazón de Sheila dio un salto. Las palmas de sus manos estaban frías y húmedas. Esperó hasta que los dos hombres se perdieron de vista, cruzó la calle otra vez y penetró en el Instituto.

Los tacones de su calzado resonaban fuertemente en la escalera.

Respiró hondamente, tratando de tranquilizarse. Cuando llegó al séptimo piso quedó esperando un momento para recobrar el control de sí misma que necesitaba. Luego corrió al vestíbulo del laboratorio de física.

La puerta estaba entreabierta. Vaciló de nuevo, mirando a la máquina sin terminar que había dentro. ¿No le había hablado Grunewald acerca de cierto fantástico plan de...? Importaba poco. No funcionaría. El y Manzelli, aquella pequeña partida de reincidentes, estaban locos.

«¿Estoy yo loca?», se preguntó. De ser así, había en ella una fuerza singular. Se necesitaba más resolución para lo que iba a hacer que para poner el cañón de un revólver en la boca y darle al gatillo.

La máquina de shock yacía como un animal acorazado junto a la mesa. Obró con rapidez, acopiándola. El recuerdo de Pete, enfadado antaño por su empleo, había vuelto a ella en la casa de salud; y Kearnes le había dado con gusto todos los textos que le pidió, encantado de que ella hubiera encontrado algo por que interesarse. Sonrió de nuevo. ¡Pobre Kearnes! Cómo lo había engañado.

La máquina zumbó, calentándose. Sacó un bultito de su bolso y lo desenvolvió. Una jeringa de inyección, aguja, frasco de anestésico, pasta de electrodos, cuerda para atar el conmutador de modo que pudiera tirar de él con los dientes. Y un regulador de tiempo para el conmutador también. Debía calcular el tiempo justo que se precisaba. Tenía que estar inconsciente cuando el proceso hubiera concluido.

Quizá no funcionara. Era muy posible que sus sesos se frieran simplemente dentro del cráneo. ¿Qué importaba?

Miró sonriendo hacia la ventana cuando se inyectaba. Adiós, sol; adiós, azul del cielo; nubes, lluvia, canciones en el aire de aves que retornan. Adiós y gracias.

Quitándose la ropa, se tendió en la mesa y sujetó los electrodos en el sitio correspondiente. Los sentía fríos contra la piel. Algunas de las correas eran fáciles de sujetar, pero el brazo derecho..., bueno, había venido preparada y colocó un largo cinturón, que iba bajo la mesa, sobre la muñeca y que tenía un cierre que pudo accionar. Ahora estaba inmovilizada.

Su mirada se ensombrecía a medida que la droga hacía efecto. Era bueno dormir.

Ahora... un tironcito con los dientes.

TRUENOS, FUEGO Y TINIEBLAS ESTREMECEDORAS.

RUINA, HORROR Y RELAMPAGOS.

DOLOR, DOLOR, DOLOR.

—¡Atención, Tierra! Pete Corinth llama a la Tierra desde la nave estelar en viaje de regreso.

Zumbidos y murmullos cósmicos de interferencia, el hablar de las estrellas. La Tierra, un destello azul en relieve contra la noche; su luna, una perla colgando en el seno de la galaxia; el sol, guirnalda de llamas.

—¡Atención, Tierra! Responda, responda. ¿No puede oírme, Tierra?

C*lick, click, zzzz, rnrnm*; voces a través del cielo.

«¡*Alló*, Sheila!»

El planeta aumentaba de tamaño ante ellos. El impulsor de la nave ronroneaba y retumbaba, y Cada Chapa del Casco vibraba con el enérgico impulso; había un alocado y bello cantar de los cristales del metal. Corinth se dio cuenta de que también estaba estremecido, pero no quería reprimirse; no en ese momento.

—¡Atención, Tierra! —repetía monótonamente en la radio.

Iban a menor velocidad que la luz y sus señales tanteaban ciegamente ante ellos en la negrura.

—¡Atención, Tierra! ¿Me escuchan? Es la nave estelar 1, que llama desde el espacio en su viaje de retorno.

Lewis refunfuñó algo que quería decir: «Quizá no utilicen más la radio desde nuestra partida. Son tantos meses...»

Corinth movió la cabeza:

—Estoy seguro de que tendrá radioescuchas de alguna especie en el micrófono: ¡Atención, Tierra; responde, Tierra! ¿No hay nadie en la Tierra que me oiga?

—Si algún inexperto..., algún niño de cinco años, te oyera —dijo Lewis— en Rusia, la India o África, tendría que dar aviso a un transmisor que llegara hasta nosotros, y eso exige tiempo. Tranquilízate, Pete.

—¡Cuestión de tiempo! —Corinth volvió a su asiento—. Creo que tienes razón. De todos modos, dentro de unas horas ensayaremos un aterrizaje en el planeta. Desearía que esté preparado un verdadero recibimiento.

—Una docena de ostras de Limfjord en su media concha, con mucho zumo de limón —dijo Lewis con aire de ensueño, hablando con todas las palabras—. Vino del Rin, por supuesto, digamos cosecha del treinta y siete. Camarones tiernos Con mayonesa recién hecha, pan francés y mantequilla fresca. Anguila ahumada con huevos revueltos y pan moreno. Y no olvidar los cebollinos...

Corinth rió entre dientes, aunque la mitad de su pensamiento estaba en otra parte, absorto en Sheila, a solas con ella en algún lugar soleado. Era grato y extrañamente confortador estar allí cambiando frases vulgares, aun cuando estas fueran simplemente poco más de una palabra y un cambio de expresión. Durante todo el largo viaje de regreso habían estado discutiendo como dioses ebrios, explorando a fondo sus intelectos; pero había sido aquel un medio de escudarse contra la quietud tenebrosa que pasmaba. Ahora regresaban al fuego del hogar humano.

—¡Aquí la nave estelar 1!

Se volvieron violentamente hacia la faz del receptor. La voz que salía de él era apagada, borrosa, a causa de los ruidos del sol y de las estrellas, pero humana. Era la patria.

—¡Caramba ! —murmuró Lewis asombrado—. Pero ¡si tiene el acento de Brooklyn!

—¡Alló, nave estelar 1! ¡Aquí, Nueva York al habla! ¿Me oyen?

—Si —dijo Corinth, con la garganta seca.

Y esperó a que esta palabra diera un salto de millones de millas.

—Llevamos muchísimo tiempo queriendo comunicar —dijo la voz en tono de conversación, después que el tiempo de demora se extinguió en la negrura quejumbrosa y trepidante—. Hay que tener en cuenta el efecto Doppler..., deben venir disparados. ¿Se les han prendido fuego los pantalones o algo por el estilo? —no mencionó para nada el genio de la ingeniería que había hecho posible la comunicación; ahora era una tarea secundaria—. Pero les felicito. ¿Todo va bien?

—Perfectamente —dijo Lewis—. Tuvimos algunas contrariedades, pero volvemos a casa enteros, y esperamos ser recibidos como corresponde —vaciló un momento antes de decir—: ¿Qué tal por la Tierra?

—Bastante bien. Aunque les apuesto que no van a reconocer este lugar. Las cosas están cambiando tan de prisa, que es verdaderamente consolador oír otra vez hablar en viejo y buen americano. Será probablemente la última vez que lo hagamos. Pero ¿qué diablo les ha ocurrido?

—Ya lo explicaremos después —dijo Corinth concisamente—. ¿Cómo están nuestros colegas?

—Muy bien, supongo. Yo soy solo un técnico de Brookhaven, ¿sabe? No estoy enterado. Pero le Comunicaré. Supongo que aterrizarán aquí.

—Sí, dentro de... —Corinth hizo un cálculo rápido que implicaba la solución de un buen número de ecuaciones

diferenciales— seis horas.

—Muy bien, nosotros... —la voz se desvaneció. Solo recogieron otra palabra más—: …banda... —y luego solo quedó el silencio.

—¡*Alló,* Nueva York! Han perdido la onda —dijo Corinth.

—Déjalo —aconsejó Lewis—. Cierra el interruptor. ¿Por qué no?

—Pero...

—Hemos esperado tanto tiempo que bien podemos esperar seis horas más. No vale la pena andar con estas chapucerías.

—¡Hum! bueno... —Corinth vociferó—: *Alló*, Nueva York; *Ave atque vale!*, Tierra. Aquí la nave estelar 1, despidiéndose. Cierro.

—Quería hablar a Sheila —añadió.

—Ya tendrás tiempo de sobra para hacerlo, muchacho —replicó Lewis—. Creo que ahora debiéramos recoger unas cuantas observaciones sobre la impulsión. Ha tomado un tono vibrante que debe significar algo. Nadie ha operado tan intensamente como lo estamos haciendo nosotrOS, y debe haber efectos acumulativos...

—Acaso la fatiga del cristal —dijo Corinth—. Muy bien, has ganado —se absorbió en sus instrumentos.

La Tierra iba aumentando de tamaño ante ellos. Después de haber atravesado años luz en horas volvían ahora a su lugar de partida, renqueando, solo a cientos de millas por segundo; hasta sus nuevas reacciones no eran lo suficientemente rápidas para manipular con velocidades superiores a la luz cerca del planeta. Pero probablemente sería esta la última nave estelar tan limitada, pensó Corinth. Dada la fantástica proporción del avance tecnológico después del cambio, el próximo navío sería un sueño de perfección: como si los hermanos Whright ya hubieran construido un avión trasatlántico en su segundo modelo de prueba. Pensó que viviría lo suficiente para ver la ingeniería llevada a una especie de culminación, alcanzando los límites impuestos por la ley natural. Tras eso el hombre tendría que buscar nuevo campo para las aventuras del intelecto, y creyó intuir cuál sería ese campo. Miró al encantador planeta que crecía con una especie de ternura. ¡*Ave atque vale*!

La media luna se convirtió en un disco desigual y nuboso, a medida que fueron girando hacia el lado diurno. Luego, súbitamente, ya no quedó ante ellos, sino debajo, y oyeron el agudo chillido del aire al ser hendido. Planearon sobre la vastedad del Pacífico a la luz de la luna, frenaron y descendieron por encima de Sierra Nevada. América estaba a sus pies, enorme, verde y hermosa; una tierra fuertemente contorneada, a través de la cual el Mississippi era un hilo de plata. Luego tomaron la vertical y los

altos edificios de Manhattan se alzaron destacándose contra el mar.

El corazón de Corinth palpitaba agitadamente en su pecho. «Ten calma —le decía él—. Ten calma y espera. Ahora hay tiempo.» Condujo la nave hacia Brookhaven, donde el campo de aterrizaje espacial era como una cuchillada gris, y allí vio otra brillante flecha en astillero. Ya habían empezado la construcción de la nave próxima.

Hubo un pequeño choque y la quilla resbaló sobre la pista. Lewis tendió la mano y paró los motores. Cuando estos cesaron, los oídos de Corinth resonaron con el repentino silencio. No se había dado cuenta en qué medida era una parte de él mismo aquel incesante redoble.

—¡Vamos!

Se había levantado de su asiento y había cruzado la angosta cabina antes que Lewis se moviera. Sus dedos temblaron mientras recorrían el complicado modelo de cierre electrónico. La puerta interior se abrió corriéndose suavemente y la exterior se abrió también. Recogió una bocanada de aire salino que soplaba desde el mar.

«¡Sheila! ¿Dónde está Sheila?» Bajó tambaleándose de la escalera, destacando su silueta oscura contra el metal del casco. Estaba abollado, rayado con curiosas muestras de cristalizaciones, resultado de tan largo y extraño viaje. Al tocar suelo, vaciló y cayó, pero se puso en pie de nuevo, antes de que nadie viniera en su auxilio.

—¡Sheila! —exclamó.

Félix Mandelbaum se adelantó tendiéndole las manos. Parecía muy envejecido y cansado, consumido por el esfuerzo. Tomó las manos de Corinth en las suyas, pero no habló.

—¿Dónde está Sheila? —susurró Corinth—. ¿Dónde está?

Mandelbaum movió la cabeza. Lewis descendía ahora, más cautelosamente. Rossman fue al encuentro de él, desviando la vista de Corinth. Los otros le siguieron —eran gentes de Brookhaven, no amistades íntimas—, pero miraron hacia otra parte.

Corinth trató de tragar saliva, pero no pudo.

—¿Muerta? —preguntó.

El viento murmuraba en torno de él, revolviéndole los cabellos.

—No, dijo Mandelbaum—. Ni tampoco loca; pero.. —movió la cabeza y su rostro aquilino se contrajo. No.

Corinth respiró tan fuerte que sus pulmones se estremecieron. Al mirarlo todos notaron su desfallecimiento. Estaba conteniendo las lágrimas.

—Sigue —dijo—. Cuéntame.

—Fue hace cosa de seis semanas —dijo Mandelbaum—. Supongo que no pudo resistir más. Consiguió posesionarse de la máquina de electroshock y...

Corinth hizo un lento movimiento de cabeza y terminó la frase:

—Y destruyó su cerebro.

—No, no fue eso, aun cuando estuvo en contacto y funcionó un cierto tiempo —Mandelbaum tomó el brazo del físico—: Digámoslo de este modo: es la Sheila de antes, la de antes del cambio, casi.

Corinth percibió confusamente lo fresco y vivaz que era el viento del mar en las ventanas de su nariz.

—Vamos, Pete —dijo Mandelbaum—. Te llevaré donde está ella.

Corinth salió del campo guiado por él.

El psiquiatra Kearnes fue a su encuentro en Bellevue. Su rostro era como de madera, pero no había en él sensación de estar avergonzado ni en Corinth acusación alguna. Hizo cuanto pudo con los conocimientos inadecuados de que disponía y fracasó; era un hecho real y nada más.

—Me engañó —dijo—. Creí que estaba poniéndose bien. No me di cuenta del gran dominio que pueden tener, después del cambio, hasta las personas que no están cuerdas. Y creo que tampoco comprendí lo duro que era seguir viviendo para ella. Ninguno de los que soportamos el cambio comprenderá nunca la pesadilla que debe de haber sido para aquellos que no pudieron adaptarse.

«Negras alas que se agitan, y Sheila sola. Cae la noche, y Sheila sola.»

—¿Estaba completamente loca cuando hizo eso? preguntó Corinth.

Su voz carecía de expresión.

—Pero ¿qué es la sensatez? Quizá hizo lo más sensato. ¿Merecería la pena ese género de existencia ante la lejana perspectiva de ser curada cuando aprendamos a hacerlo?

—¿Cuáles fueron los efectos?

—Fue algo torpemente hecho, como es natural. Varios huesos se quebraron con las convulsiones, y ella hubiera muerto de no haber sido encontrada a tiempo —Kearnes puso una mano en la espalda de Corinth—. El volumen real del tejido cerebral destruido fue pequeño, pero naturalmente en la zona más crítica.

—Félix me ha dicho que..., que se está reponiendo bien.

—¡Ah, sí! —Kearnes sonrió torcidamente, como si tuviera en la boca un gusto amargo—. No es difícil para nosotros comprender la

psicología humana anterior al cambio... ahora. Yo utilicé el tridental acceso inventado por Gravenstein y de la Garde después del cambio: tratamiento de revalorización simbólica, de neurología cibernética y de coordinación somática. Hay tejido sano suficiente para hacerse cargo de las funciones de la parte dañada, con una guía adecuada, una vez que la psicosis haya desaparecido. Creo que podrá ser dada de alta dentro de unos tres meses.

Respiró con fuerza, y añadió:

—Será un ser humano normal y sano anterior al cambio, con un C.I. de un ciento cincuenta.

—Comprendido —Corinth asintió—. Bien, ¿cuáles serán las posibilidades de restaurar lo dañado en ella?

—En el mejor de los casos, exigirá años poder recrear el tejido nervioso. Esto no se regenera, como sabe, ni aun con estimulo artificial. Tendremos que crear la vida misma sintéticamente y recorrer un billón de años de evolución para desarrollar la célula del cerebro humano y reproducir el gene preciso del tipo del paciente, y aun entonces..., lo dudo.

—Comprendo.

—Puede visitarla durante un breve rato. Le hemos dicho que usted vive.

—¿Qué hizo al saberlo?

—Lloró mucho, naturalmente. Es un síntoma saludable. Puede permanecer cosa de media hora, si no la excita demasiado.

Kearnes le dio el número de la habitación y volvió a su despacho.

Corinth tomó el ascensor y recorrió un largo y callado corredor que olía a rosas recién regadas. Cuando llegó al cuarto de Sheila, la puerta estaba entreabierta y vaciló un poco mirando hacia adentro. Era como las frondas de un bosque, con abetos y otros árboles, y el leve trino de pájaros en los nidos; en alguna parte caía una catarata y el aire tenía el aroma estimulante de la tierra y el verdor. Esto era en gran parte ilusorio, supuso, pero eso le proporcionaba a ella alivio...

Entró y se inclinó sobre la cama que quedaba bajo un sauce moteado por el sol.

—¿Qué tal, querida? —dijo.

Lo más extraño de todo era que no había cambiado. Estaba como en la época en que se casaron, joven y rubia, con el pelo suavemente rizado cayendo sobre el rostro, todavía pálido, con sus grandes ojos muy brillantes al volverse hacia él. La camisa de dormir blanca —una prenda afelpada de su propio guardarropa— le

hacía parecer casi una niña.

—Pete —dijo.

Él se inclinó a besarla muy cariñosamente. Pero la respuesta de ella fue un tanto remota, casi como la de una desconocida. Cuando sus manos le acariciaron el rostro, él notó que el anillo matrimonial había desaparecido.

—Vives —hablaba con una especie de asombro—. Has vuelto.

—A ti, Sheila —dijo él, sentándose a su lado.

Pero ella movió la cabeza.

—No —repuso.

—Te quiero —exclamó él en su desamparo.

—Yo también te quería —su voz era tranquila, distante, y él vio en sus ojos el ensueño—. Por eso hice esto.

El permaneció reprimiéndose, esforzándose por conservar la calma. En su cabeza había una tempestad.

—No te recuerdo demasiado bien, ¿sabes? —le dijo ella—. Me figuro que mi memoria ha quedado dañada. Todo me parece pasado, distante, y tú como un ensueño que amé —sonrió—. ¡Qué delgado estás, Pete! Y como endurecido. Todo el mundo se ha vuelto así.

—No, dijo él—. Todos te estiman.

—Pero no es la clase de estimación de antes. La que yo conocía. Y tú ya no eres Pete —se incorporó, alzando un poco el tono de voz —. Pete murió en el cambio. Le vi morir. Tú eres un hombre bondadoso, y me hace daño mirarte, pero no eres Pete.

—Cálmate, querida —dijo él.

—No puedo seguir contigo —insistió ella—, y no quisiera proporcionarte a ti, o a mí misma, esa carga. Ahora he vuelto. Y no sabes lo maravilloso que es. Soledad, pero maravillosa. En esto hay paz.

—Yo te necesito todavía —dijo él.

—No, no me mientas. Ya ves: no es necesario —Sheila sonrió a través de un millar de años—. Puedes estar ahí sentado con tu rostro enteramente helado… No, tú no eres Pete. Pero te aprecio.

Él supo entonces lo que ella necesitaba, pero no se contuvo más, cediendo su voluntad y abandonándose a su deseo. Lloró arrodillado junto a la cama y ella le consoló lo mejor que pudo.

Hay una isla en medio del Pacífico que no está distante del Ecuador, pero sí del mundo de los hombres. Las rutas de los viejos barcos y las últimas líneas aéreas transoceánicas siguen rumbos que están más allá de su horizonte, y el atolón quedó a merced del sol y del viento y del chillar de las gaviotas.

Durante un breve tiempo había conocido la estirpe humana. La lenta y ciega paciencia de los pólipos de coral lo habían formado, y días y noches había ido convirtiendo su áspera y húmeda faz en tierra fértil. Las simientes de las plantas habían venido volando en largo viaje a encontrarla. Unos cuantos cocos fueron arrastrados por las olas y ahora eran árboles. Allí permanecieron cientos de años, quizá, hasta que llegó una canoa del límite del mundo.

Eran polinesios, hombres morenos y altos, cuya raza había vagado lejos en busca de Hawaiki la bella. Estaban hechos al sol y a la sal marina y les importaba poco atravesar un millar de millas desiertas con solo las estrellas y las grandes corrientes marinas como guía, y sus propios brazos para remar. ¡*Tohilia, hioha, itoki, itoki*! Cuando hubieron arrastrado sus lanchas a la orilla y ofrecido sacrificio a Nan de dientes de tiburón, entrelazaron flores de hibiscus en sus largos cabellos y danzaron en la playa; porque habían estado explorando la isla y la habían encontrado fácilmente habitable.

Luego se fueron, pero al año siguiente —o al otro, o al año después del otro, pues el océano era enorme y el tiempo eterno— regresaron con otros y trajeron cerdos y mujeres. Aquella noche las fogatas ardieron altas en la playa. Después se alzó un pueblecillo de chozas con techo de ramaje y los niños, desnudos, se revolcaban en las espumas de las olas, y los pescadores iban más allá de la laguna con muchas risas. Y esto duró uno o dos centenares de años, hasta que llegaron los hombres pálidos.

Sus grandes canoas de blancas velas se detuvieron solo unas cuantas veces en esta isla, que no era importante, pero, sin embargo, descargaron en ella a conciencia su acostumbrada carga de viruela, sarampión y tuberculosis, que aniquilaron a casi toda la gente morena. Después de algún tiempo, con la ayuda de la sangre caucásica, se creó cierta resistencia, y fue el tiempo de los plantadores 'de copra, de la religión, de la Madre Hubbards y de las conferencias internacionales para determinar si aquel atolón, entre otros, pertenecía a Londres, a Paris, a Berlín o a Washington, grandes aldeas del otro lado del mundo.

Un día el comercio quedó finalmente concluido, en el cual se incluía la copra, la cristiandad, el tabaco y el comercio de las goletas. La población de la isla, para entonces una mezcla de varias razas, estaba bastante satisfecha, aun cuando padecía de mucho dolor de muelas; cuando uno de los jóvenes de allí, que con muchas dificultades había logrado estudiar en América, regresó y se puso a suspirar por los viejos tiempos, las gentes se rieron de él. Tenían solo un vago recuerdo de aquella época; recuerdo transmitido a través de una serie de misioneros interesados.

Luego, alguien desde una oficina al otro lado del mundo decidió que se necesitaba aquella isla. Debe de haber sido para una base naval, o como estación experimental; los hombres pálidos tenían tantas guerras e invertían casi todo su esfuerzo preparándolas. Nadie se preocupó mucho tiempo de para qué se había deseado el atolón, pues hoy ya nadie lo habita, y a las gaviotas eso no les importa. Los nativos fueron trasladados a otra parte y transcurrieron algunos años en calma, añorando su tierra. Pero nadie prestó la menor atención a esto, pues la isla era necesaria para salvaguardar la libertad del hombre, y después de algún tiempo la generación de más edad se extinguió y la generación más joven olvidó. Entre tanto, los hombres blancos, molestando a las gaviotas un poco, alzaron edificaciones y llenaron las lagunas de barcos.

Luego, por alguna razón desconocida, la isla fue abandonada. Debe de haber sido a causa de algún tratado, después de una derrota en la guerra o de una catástrofe económica. El viento y la lluvia y las vides trepadoras no habían sido nunca derrotadas, sino contenidas nada más. Ahora, ellas empezaron la tarea de la demolición.

Durante unas cuantas centurias los hombres habían alterado el ritmo natural, la duración de los días y de las noches, la lluvia, el sol y las estrellas y los huracanes; pero ahora habían vuelto. La resaca mandó sus olas y corroyó el risco; el frío que venía de las corrientes submarinas profundas royó lentamente los cimientos, pero había muchos pólipos y aun hubo construcción. La isla duraría aún varios miles de años, así que no había prisa acerca de nada. Durante el día los peces saltaban en las aguas y las gaviotas revoloteaban sobre ellas, y los árboles y los bambúes crecían con prisa fanática; por la noche la luna era fría en el oleaje que rompía y una estela fosforescente se arremolinaba tras los grandes tiburones que patrullaban las aguas exteriores. Allí todo era paz.

El propulsor aéreo murmuró saliendo de las tinieblas, bajo las

altas y brillantes estrellas. Los dedos invisibles del radar tantearon la tierra y una voz musitó en una onda:

—Abajo…, aquí…, muy bien, despacio.

El propulsor quedó de pronto inmóvil en un claro y salieron de él dos hombres.

Estos fueron recibidos por otros, sombras indistintas en la noche rociada de luna. Uno de ellos habló con un australiano y seco gangueo:

—Doctor Grunewald, doctor Manzelli, me permito presentarles al mayor Rosovsky…, a Sri Ramavashtar…, al señor Hwang Pu-Yi…

Siguió con la lista. Eran aproximadamente una docena los presentes, incluyendo a los dos americanos.

No hacía mucho, hubiera sido extraño aquel grupo, y hasta imposible: un oficial ruso, un místico hindú, un filósofo francés, escritor religioso; un político irlandés, un comisario chino, un ingeniero australiano, un financiero sueco; como si toda la tierra se hubiera reunido para una insurrección silenciosa. Ninguno de ellos era ahora lo que habían sido, y el común denominador estribaba en un anhelo por algo perdido.

—He traído los aparatos de control —dijo Grunewald con viveza —. ¿Qué hay acerca del material pesado?

—Está todo aquí. Podemos partir en cualquier momento —dijo el irlandés.

Grunewald miró el reloj.

—Faltan un par de horas para la medianoche —dijo en voz alta —. ¿Podremos estar preparados para entonces?

—Así lo creo —declaró el ruso—. Está casi todo reunido.

Caminando hacia la playa, señaló con un gesto hacia la abultada forma que se recortaba toscamente sobre el fondo de la laguna blanca de luz lunar. El y uno de los camaradas habían conseguido el barco *Tramp* hacía unos meses y lo habían equipado con una maquinaria tal que dos hombres solos podían gobernarlo por todo el mundo. Esa había sido su participación en la barca; no demasiado difícil para hombres decididos, en medio de la confusión de una civilización moribunda. Habían navegado por el Báltico, recogido parte de su carga en Suecia, y también habían tocado Francia, Italia, Egipto y la India en su viaje al punto de destino convenido. Durante unos días el trabajo de montaje de la nave espacial y su carga progresó rápidamente.

El oleaje rugía y retumbaba, con estruendo pleno y profundo que retemblaba bajo los pies y se lanzaba blanquecino hacia las constelaciones. El coral y la arena eran triturados bajo las botas; las

palmas y los bambúes susurraban secamente con el vientecillo, y los papagayos, molestados, alborotaban en la oscuridad. Más allá de este ruido latente, solo había silencio y sueño.

A lo lejos las ruinas de unos viejos cuarteles se desmoronaban en su sudario de plantas trepadoras. Grunewald percibió el olor de las flores y la densa humedad de la madera podrida; era algo tan penetrante que le hacía perder la cabeza. Al otro lado de las ruinas había algunas tiendas, recién montadas, y por encima de ellas, dominándolas, se alzaba la nave espacial.

Era algo neto y bello, como una pilastra de hielo gris bajo la luna, en postura de equilibrio hacia las estrellas. Grunewald la contempló con una curiosa mezcla de sentimientos; tenso orgullo por la satisfacción de la victoria; comprensión angustiosa de su belleza adorable; pleno conocimiento de que pronto ya no podría entender la lógica trascendente que había hecho posible su diseño y construcción.

Miró a Manzelli:

—Te envidio, amigo —dijo simplemente.

Varios hombres iban a lanzarla al espacio, a ponerla en órbita y a realizar el trabajo final de montar y poner en marcha el generador del campo que la nave portaba. Luego esos hombres morirían, pues no había habido tiempo de preparar los medios para su retorno.

Grunewald tenía la sensación del tiempo como si fuera un lebrel tras sus talones. Pronto el próximo barco estelar estaría listo, y ya se estaban construyendo otros por todas partes. Entonces ya no podría haber medio de detener la marcha de la raza y del tiempo. Esa noche la última esperanza de la humanidad —de la humanidad humana— estaba a punto de realizarse; si esta fallaba, no habría otra oportunidad.

—Creo, dijo —que todo el mundo llorará de satisfacción antes que salga el sol.

—No —dijo el australiano con sentido práctico—. Se pondrán más locos que un nido de avispas. Es preciso concederles algún tiempo hasta que se den cuenta de que están salvados.

Bueno, habría tiempo. El navío espacial estaba equipado con defensas superiores a la capacidad del hombre anterior al cambio, las cuales no podrían ser vencidas en menos de un siglo. Sus robots destruirían cualquier otra nave espacial o proyectil que se enviara desde la Tierra. El hombre, la totalidad de la raza humana viviente, tendría la ocasión de contener el aliento y recordar sus primeros horrores, y tras eso no querría atacar el navío espacial.

Los otros habían descargado el propulsor venido de América y

llevado la carga delicada a su sitio. Ahora habían puesto las banastas en el suelo y Grunewald y Manzelli empezaron a abrirlas cuidadosamente. Alguien encendió un foco y a su duro resplandor blanquecino olvidaron la luna y el mar que estaba en torno.

Tampoco se percataron de la larga y silenciosa forma que se deslizó sobre sus cabezas y que quedó allí colgando como un tiburón que navegara por el firmamento, vigilando. Solo cuando aquello les habló, alzaron la vista hacia allí.

La voz del amplificador había sido amable, casi con una nota sentimental:

—Sentimos defraudarles, pero ya han hecho bastante.

Mirando fijamente hacia arriba, Grunewald vio el relumbre acerado en lo alto y su corazón se agitó fuertemente en su pecho. El ruso sacó una pistola y disparó, sonando los tiros lamentablemente fútiles bajo el golpear acompasado del oleaje. Hubo un cotorreo de las aves despertadas y sus alas batieron ruidosamente entre las palmeras susurrantes.

Manzelli maldijo, giró sobre sus talones y se metió de golpe en la nave espacial. En ella había cañones que podrían derribar la amenaza que pesaba sobre ellos, y Grunewald, que iba a zambullirse para protegerse, vio en el flanco de la nave que una torreta giraba para apuntar hacia el cielo. Se tiró boca abajo. Aquel cañón podía disparar granadas atómicas!

Desde el enemigo, que se cernía sobre ellos, brotó un rayo llameante de una intensidad que cegaba. La boca del cañón se doblegó, encandecida al rojo blanco. El fino dedo escribió la destrucción en un flanco del navío espacial hasta alcanzar los conos de su impulsión gravitacional. Allí estuvo actuando unos minutos y el calor del acero derretido chamuscó los rostros de los hombres.

«Una gigantesca antorcha de hidrógeno atómico —la mente de Grunewald estaba deslumbrada—. Ahora ya no podemos partir…»

Lentamente las paredes mismas del navío espacial inutilizado empezaron a ponerse al rojo. El sueco gritó al quitarse una sortija que tenía en un dedo. Manzelli, tambaleándose, salió de la nave llorando.

El campo de fuerza se extinguía y las máquinas empezaron a enfriarse de nuevo, y también había muerto algo en los hombres que estaban esperando. Solo se escuchaban los profundos sollozos de Manzelli.

El artefacto enemigo —era una nave estelar, como ahora se podía ver— permaneció donde estaba, y una pequeña balsa antigravedad salió flotando de su vientre y se deslizó hacia tierra.

Sobre ella había varios hombres en pie y una mujer. Ninguno de los complicados en la intriga se movieron mientras la balsa tomaba contacto con el suelo.

Grunewald dio un paso hacia ellos y se detuvo con los hombros caídos.

—Félix —dijo con voz apagada—. Pete, Helga.

Mandelbaum asintió con un gesto. El único reflector encendido lanzaba una dura sombra negra en su rostro. Esperó en la balsa, mientras tres hombres muy fornidos, que habían sido detectives en el mundo de antes, fueron a meterse entre los conspiradores y recogieron las armas de fuego, que estos habían arrojado por quemar demasiado para sostenerlas. Luego, Mandelbaum se reunió con la Policía en tierra, y Corinth y Helga les siguieron.

—Sin duda no esperaban encontrarse con esto —dijo el dirigente —. Su voz no era exultante, sino cansada. Movió la cabeza. Ya ven, los Observadores han venido vigilando su lamentablemente pobre proyecto casi desde el comienzo. Su propio secreto les denunció.

—Entonces, ¿por qué dejaron que llegara tan lejos? —preguntó el australiano.

Su voz estaba sofocada por la cólera.

—En parte, para mantenerlos alejados de peores diabluras, y en parte para que dejarles proceder con mentalidad semejante y poder así localizarlos —dijo Mandelbaum—. Esperamos hasta que comprendimos que ya estaban dispuestos a partir, y entonces actuamos.

—Eso es malvado —dijo el francés—. Esa es la especie de sangre fría que ha crecido desde el cambio. Me figuro que lo inteligente, lo expeditivo para ustedes ahora, será fusilarnos.

—¿Por qué? —dijo Mandelbaum amablemente—. La realidad es que utilizamos un amortiguador a reacción juntamente con el campo derretidor de metales, solo para impedir que sus cartuchos se dispararan y les causasen daño. Después de todo, tenemos que interrogarles para saber quién más les respalda. Y, además, todos ustedes tienen buena cabeza y mucha energía y valor; toda una gran valía en potencia. No es culpa suya si el cambio los ha vuelto locos.

—¡Locos! —el ruso escupió y se rehízo con un esfuerzo estremecedor—. Nos llama locos!

—Bueno —dijo Mandelbaum—, si la ilusión de que unas pocas personas tienen derecho a tomar decisiones para toda la raza e imponerlas no es megalomanía, ¿qué es entonces? Si realmente tienen una causa, deben presentarla ante el mundo lo antes posible.

—El mundo ha sido cegado —dijo el hindú con dignidad—. Ya

no puede ver la verdad. Yo mismo he perdido el débil atisbo de lo esencial que tuve en otro tiempo, aun cuando al menos sé que está perdido.

—Lo que quiere decir —repuso fríamente Mandelbaum— es que su mente se ha tornado demasiado poderosa para que pueda usted entrar en esa especie de trance que es su peculiar fetalización; pero aún siente la necesidad de aquello.

El hindú se encogió de hombros con desprecio.

Grunewald miró a Corinth.

—Creí que era mi amigo, Pete —murmuró—. Y después de lo que el cambio produjo en su esposa, supuse que podría comprender…

—No ha tenido nada que ver con esto —dijo Helga adelantándose un poco y tomando a Corinth del brazo—. He sido yo quien le señaló con el dedo, Grunewald. Pete viene esta noche con nosotros como físico, a examinar sus aparatos y salvarlos para algún propósito útil. «Terapia ocupacional… ¡Ay, Pete, has sido herido de tal modo!»

Corinth movió la cabeza y habló con aspereza y tono de un enojo extraño a su natural afabilidad.

—No es preciso encontrar disculpas para mí. Hubiera hecho esto yo solo de haber sabido lo que planeaban. Porque, ¿qué sería de Sheila si el viejo mundo volviera otra vez?

—Ustedes se curarán —dijo Mandelbaum—. Sus casos no son de locura violenta, y creo que la nuevo técnica terapéutica permitirá curarlos muy pronto.

—Preferiría que me matasen —dijo el australiano.

Manzelli lloraba todavía. Los sollozos le desgarraban como garras.

—Pero ¿no lo comprenden? —preguntó el francés—. ¿Todas las victorias que el hombre ganó en el pasado van a quedar en nada? Antes siquiera de haber encontrado a Dios ¿van a convertirlo en un cuento para los niños? ¿Qué le van a dar al hombre en compensación de los esplendores de su arte, de las creaciones de sus manos y de los pequeños placeres consoladores cuando su jornada de trabajo ha sido cumplida? Le han convertido en una máquina calculadora, y el cuerpo y el alma pueden marchitarse en medio de sus nuevas ecuaciones.

Mandelbaum se encogió de hombros.

—El cambio no fue idea mía —dijo—. Si cree en Dios, entonces esto parecerá más bien una obra de sus manos, su camino para dar el próximo paso adelante.

—Hacia adelante desde el punto de vista intelectual —dijo el francés—. Para un profesor flatulento y miope será sin duda un progreso.

—¿Tengo yo aspecto de profesor? —refunfuñó Mandelbaum—. Estaba remachando acero cuando usted leía sus primeros libros acerca de la belleza de la naturaleza. Me estaban pisoteando la cara una colección de imbéciles cuando usted estaba escribiendo sobre el pecado del orgullo y de la pelea. Usted ama al trabajador, pero no puede invitarle a su mesa. ¿Cómo iba a hacerlo? Cuando el pequeño Jean Pierre, que era un estudiante de sacerdote antes de la guerra, fue cogido haciendo labor de espionaje a nuestro favor, resistió durante veinticuatro horas todo cuanto los alemanes pudieron hacerle y nos dio a los demás posibilidad de escapar. Entre tanto, según recuerdo, usted estaba a salvo en los Estados Unidos escribiendo propaganda. Sacerdote judas, ¿por qué no prueba a poner en práctica esas cosas acerca de las cuales está tan dispuesto a teorizar?

La fatiga le abandonó al excitarse con el viejo deleite de la lucha. Su voz misma se alzó en un tono duro y fiero, como martillazos sobre el hierro.

—La dificultad que existe con todos ustedes estriba en que de una forma o de otra tienen miedo de afrontar la vida. En vez de intentar construir el futuro han estado anhelando el retorno de un pasado que está ya un millón de años tras nosotros. Han perdido sus viejas ilusiones y no han conseguido lo que se necesita para crear otras nuevas y mejores.

—Incluyendo la ilusión americana del progreso —soltó el chino.

—¿Quién dice nada acerca de eso? Eso está olvidado también, como chatarra anticuada; otra palabra sin sentido nacida de la estupidez, de la codicia y la presunción. Sin duda, todo nuestro pasado nos ha sido arrancado. Es una terrible sensación la de quedar desnudo y solitario. Pero ¿no cree que el hombre pueda alcanzar un nuevo equilibrio? ¿No cree que podremos construir una nueva cultura, con toda su propia belleza y deleite y sueños, ahora que hemos roto todos los viejos capullos de seda? ¿Y cree que los hombres, hombres con energías y esperanzas, todas las razas de todo el mundo, quieren volver atrás? Yo le digo que no. El mero hecho de que intentaran esto clandestinamente demuestra que conocían esto mismo. ¿Qué ofrecía el viejo mundo al noventa por ciento de la raza humana? Fatiga, ignorancia, enfermedad, guerra, opresión, necesidad, temor, desde la cuna infecta hasta la tumba miserable. Si se había nacido en países afortunados podía llenarse el

vientre y quizá tener unos cuantos brillantes juguetes para distraerse, pero no había esperanza en uno, ni visión, ni finalidad. El hecho de que una civilización tras otra acabaran en ruinas muestra que no éramos adecuados a ellas: que somos salvajes por naturaleza. Ahora tenemos una oportunidad para salir de la rueda de la historia e ir a alguna parte..., nadie sabe dónde, nadie puede adivinarlo; pero nuestros ojos se han abierto y uno no quiere cerrarlos otra vez.

Mandelbaum calló súbitamente, suspiró y se volvió hacia sus detectives.

—Llévenselos, muchachos —dijo.

Los conspiradores fueron instados a subir a la balsa... gentilmente; no había necesidad de ser áspero ni maligno. Mandelbaum estuvo mirando hasta que la balsa se elevó despacio hacia el navío estelar. Luego se volvió hacia la larga forma metálica en tierra.

—¡Qué cosa más heroica! —murmuró, moviendo la cabeza—. Fútil, pero heroica. Son hombres buenos y espero que no se precise mucho tiempo para curarlos.

La risa de Corinth era algo torcida.

—Por supuesto, nosotros tenemos toda la razón —dijo.

Mandelbaum rió entre dientes.

—Perdón por la conferencia —replicó—. Son viejos hábitos demasiado fuertemente arraigados; un hecho ha de llevar su etiqueta moral. Bueno, nosotros, la raza humana, deberemos sobreponemos muy pronto a eso.

El físico se mostró precavido:

—Hay que tener algún género de moralidad —dijo.

—Sin duda. Como ha de tenerse motivos para hacer cualquier cosa. Sin embargo, creo que estamos por encima de esa especie de código ñoño que proclamó las cruzadas, quemó herejes y lanzó a los que disentían a los campos de concentración. Necesitamos una honradez más íntima y menos pública.

Mandelbaum bostezó entonces y estiró su fuerte y flexible armazón hasta el punto que parecía iban a quebrarse los huesos.

—Un largo viaje y al fin ni siquiera una decente batalla a tiros —dijo. La balsa iba descendiendo de nuevo automáticamente—. Voy a dormir un poco. Ya podremos examinar por la mañana este revoltijo de chatarra. ¿Vienes?

—Ahora precisamente, no —dijo Corinth—. Estoy demasiado cansado. (Quiero pensar) Iré andando hacia la playa.

—Muy bien —Mandelbaum sonrió con un curioso gesto de

ternura en los labios—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Corinth se volvió y salió del claro. Helga fue silenciosamente a ponerse a su lado.

Salieron de la jungla y permanecieron en pie sobre la arena, que era como escarcha bajo la luna. Más allá del arrecife, brillante el oleaje se estrellaba, y el océano estaba enturbiado y abigarrado con el frío destello de la fosforescencia. Los grandes astros estaban a una altura inmensa sobre sus cabezas, pero el firmamento nocturno era como de cristal. Corinth sintió en su rostro el viento marino, vivo y salobre, húmedo con los miles de millas acuáticas que había atravesado. Tras él, la jungla se agitaba, murmuraba, y la arena rechinaba débilmente bajo sus pies. Se percataba de todo esto con claridad inusitada, como si hubiera sido desecado de todo lo que era él y solo fuera un receptáculo de imágenes.

Miró a Helga, que estaba en pie cogida a su brazo. El rostro de ella se perfilaba netamente contra la negrura lejana, y su cabello, que había soltado, jugaba libremente con el viento, blanco a la irreal claridad lunar derramada. Las sombras de los dos se fundieron en una, larga y azulada, a través de la arena relumbrante. Podía sentir el ritmo de la respiración de ella cuando Helga se apoyaba contra él.

No tenían necesidad de hablar. Entre ellos había nacido una gran comprensión y compartido muchas horas de trabajo y vigilia. Estuvieron durante un rato en silencio. El mar les hablaba, un gigantesco pulsar de olas que se rompían con estrépito al chocar contra el arrecife y se precipitaban al retroceder aguas adentro. El viento silbaba y murmuraba bajo el cielo.

Gravitación (sol, luna, estrellas, la tremenda unidad que es el espacio-tiempo>

Fuerza de rotación (el planeta girando y girando, en su marcha a través de las millas y de los años)

Fricción fluida (los océanos triturando, arremolinándose, rugiendo entre los angostos estrechos, espumeando y tronando sobre las rocas)

Diferencial de temperatura (la luz del sol como cálida llovizna, el hielo y la oscuridad. las nubes, las nieblas, el viento y la tormenta)

Vulcanismo (el fuego profundo en el vientre del planeta, deslizamientos de inimaginables masas rocosas, humo y lava, el surgir de nuevas montañas son nieve en sus hombros)

Reacción química (la turgencia de la tierra negra, el aire

empobrecido creando la vida nuevamente, las rocas rojas, azules y ocres, la vida, los sueños, la muerte y el renacimiento y todas las brillantes esperanzas).

IGUALDADES

Este es nuestro mundo, y, fíjate, es muy bello. No obstante había fatiga y desolación en el nombre, y al cabo de un rato se volvió buscando consuelo, como si la mujer hubiera sido él.

—Fácil —dijo, y esta palabra y la tonalidad de su voz quería decir: (Fue demasiado fácil para nos otros y para ellos. Esos hombres tenían un espíritu sacrosanto. Debieran haber terminado de otro modo. Con fuego y furia, cólera, destrucción y el invencible orgullo del hombre contra los dioses.)

—No —replicó ella—. Así es mejor quieta, tranquilamente. (Misericordia y comprensión. Ya no somos animales salvajes para mostrar nuestros dientes al destino.)

«Sí. Ese es el futuro. Olvidar todas las antiguas glorias.»

—Pero ¿cuál es nuestro mañana? —preguntó él. (Nosotros permanecemos con el naufragio del mundo a nuestros pies, mirando dentro de un universo vacío que tenemos que llenar con nosotros mismos. No hay nadie que nos ayude.)

—Al menos hay un destino. (Dios, hado, valor humano.) —dijo ella.

—Quizá lo haya —murmuró él—. Conscientemente o no, nos ha sido puesto en las manos un universo.

(Ella rehuyó contestarle lo que pensaba, comprendiendo que él tendría que reunir el valor que necesitaba para interpretarla. ¿Tenemos el derecho de recoger ese universo? ¿De hacernos nosotros mismos guardianes de planetas? ¿Sería eso mejor que el plan de Grunewald, que la ceguera de la causalidad, que la crueldad sin sentido del azar, que las extravagancias de su pobre cabeza demente?)

—¿No estaríamos de esta manera en condiciones de forjarnos nuestro destino? —le dijo ella—. Debemos ser guías invisibles, desconocidos, guardianes de la libertad, no implantadores de una voluntad arbitraria. Cuando nuestra civilización sea construida, eso será el único trabajo digno de sus manos.

«¡Ah, el más glorioso de los destinos! ¿Por qué he de sentirme yo triste esta noche? Y, sin embargo, hay lágrimas en mis ojos.»

Ella dijo lo que había de decirse:

—Sheila fue dada de alta hace unos pocos días. «Lloro por ti, mi amado, en la oscuridad.»

—Sí —corroboró con un gesto—. Veo claro. (Salió corriendo

como una niña. Mantenía sus manos en alto al sol y reía.)

—Ella ha encontrado su propia respuesta. Tú todavía tienes que encontrar la tuya.

La mente de él se inquietaba por el pasado como un perro por un hueso.

—Ella no sabía que yo la estaba observando —«Era una mañana fría y clara. Una hoja roja de arce revoloteaba y quedó enredada en sus cabellos. Solía ponerse flores en ellos porque sabía me gustaba»—. Ya había empezado a olvidarme.

—Le dijiste a Kearnes que la ayudara a olvidar —dijo ella—. Eso es lo más valiente que hiciste jamás. Se exige valor para ser bondadoso. Pero ¿eres ahora lo suficientemente fuerte para ser bondadoso contigo mismo?

—No —replicó él—. No quiero dejar de quererla. Lo siento, Helga.

—Sheila será vigilada —dijo ella—. No lo sabrá, pero los observadores guiarán sus andanzas. Hay una colonia de retrasados mentales que promete mucho: *Angustia*, al norte de la ciudad. Nosotros hemos estado ayudando a esta colonia sin que se supiera. Su dirigente es un buen hombre; un hombre fuerte y bondadoso. La sangre de Sheila será una levadura en su raza.

El no dijo nada.

—Pete —le incitó—: ahora tú debes ayudarte a ti mismo.

—No —dijo él—. Pero tú puedes cambiar también, Helga. Tú puedes irte también lejos de mi.

—No; sé que tú me necesitas, que te aferras ciegamente a mí como a un símbolo muerto —replicó ella—. Pete, ahora eres tú quien tiene miedo de afrontar la vida.

Hubo un largo silencio; solo el mar y el viento tenían voz. La luna se hundía. Su resplandor llenaba sus pupilas y el hombre volvió el rostro hacia la luna. Luego se estremeció y alzó sus hombros.

—Ayúdame —dijo, y tomó las manos de ella—. No podría continuar solo. Ayúdame, Helga.

«No hay palabras. No puede haber nunca palabras para eso.»

Sus mentes se encontraron, flotaron juntas, atenidas a la necesidad, y de una forma nueva para el mundo unieron su fuerza y se sintieron libres del pasado.

«Para amar, honrar y acariciarse hasta que la muerte nos separe.»

Era una vieja historia, pensó ella mientras escuchaba el estruendo marino. Es la más vieja y maravillosa historia de la

Tierra, así que tenía derecho a un antiguo lenguaje. El mar y las estrellas… ¡Ah!, hasta había una luna llena.

21

Otoño otra vez y se anuncia el invierno. Las hojas caídas yacen en montones bajo los árboles negros, desnudos, y sisean y rechinan por el suelo al más ligero viento. Solo unas pocas salpicaduras de color quedan en el bosque: amarillo, bronceado o escarlata contra lo grisáceo.

En lo alto los ánades salvajes pasan en grandes bandadas rumbo al Sur. Este año hay más vida en los cielos; menos cazadores, supone Brock. El distante griterío se va alejando, rebosante de vagabunda soledad. El cielo era de un azul pálido, el sol giraba brillante, pero sin calor, derramando su clara luz sobre una tierra ancha y vacía. El viento, fuerte, castigaba sus mejillas y agitaba sus ropas. Los árboles, alborotados, se quejaban ruidosamente.

Vino despacio desde la casa principal, hollando con sus botas la hierba marchita. Joe le seguía silencioso, pegado a sus talones. De la tejavana venía el martilleo de una chapa de hierro; Mehitabel y Mac estaban fabricando su gasógeno para carbón vegetal (aquel trabajo les resultaba muy divertido), pues las reservas de gasolina eran escasas. Algunas de las gentes de allí habían ido al pueblo y otras dormían la siesta del domingo. Brock estaba solo.

Pensó que podía detenerse a charlar con Mehitabel. Pero no, había que dejar que trabajara sin inquietarla; por lo demás, su conversación era bastante limitada. Decidió dar un paseo por el bosque; era ya una hora avanzada de la tarde y el día demasiado bueno para quedarse en casa.

Ella Mae salió de una de las casitas y le sonrió.

—Hola —dijo.

—Hola —replicó él—. ¿Cómo está?

—Muy bien —repuso ella—. ¿Quiere pasar? Ahora no hay nadie aquí.

—No, gracias —dijo él—. Tengo... bueno, tengo que ver cómo está una cerca.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó ella tímidamente.

—Será mejor que no venga —opinó él—. Ya sabe, los cerdos. Pueden andar aún por ahí.

Los ojos azules de Ella Mae se humedecieron de lágrimas y agachó su cabeza, acongojada.

—No se detiene nunca para hablar conmigo —le reprochó.

—Lo haré cuando haya una oportunidad —dijo él apresuradamente—. Ahora estoy muy ocupado. Ya sabe cómo

marcha esto —se escabulló lo antes que pudo.

«Hay que buscarle un marido —reflexionó—. Debe de haber muchas como ella errando perdidas aún. No puedo tenerla tras de mí de ese modo; es demasiado penoso para los dos.»

Rió forzadamente. El mandar traía muchas dificultades y pocas recompensas. Él era un caudillo, un ejecutor, un maestro, un médico, un padre confesor..., ¡y ahora un casamentero!

Se inclinó a acariciar la cabeza de Joe con su mano ruda. El perro le lamió la muñeca y movió jubilosamente la cola. Hay ocasiones en que un hombre puede llegar a estar terriblemente solo. Ni siquiera un amigo como Joe puede llenar del todo el vacío. En ese día de viento y de luz viva y de ho1as revoloteando, un día de despedida, cuando toda la tierra parecía estar deshaciendo su mansión del verano para marchar por algún camino desconocido, sintió su soledad como un dolor dentro de sí.

«Ahora no pensar más en eso», se reprochó a sí mismo.

—Vamos, Joe, demos un paseo.

El perro adoptó una actitud tensa y encantadora, mirando hacia el cielo. Los ojos de Brock le siguieron. El destello del metal era tan brillante que hacía daño a la vista.

«Una aeronave..., un artefacto aéreo de algún género. ¡Y va a aterrizar!»

Permaneció con los puños cerrados en los costados, sintiendo el frescor del viento en la piel y oyendo cómo silbaba entre el ramaje que había detrás. En su pecho el corazón parecía absurdamente grande y se estremeció bajo su pesada chaqueta, sintiendo las palmas de las manos húmedas.

«Tómalo con calma —se dijo—. Tómalo serenamente y con calma. Muy bien, es uno de Ellos. No te va a morder. Hasta ahora nadie te ha hecho daño ni se ha metido contigo.»

Silenciosamente, como una hoja que cae, la nave aterrizó allí cerca. Era un ovoide pequeño con una gracia armoniosa en sus líneas limpias y curvas, y no había en él ningún aparato de propulsión que Brock pudiera ver. Se dirigió hacia la nave con andar lento y rígido. El revólver que abultaba en su cintura le hacía sentirse ridículo, como si hubiera sido sorprendido con un disfraz infantil.

Sintió de pronto un repentino rebrote de amargura. «Que Ellos nos acepten como somos. Que me lleve el diablo si voy a aparentar otros modales por unos condenados turistas domingueros.»

El costado del aparato brilló con suave resplandor y un hombre pasó a través de él. «A través de él». Pero la primera reacción que

experimentó Brock fue desilusionante: tan extremadamente vulgar parecía el hombre aquel. Era de una talla media, de una robustez que se estaba haciendo gordura, de rostro nada distinguido y vestía ropa deportiva de *tweed*. Al acercarse Brock, el hombre sonrío.

—¿Cómo está?

—Bien, ¿y usted?

Brock se detuvo removiendo los pies y mirando al suelo. Joe notando la intranquilidad de su amo, refunfuñó, aunque bajo.

El extraño le tendió la mano.

—Me llamo Lewis, Nat Lewis, de Nueva York. Espero que disculpe mi intromisión. Me manda John Rossman. Él no se encuentra bien; de no ser así, hubiera venido en persona.

Brock le estrechó la mano, un poco tranquilizado al oír el nombre de Rossman. El viejo había sido siempre un hombre decente, y los modales de Lewis eran corteses. Brock se vio forzado a mirarle a los ojos y a darle su nombre.

—Sí, lo he reconocido por la descripción que me hizo Rossman —dijo Lewis—. Está muy interesado en lo que sus gentes están haciendo aquí. Pero no se inquiete; no tiene la intención de recuperar su propiedad; se trata tan solo de curiosidad amistosa. Yo trabajo en su Instituto, y, francamente, yo también tenía curiosidad, así que vine a comprobarlo de parte suya.

Brock decidió que Lewis le agradaba. El hombre aquel hablaba bastante despacio; debía de estar haciendo algún esfuerzo para tornar a la antigua forma de hablar, pero no había nada de protector en sus modales.

—Según lo que he oído, está haciendo su tarea admirablemente —dijo Lewis.

—No sabía que usted…, bueno, que ustedes…

—Brock se detuvo, tartamudeando.

—¡Ah, sí! En cuanto resolvimos nuestras propias dificultades hemos puesto un poco los ojos en usted. Nuestras dificultades eran muchas, créame. Y aún lo son, por lo demás. ¿Puedo ofrecerle un cigarro?

—¡Hum bueno…

Brock lo aceptó, pero no lo fumó. No tenía costumbre, pero se lo daría a alguno.

—Gracias.

—No es ningún compromiso —dijo Lewis riendo—. Al menos espero que no lo sea.

Encendió otro para él con un grueso encendedor que funcionaba hasta con el viento fuerte y ruidoso.

—Sin duda habrá observado que las ciudades de los alrededores han sido evacuadas —dijo después de dar una satisfactoria chupada.

—Sí, desde hace algunos meses —replicó Brock. Y con cierto recelo añadió—: Hemos estado tomando de allí lo que necesitamos y no pudimos hallar aquí.

—¡Ah! Perfectamente. Ese era el propósito; en efecto, si lo desea puede trasladarse a cualquiera de esas ciudades. El comité de la colonia pensó que era mejor librarle de tan abrumadora vecindad. La gente ya no se preocupa de eso en esta etapa de su desarrollo. Un lugar es tan bueno como otro para ellos —un gesto de ansiedad se dibujó en el rostro de Lewis—. Hemos perdido algo: la intimidad de dar nuestros corazones a un pequeño rincón de la tierra.

Esta confesión de debilidad tranquilizó a Brock. Supuso que se trataba de algo deliberado, pero aun así.

—Y todos los que han venido aquí para reunirse con usted han sido con frecuencia guiados, aunque sin intromisión —continuó Lewis—. Vendrán otros, si usted lo desea. Creo que podría utilizar más ayudantes, y ellos seguramente encontrarían aquí un hogar y seguridad.

—Es…, es muy amable de su parte —dijo Brock pausadamente.

—¡Ah!, no es gran cosa. No crea que ha estado protegido contra todo peligro o que todo su trabajo se le ha dado hecho. Eso no fue así ni lo será nunca. Nosotros hemos…, bueno, de cuando en cuando, puesto en su camino alguna pequeña oportunidad. Pero de usted dependía el servirse de ella.

Comprendo.

—No podemos ayudarle sino de esta manera. Tenemos demasiada tarea y somos muy pocos para hacerla. Y nuestros caminos son muy diferentes, Brock; pero al menos podemos darnos la mano y decirnos adiós.

Era un discurso alentador, algo se derritió en las entrañas de Brock y sonrió. No se había percatado de la perspectiva de ser pisoteado por una despiadada raza de dioses y aun menos se había preocupado de pasar sus días como guardián de nadie. Lewis no se andaba con ambages al hablar de sus diferencias, pero tenía un tono pretencioso al hablar de esto; en lo que dijo no había nada parecido a la superioridad.

Habían ido paseando por el terreno mientras hablaban. Lewis oyó martillar dentro de la tejavana y miró a Brock interrogativamente.

—Tengo un chimpancé y un retrasado mental que están haciendo un gasógeno a fin de obtener combustible para nuestros

motores —explicó Brock. Ya no hería a nadie al decir «retrasado mental»—. Es el día que tenemos libre, pero ellos han insistido en trabajar a pesar de eso.

—¿Cuántos tiene usted en conjunto?

—¡Ah, bueno! Diez hombres y seis mujeres, cuya edad oscila entre los quince años y…, bueno, me figuro que los sesenta para la más anciana. Además han nacido un par de niños. La mentalidad varía desde el imbécil al retrasado mental. Naturalmente es difícil determinar dónde acaban las personas y empiezan los animales. Los monos y Joe, que está aquí, son en realidad más inteligentes y útiles que los imbéciles —Joe movió la cola y se mostró satisfecho—. Yo no hago distinciones: cada cual hace lo que le resulta más apropiado y todos reciben ~u parte.

—¿Es usted el que manda aquí?

—Así lo creo. Ellos me buscan siempre para que les guíe. No soy el más inteligente de todos, pero nuestros dos intelectuales son…, bueno, ineficientes.

Lewis asintió con un gesto.

—Ocurre con frecuencia así. La inteligencia pura cuenta menos que la personalidad, la fuerza de carácter o la simple capacidad de tomar decisiones y atenerse a ellas —miró fijamente a su acompañante, que era más alto que él—. Usted es un dirigente nato, ¿sabe?

—¿Yo? Me las he arreglado torpemente como he podido.

—Bueno, rió Lewis—. Yo diría que eso es lo esencial en los que mandan.

Miró en torno, a los edificios, y fuera, hacia el ancho horizonte.

—Es una pequeña y feliz comunidad lo que ha creado —dijo.

—No —repuso Brock francamente—. No lo es.

Lewis le miró enarcando las cejas, pero no dijo nada.

—Aquí estamos demasiado cerca de la realidad para las comodidades —dijo Brock—. Eso puede que venga después, cuando estemos mejor acomodados; pero en este preciso momento es todavía un trabajo duro mantenerse con vida. Hemos tenido que aprender a afrontar algunos hechos inevitables, tales como que alguno de nosotros esté mal conformado, o la necesidad de matar a esos pobres animales…

Hizo una pausa al notar que sus puños se habían cerrado, y trató de tranquilizarse a sí mismo sonriendo.

—¿Está casado? —inquirió Lewis—. Disculpe mi intromisión, pero tengo razones para preguntarlo.

—No. No he podido encontrar nada conveniente aquí. Pero

importa poco. Hay trabajo más que de sobra para ponerme a pensar en travesuras.

—Comprendo…

Lewis quedó callado un rato. Habían caminado sin rumbo hasta ir a parar al cernedor del grano, donde una tabla entre dos barriles formaba un asiento protegido del viento. Se sentaron sin decir palabra y dejaron calladamente correr el tiempo. Joe se dejó caer a sus pies, observándolos alerta con sus ojos castaños.

Ahora Lewis apagó su cigarro y volvió a hablar. Miraba ante sí, sin fijar su mirada en Brock, y su voz sonaba un poco adormecida, como si estuviera hablando consigo mismo.

Ustedes y sus animales han hecho aquí todo lo más que las circunstancias permitían, dijo—. Estas, hasta ahora, no han sido muy buenas. ¿Desearía volver a los viejos tiempos?

—No, yo no —contestó Brock.

—Así lo creo. Ha aceptado esta realidad que le ha sido dada con todas sus infinitas posibilidades y está haciendo que le sea favorable. Es lo que el sector de mi raza está tratando de hacer también, Brock, y quizá usted lo logre mejor que nosotros. No lo sé. Probablemente no lo sabremos nunca, pues no viviremos como para eso. Pero quiero decirle algo. He estado fuera, en el espacio, entre las estrellas, y también hubo otras expediciones. Hemos descubierto que la galaxia está rebosante de vida y que esta vida parece semejarse a la que había antes en la Tierra. Diversidad de formas y civilizaciones, pero en ninguna parte encontramos una criatura como el hombre. El promedio de C.I. en todo el universo no puede ser mucho más de ciento. Es demasiado pronto para decirlo, pero tenemos razones para creer que esto es así. ¿Y qué tendremos que hacer (la llamada humanidad normal) con nuestras extrañas facultades? ¿Dónde encontraremos algo que pueda ser un acicate para nosotros, algo lo suficientemente grande para hacernos sentir humildes y para ofrecernos una tarea de la cual podamos estar satisfechos? Creo que las estrellas son nuestra respuesta. Ah, no pretendo que intentemos establecer un imperio galáctico! La conquista es una niñería que ahora ya dejamos de lado. Tampoco quiero dar a entender que hemos de convertirnos en ángeles guardianes de todos esos innumerables mundos para guiarles y protegerlos, hasta que esas razas se tornen tan flojas que no puedan sostenerse en pie. No, nada de eso. Nosotros crearemos nuestra nueva civilización y la esparciremos entre las estrellas. Tendrá sus propias intimas finalidades, sus creaciones, luchas y esperanzas… El contorno del hombre es todavía primordialmente el hombre. Creo

que habrá un propósito en esta civilización. Por primera vez el hombre irá realmente a alguna parte; y yo creo esta será una finalidad enteramente nueva, abarcar toda la vida, a través de miles de millones de años, en el universo alcanzable. Pienso que una armonía última puede ser lograda. Una armonía tal como nadie pueda hoy imaginar. No seremos dioses y ni siquiera guías. Pero algunos de nosotros seremos dadores de oportunidades. Nos cuidaremos de que el mal no florezca con demasiada fuerza y que la esperanza y la oportunidad se den cuando más lo necesiten todos esos millones de criaturas sentenciadas que viven, y aman, y luchan, y ríen, y lloran, y mueren exactamente como el hombre lo hizo. Pero no, no personificaremos el Destino; acaso podamos ser la Suerte. Y quizá hasta podamos ser el Amor.

El hombre sonrió entonces para sí, con una sonrisa muy humana, de todas sus propias pretensiones.

—No importa. Estoy hablando demasiado. El aire del otoño es como el vino, según dice el viejo refrán —se volvió hacia Brock—. Lo más importante estriba en que nosotros, los que son como yo, no vamos a quedarnos en la Tierra.

Brock asintió silencioso. La visión que tenía ante él era demasiado grande para sorprender.

—Los que son como usted no serán molestados —dijo Lewis—. Y luego, dentro de unos pocos años, cuando las cosas estén listas, desapareceremos en el cielo. La Tierra quedará para los suyos y para los animales. Y después todos ustedes quedarán completamente libres. Será cuestión suya, así como de los otros géneros de vida, forjar su propio destino. Y si de cuando en cuando tienen un poco de suerte..., bueno, eso ha ocurrido siempre.

—Gracias —fue como un susurro en la garganta de Brock.

—No me dé las gracias a mí ni a nadie. Es simplemente la lógica de los acontecimientos obrando por sí misma. Pero les deseo el bien a cada uno de ustedes.

Lewis se puso en pie y echó a andar hacia su aeronave.

—Ahora tengo que irme —hizo una pausa—. No fui enteramente sincero con usted cuando vine. No era la curiosidad de Rossman lo que me traía aquí; él hubiera podido satisfacerla preguntando al comité de la colonia o viniendo él mismo. Quería conocerle personalmente porque..., bueno, va a tener pronto un nuevo miembro en su comunidad.

Brock lo miró, pensativo. Lewis se detuvo ante su aparato.

—Es una vieja amiga mía —dijo—. Su historia es bastante trágica. Ella misma se la contará cuando le parezca conveniente. Es

una buena mujer, una mujer realmente admirable, y nosotros, que la conocemos, deseamos que sea feliz.

El metal relumbró ante él. Dio la mano a Brock.

—Adiós —dijo simplemente, y entró.

Un momento después la nave estaba en lo alto. Brock la estuvo mirando hasta que desapareció. Cuando volvió a la casa, el sol estaba muy bajo y el frío le hizo mella. Tendrían que encender la chimenea aquella noche. Podrían abrir algunas de las latas de cerveza restantes si venía algún nuevo miembro, y Jimmy tocaría la guitarra mientras todos cantaban. Las canciones eran toscas, pues no se podía esperar más de pioneros, pero en ellas había calor, afecto constante y camaradería.

Fue entonces cuando la vio entrando por la calzada interior de la finca, y su corazón latió con fuerza en el pecho. No era alta, pero su aspecto parecía suave y fuerte bajo sus pesadas ropas, y sus cabellos bronceados flotaban alrededor de su rostro joven, amable y grato de ver. Llevaba un hato en la espalda, y los soles de muchos días de haber andado por los caminos habían coloreado y tostado ligeramente su rostro de grandes ojos. El quedó un momento inmóvil y luego echó a correr. Pero cuando llegó y se halló ante ella, no encontró palabras.

—Hola —dijo tímidamente ella.

El saludó con la cabeza, embarazado. No se le ocurrió pensar que era un hombre de apariencia robusta, no guapo, pero con algo que suscitaba la confianza.

—He oído decir que esto es un refugio —volvió a decir ella.

—Sí. ¿Viene de muy lejos?

—De Nueva York.

Se estremeció levemente al decirlo y él se preguntó qué le habría ocurrido allí, O acaso era solo el frío. El viento soplaba con fuerza ahora.

—Me llamo Sheila —declaró.

—Yo, Archie… Archie Brock.

La mano de ella era firme entre la mano de él. No obraba con temor, y Brock comprendió que, aun cuando no fuera tan lista como él, tenía inteligencia más que de sobra para afrontar aquel mundo invernal.

—Sea bien venida aquí. Siempre es un gran acontecimiento que venga uno nuevo. Pero va a encontrar esto extraño y todos tenemos que trabajar de firme.

—No tengo miedo a nada de eso —replicó ella—, Creo que ya no puedo asustarme de nada.

Él tomó el hato y echó a andar, volviendo a la casa. El cielo por el ocaso se estaba volviendo rojo y oro y de un verde frío y tenue.

—Tengo mucho gusto en conocerla, señorita. ¿cómo dijo que se apellidaba?

—Me llamo Sheila —replicó ella—. Sheila simplemente.

Fueron caminando por la calzada, el uno al lado del otro, con el perro y el viento en sus talones, hacia la casa. En ella quedaron al abrigo.

FIN